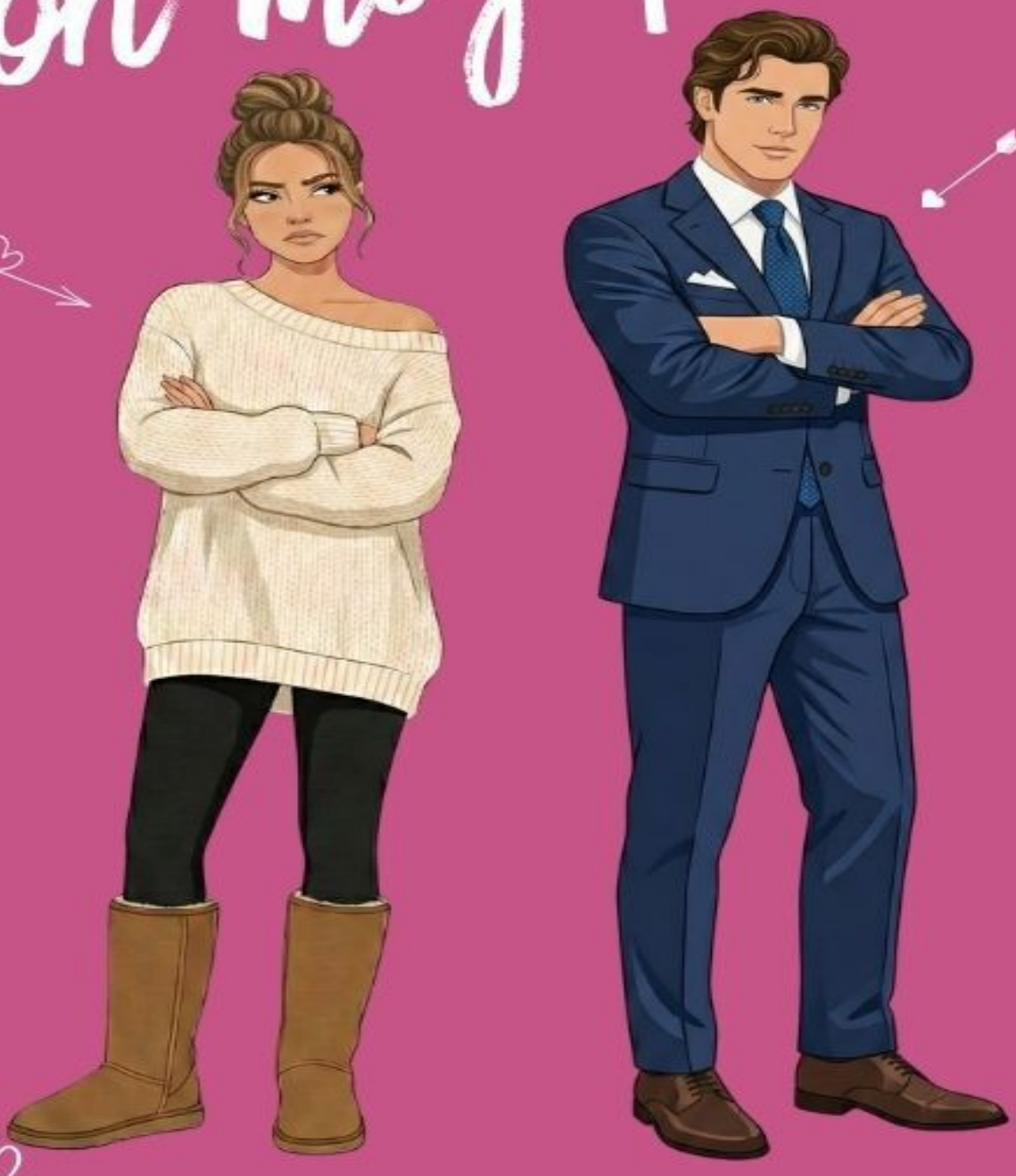
LUCY SUMMERS

Cupido, con mi jefe NO



CUPIDO, CON MI JEFE NO

CUPIDO ES UN LIANTE
LIBRO 2

LUCY SUMMERS

Copyright © 2026 por Lucy Summers
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EXTRA «Cupido, con un cowboy NO»

¡Hola! Antes de que empieces, gracias por estar aquí.

Sé que tienes mil cosas que hacer. Por eso este libro va directo al grano: cero relleno, solo romance, pasión, y risas.
¿Quieres más historias así? Sígueme en Amazon escaneando el **código QR**



O pulsa AQUI

PRÓLOGO

SLOANE

Estoy de pie en el pasillo fuera del estudio de papá, tamborileando con los dedos sobre la pared a un ritmo nervioso que no puedo controlar. El sonido de mi manicura contra la tela de mi vestido negro de Diane von Furstenberg resuena en el silencio como pequeños martillazos.

No sé qué demonios estoy haciendo aquí.

Miro mi reloj Cartier —regalo de graduación de la universidad— y aprieto los labios. Es demasiado tarde. Debería estar en casa repasando la presentación para el lunes, no aquí perdiendo el tiempo con una vidente de pega.

Porque el lunes va a ser el día más importante de mi carrera profesional. El día en que voy a conocer al hombre que papá ha decidido contratar como director de operaciones sin consultármelo. El hombre que, según él, «va a modernizar Ward & Associates y llevarnos al siguiente nivel».

Alexander Hartford.

Solo pensar en su nombre hace que se me tense la mandíbula. He investigado todo lo que he podido sobre él durante las últimas dos semanas, desde que papá soltó la bomba de su contratación en la reunión semanal de socios. Tiene treinta y cinco años, un MBA de Harvard, experiencia en consultoría estratégica en Londres y Nueva York. Un historial impecable de «reestructuraciones exitosas» que básicamente significa que entra en empresas familiares, las pone patas arriba, y se lleva todo el mérito.

Y papá piensa que es exactamente lo que necesitamos.

Lo que necesitamos es que confíe en mí. En los cuatro años que llevo dirigiendo el departamento de marketing he aumentado

nuestros ingresos un cuarenta por ciento. He conseguido clientes que antes ni nos habrían mirado. He trabajado setenta horas a la semana para demostrar que merezco estar aquí por méritos propios, no solo por ser la hija del jefe.

Pero aparentemente eso no es suficiente.

Aparentemente necesitamos a un forastero con ojos grises y sonrisa arrogante para enseñarnos cómo hacer nuestro trabajo.

Ojos grises.

Ni siquiera sé por qué he pensado en eso. He visto exactamente una foto de Alexander Hartford, una imagen corporativa donde apenas se le distinguen los rasgos. Pero algo en esa mirada, incluso en la fotografía, me ha puesto los pelos de punta.

Oigo pasos en el pasillo y levanto la vista. Sydney sale del estudio de papá —ahora convertido en el reino de Cupido— con cara de haber visto un fantasma. Tiene las mejillas coloradas y una expresión entre aturdida y asustada que no le pega nada.

—¿Ya has terminado? —le pregunto, separándome de la pared donde estaba apoyada.

Sydney parpadea, como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí.

—Sí —consigue responder, aunque su voz suena rara—. Ya puedes entrar.

La estudio con detenimiento. Algo le ha afectado ahí dentro, eso está claro.

—¿Estás bien? Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Estoy... —Busca las palabras, pero no las encuentra—. Ha sido... intenso.

—¿Te ha dicho algo interesante?

Sydney abre la boca. La cierra. Me mira con esos ojos avellana que ahora mismo parecen guardar un secreto del tamaño del Empire State.

—Tonterías —dice finalmente—. Ya sabes cómo son estas cosas.

No me lo creo. Pero tampoco voy a presionarla. Si Sydney quiere contarme algo, lo hará cuando esté lista.

—Bien. Cuanto antes termine con esto, antes podré volver a casa y revisar la presentación del lunes.

Me aliso el vestido y me acerco a la puerta del estudio con la seguridad que he perfeccionado durante años. Esta mujer no va a ver nada más que a la ejecutiva competente que soy. Nada de vulnerabilidades, nada de inseguridades, nada de la niña que todavía se pregunta si alguna vez será suficiente para su padre.

Llamo a la puerta con decisión.

—Adelante, Sloane Ward —dice una voz desde dentro que reconozco como la de Cupido—. Te he estado esperando.

Miro a Sydney por última vez. Está apoyada en la pared del pasillo con los brazos cruzados, observándome con una expresión extraña.

—Esto es ridículo —murmuro, más para mí que para ella.

Y entro.

El estudio se ha transformado por completo en algo que parece sacado de un cuento de hadas oscuro. Telas rojas y doradas cuelgan del techo creando una intimidad envolvente, velas parpadean desde cada superficie disponible, y el aire está cargado de incienso de sándalo que hace que se me acelere el pulso de manera inexplicable.

La puerta se cierra detrás de mí con un clic suave que suena como una sentencia.

En el centro de todo esto, Cupido está sentada detrás de una mesa redonda cubierta con terciopelo púrpura. Las cartas del tarot están extendidas en forma de abanico delante de ella, y cuando levanta la vista para mirarme, sus ojos pintados con sombra morada parecen ver directamente a través de mí.

—Siéntate, querida —dice, señalando la silla de terciopelo rojo que está frente a ella.

Me siento con la espalda perfectamente recta, las piernas cruzadas en el ángulo exacto, las manos entrelazadas sobre mi regazo. Es mi postura de reunión importante, la que uso cuando necesito proyectar autoridad absoluta.

Cupido sonríe como si pudiera leer mi mente.

—Relájate, Sloane. Aquí no hay juntas directivas a las que impresionar.

—Estoy relajada —miento, aunque puedo sentir la tensión acumulándose en mis hombros como siempre que alguien cuestiona

mi profesionalidad.

—Por supuesto que lo estás. —Su sonrisa se hace más amplia—. Dime, ¿cómo te sientes con respecto al lunes?

La pregunta me pilla desprevenida. No ha mencionado nada sobre el amor, ni el romance, ni sobre ninguna de las tonterías que esperaba. Ha ido directa al punto que me está carcomiendo por dentro.

—¿Perdón?

—El lunes. Cuando conozcas a tu nuevo... ¿cómo lo llamarías? ¿Jefe? ¿Compañero? ¿Rival?

Se me hiela la sangre. ¿Cómo puede saber eso? ¿Se lo habrá contado mi madre?

—No sé de qué me habla —digo, pero mi voz sale demasiado tensa.

—Hablo sobre Alexander Hartford —continúa Cupido como si no la hubiera interrumpido—. Ojos grises como la tormenta, sonrisa que podría derretir glaciares cuando quiere usarla. Un hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere.

El aire se me atraganta en la garganta. No hay manera de que pueda saber estos detalles. Ninguna.

—¿Cómo...?

—Las cartas me cuentan muchas cosas, querida. —Extiende el mazo hacia mí—. Elige tres. Una para tu presente, una para tu futuro inmediato, y una para... digamos, tu destino inevitable.

Mis manos tiemblan ligeramente cuando cojo las cartas. Son más pesadas de lo que esperaba, con una textura suave que me recuerda al cuero viejo. Elijo tres al azar y se las devuelvo, intentando mantener la expresión neutra.

Cupido las coloca en línea recta y da la vuelta a la primera.

—El presente —anuncia—. La Torre invertida. Resistencia al cambio, aferrarse al control cuando todo a tu alrededor está a punto de cambiar. Has construido muros muy altos, Sloane. Muros profesionales, muros emocionales. Pero los muros que construimos para protegernos a veces se convierten en prisiones.

Trago saliva, sintiendo como si me hubiera leído el diario personal.

—La segunda carta. —Le da la vuelta—. Cinco de Copas. Decepción, pero también oportunidad de crecimiento. Algo que has querido durante mucho tiempo no va a llegar como esperabas. Pero a veces el universo nos niega lo que queremos para darnos lo que necesitamos.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Está hablando de la promoción que debería haber sido mía. Del reconocimiento que llevo esperando años.

—Y la tercera... —Su sonrisa se vuelve casi felina—. Los Enamorados. Pero no en el sentido que piensas. No se trata solo de amor romántico. Se trata de encontrar a tu igual. Tu complemento perfecto. Tu desafío.

Se inclina hacia delante, y sus ojos dorados brillan a la luz de las velas.

—El lunes vas a conocer a un hombre que va a cambiar tu vida para siempre, Sloane Ward. Va a cuestionar todo lo que crees sobre ti misma, va a empujarte más allá de tus límites, va a hacerte trabajar más duro de lo que has trabajado nunca. Y vas a odiarlo por ello.

—Eso no suena muy romántico —consigo decir, aunque mi voz sale como un susurro.

—Oh, pero lo será. —Se ríe, un sonido como de campanillas de plata—. Porque en algún momento, entre las reuniones tensas y las discusiones profesionales, vas a darte cuenta de que él es lo único real en tu mundo de perfección artificial. Que cuando te mira, ve a la mujer detrás de la ejecutiva implacable.

Se me corta la respiración.

—Y cuando eso pase —continúa Cupido—, cuando te des cuenta de que te has enamorado de tu mayor competencia profesional, vas a entender por qué el universo no te dio lo que querías.

—Eso es... eso es ridículo —protesto, pero las palabras salen sin convicción.

—¿Lo es? —Se recuesta en su silla—. Dime, Sloane, ¿cuándo fue la última vez que alguien te desafió de verdad? ¿Cuándo fue la última vez que tuviste que luchar por algo en lugar de simplemente trabajar más duro?

No puedo responder porque la verdad es demasiado incómoda. Nunca. Nunca he tenido que luchar de verdad porque siempre he sido la mejor, la más preparada, la que más se esfuerza.

—Alexander Hartford va a ser tu mayor desafío —dice Cupido suavemente—. Y tu mayor regalo. Porque va a enseñarte que ser perfecta no es lo mismo que ser feliz.

Me levanto de la silla bruscamente, necesitando aire, necesitando espacio, necesitando escapar de esa mirada dorada que parece ver demasiado.

—Esto es ridículo —digo, dirigiéndome hacia la puerta—. No creo en estas tonterías.

—No tienes que creer —dice Cupido a mis espaldas—. Solo tienes que estar preparada.

—¿Preparada para qué?

—Para enamorarte del hombre equivocado en el momento más inconveniente posible.

Salgo del estudio prácticamente corriendo, con el corazón latiéndome tan rápido que tengo la sensación de que se quiere escapar de mi pecho. El pasillo me parece más frío después del ambiente cargado de la habitación, y me apoyo contra la pared intentando recuperar la compostura.

Es una charlatana, me digo. *No sabe nada. Solo ha hecho suposiciones obvias basándose en lo que ha oído en las conversaciones familiares.*

Pero no puedo quitarme de la cabeza sus palabras. *Ojos grises como la tormenta. Tu mayor desafío y tu mayor regalo.*

—¿Sloane? —La voz de Savannah me saca de mis pensamientos —. ¿Estás bien? Tienes cara de ir a vomitar.

Mi hermana mediana está de pie al final del pasillo, observándome con preocupación. Lleva ese vestido verde esmeralda que le queda espectacular y tiene una expresión de curiosidad apenas disimulada.

—Estoy perfectamente —miento, enderezándome y alisándome el vestido—. ¿Te toca a ti ahora?

—Sí. Aunque después de verte salir así, no sé si quiero entrar.

—Son tonterías —digo rápidamente—. Lecturas frías, generalidades que podrían aplicarse a cualquiera.

Savannah me estudia con esa mirada analítica que ha heredado de papá.

—Entonces, ¿por qué parece como si te hubiera atropellado un camión?

Porque una parte de mí, una parte muy pequeña pero muy insistente, cree que Cupido podría tener razón. Porque el lunes voy a conocer a Alexander Hartford, y hay algo en mis entrañas que me dice que mi vida perfectamente ordenada está a punto de convertirse en un caos absoluto.

—Porque he perdido una hora que podría haber dedicado a prepararme para el lunes —digo finalmente.

—¿El lunes? —Savannah frunce el ceño—. ¿Qué pasa el lunes?

—Nada importante. —Me dirijo hacia la salida—. Solo va a cambiar toda mi vida profesional.

Y mientras me alejo, intentando escapar del olor a sándalo que parece haberse pegado a mi ropa, no puedo evitar preguntarme si voy a odiar a Alexander Hartford tanto como Cupido predice.

O si me voy a enamorarme de él.

El pensamiento me golpea como una bofetada, y tengo que apoyarme en la pared para no tropezarme.

Porque Sloane Ward no se enamora. Especialmente no de hombres arrogantes con MBAs de Harvard que vienen a reestructurar su empresa.

Especialmente no de su jefe.

El lunes, pienso mientras salgo de la casa hacia la noche fría de febrero. *Ya veremos qué pasa el lunes.*

Pero mientras arranco el coche, no puedo quitarme de la cabeza la sonrisa enigmática de Cupido.

Ni sus palabras finales.

Tu mayor desafío y tu mayor regalo.

Maldita sea.

CAPÍTULO 1

ALEXANDER

La voz del CEO de Meridian Capital suena metálica a través de los altavoces de mi portátil mientras me anudo la corbata frente al espejo del vestidor.

—Entonces estamos de acuerdo, Hartford. Firmamos el miércoles.

—El miércoles —confirmo, ajustando el nudo hasta que queda perfecto—. Mi asistente te enviará los documentos esta mañana.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo. Aunque debo admitir que eres implacable en las negociaciones.

Sonrío a mi reflejo.

—Por eso me contrataste.

Cierro el portátil con un clic satisfactorio. Meridian Capital, cerrado. Tres meses de trabajo, un aumento del treinta y dos por ciento en su valoración, y un cheque considerable en mi cuenta bancaria.

Otro trabajo terminado.

Hoy empieza el siguiente.

Me pongo la chaqueta del traje —un Tom Ford, gris oscuro— y compruebo el reloj. Son las seis y cuarto de la mañana. Tengo tiempo de sobra antes de tener que presentarme en Ward & Associates a las nueve para mi nueva misión.

Salgo del vestidor hacia la cocina de mi ático en Tribeca, esperando encontrarla vacía como cada mañana desde hace diez años. Pero no lo está.

Mi hermana pequeña está sentada en uno de los taburetes de la barra americana, con el pelo rubio hecho un desastre y una taza de café entre las manos. Lleva uno de mis jerseys de cachemira —que ha sacado de mi armario sin permiso— y tiene esa expresión de

recién levantada que me recuerda a cuando tenía quince años y yo la rescataba de las fiestas a las que no debería haber ido.

Excepto que ahora tiene treinta y dos años y el que la ha dejado tirada no es un novio adolescente, sino un marido que resultó ser un imbécil.

—Buenos días, Lex —dice, levantando la taza en un saludo sarcástico—. Hoy es tu primer día destruyendo otra empresa. Qué emocionante.

—Buenos días, Liv —respondo, dirigiéndome a la cafetera—. Y no voy a destruir nada. Voy a duplicar sus ingresos.

—Ah, claro. Perdona. Vas a entrar en una empresa que lleva tres generaciones funcionando de la misma manera y vas a decirles que lo están haciendo todo mal. Eso es mucho mejor.

Me sirvo café —solo, sin azúcar, como lo tomo desde que tenía veinte años— y me apoyo en la encimera frente a ella.

—¿Tienes resaca o simplemente te has levantado con ganas de tocarme los huevos?

—Las dos cosas. —Sonríe, pero es una sonrisa triste—. Aunque principalmente lo segundo. Alguien tiene que mantenerte humilde.

—Soy perfectamente humilde.

—Estás perfectamente solo. Que no es lo mismo.

Ahí está. El tema recurrente desde que Olivia se mudó a mi casa hace dos semanas, con dos maletas y un matrimonio roto a sus espaldas.

—Liv...

—No me vengas con el discurso de que estás bien así. —Deja la taza en la encimera con fuerza—. Los dos sabemos que no es verdad. Trabajas ochenta horas a la semana, vives en un apartamento que parece una suite de hotel, y tu idea de vida social es cenar con clientes.

—Me gusta mi vida.

—Te gusta esconderte en tu vida. Que no es lo mismo.

Me froto el puente de la nariz, sintiendo el inicio de un dolor de cabeza que no tiene nada que ver con la falta de cafeína.

—¿Vamos a tener esta conversación otra vez?

—Vamos a tener esta conversación hasta que entiendas que por haberte divorciado de Clarissa no significa que tengas que morir solo rodeado de contratos.

El nombre de mi exmujer cae entre nosotros como una piedra en un estanque.

Clarissa Vanderbilt. La mujer con la que me casé porque mi madre estaba muriéndose de cáncer y su último deseo era verme sentar cabeza. La socialité perfecta con el pedigrí perfecto y absolutamente nada en común conmigo. Ni siquiera química sexual, lo cual debería haberme dado una pista de que aquel matrimonio estaba condenado al fracaso desde el principio.

Duró exactamente tres años. Los tres años que mi madre tardó en morir. Una semana después del funeral, Clarissa y yo estábamos firmando los papeles de divorcio de mutuo acuerdo.

Ella consiguió la casa de los Hamptons. Yo conseguí mi libertad.

—Mamá y papá se amaban de verdad —dice Olivia en voz baja—. Eso existe, Lex. El amor verdadero existe.

—Para ellos existió. Para nosotros... —Me encojo de hombros—. Estamos hechos para otras cosas.

—¿Para qué? ¿Para trabajar hasta morir? Mírate. Tienes treinta y ocho años, eres exitoso, guapo, y estás completamente solo.

—Tengo treinta y siete —corrijo—. No cumplo años hasta junio.

—No me cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema. Estoy corrigiendo datos incorrectos. Como buen consultor que soy.

Olivia me lanza una servilleta que esquivo fácilmente.

—Eres imposible.

—Soy realista. —Termino mi café y dejo la taza en el fregadero—. Tú te casaste por amor y mírate ahora. Viviendo en el apartamento de tu hermano porque tu marido resultó ser un capullo que se acostaba con su asistente.

—Tócate los huevos, Alex.

—Solo digo que el amor no es garantía de nada. El trabajo sí. Los contratos sí. Los números no mienten ni te engañan.

—Los números tampoco te van a abrazar cuando tengas sesenta años y te des cuenta de que has desperdiciado tu vida.

Me pongo el abrigo —Burberry, negro— y agarro mi maletín.

—Voy a morir exitoso y rico, Liv. Hay destinos peores.

—Vas a morir solo.

—Voy a morir sin que nadie me rompa el corazón. —Me acerco y le doy un beso en la coronilla—. Come algo que no sea café. Y por el amor de Dios, devuelve mi jersey de cachemira al armario cuando termines de usarlo como pijama.

—Que te den, Alex.

—También te quiero, hermanita.

Salgo del apartamento con su risa siguiéndome hasta el ascensor.

Ward & Associates tiene sus oficinas en un edificio de piedra caliza en Midtown que grita dinero viejo por todos los poros. El vestíbulo es todo de mármol y madera oscura, con un aire de club de caballeros que probablemente sea la imagen que quieren proyectar.

Parece tradicional. Establecido. Confiable.

También: anticuado, resistente al cambio, y está perdiendo cuota de mercado frente a competidores más ágiles.

Por eso me han contratado.

La recepcionista —una mujer de unos cincuenta años con el pelo perfectamente peinado y perlas auténticas— me sonríe cuando me acerco.

—Buenos días. Usted debe ser el señor Hartford.

—Buenos días. Sí, tengo una reunión con Thomas Ward a las nueve.

—Por supuesto. El señor Ward me ha pedido que le indique cual es su despacho temporal para que pueda ir acomodándose. Tercera planta, al final del pasillo a la derecha. ¿Necesita que alguien le acompañe?

—No, puedo encontrarlo. Gracias.

Subo por las escaleras en lugar del ascensor —necesito quemar la adrenalina que siempre me invade el primer día en una empresa nueva— y llego a la tercera planta ligeramente sin aliento.

El pasillo es exactamente lo que esperaba: moqueta cara color burdeos, cuadros al óleo de escenas de caza, puertas de madera maciza con placas de latón. Es como entrar en una cápsula del tiempo de 1985.

Voy a tener mucho trabajo.

Camino hacia el final del pasillo, revisando mentalmente la presentación que he preparado para la reunión de esta tarde con los jefes de departamento, cuando la veo y pierdo completamente el rumbo de mis pensamientos.

Es una mujer preciosa.

Siento un tirón raro en el pecho.

Está a unos diez metros de distancia, saliendo de uno de los despachos con una carpeta bajo el brazo. Lleva un vestido azul marino que se ajusta a su cuerpo de una manera que debería ser ilegal en un entorno profesional, y tacones que hacen que sus piernas parezcan interminables. Tiene el pelo castaño recogido en un moño bajo que deja al descubierto la curva elegante de su cuello.

Y cuando levanta la vista y nuestras miradas se encuentran, algo en mi pecho se contrae de una manera que no puedo explicar.

Porque esta mujer no es solo guapa. Guapa es un término que no le hace justicia. Es... impresionante. Tiene esa clase de belleza que te golpea como un puñetazo en el estómago y te deja sin aire en los pulmones.

Ojos grandes que incluso desde esta distancia puedo ver que son de un color avellana inusual. Pómulos altos. Labios perfectamente delineados pintados de un rojo mate que hace que mi cerebro se desconecte completamente.

Me quedo ahí parado como un idiota, mirándola fijamente, olvidando casi hasta cómo me llamo y qué demonios hago en ese pasillo.

Ella se detiene también. Me mira. Y veo el momento exacto en que se da cuenta de que la estoy mirando fijamente, porque sus cejas se arquean con curiosidad.

Debería decir algo. Cualquier cosa. Pero mi cerebro, que normalmente funciona a la velocidad de un procesador de última generación, se ha quedado completamente en blanco.

Ella se acerca. Cada paso que da hacia mí hace que mi pulso se acelere de una manera completamente inapropiada para un lunes a las ocho y media de la mañana en un pasillo de oficina.

Se detiene a menos de un metro de distancia. Huele a algo floral y caro que hace que quiera inclinarme más cerca.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta, y su voz es exactamente lo que debería ser: profesional, ligeramente fría, con un toque de impaciencia.

Digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Puedes traerme un café?

En el momento en que las palabras salen de mi boca, sé que he metido la pata.

Sus ojos se estrechan. Su postura, que ya era rígida, se vuelve completamente tensa. Y cuando habla, su voz podría congelar el infierno.

—¿Perdona?

—Un café —repito, y joder, ¿por qué sigo hablando?—. Solo, sin azúcar.

—Déjame adivinar. —Su sonrisa es peligrosa—. ¿Has asumido que soy una secretaria porque soy mujer?

Eso me saca del estupor.

—No, yo... perdona, no quería...

—¿No querías qué? ¿Ser un capullo machista en tu primer día? Pues enhorabuena, lo has conseguido igualmente.

—Espera, no es...

—La zona de descanso está en la tercera puerta a la izquierda. —Señala con un dedo que tiene las uñas pintadas del mismo rojo que sus labios—. Búscate el café tú mismo.

Y se va.

Se aleja por el pasillo con unos tacones altos que repiquetean contra la moqueta como disparos, con la espalda perfectamente recta y la cabeza alta.

Y yo me quedo ahí como un imbécil, mirándole el culo mientras se aleja, porque incluso cabreada —especialmente cabreada— es la mujer más atractiva que he visto en mi vida.

Joder.

Mi primer día en Ward & Associates y ya he cabreado a... ¿quién? ¿Una ejecutiva? ¿Una abogada? Sea quien sea, acabo de causarle la peor primera impresión posible.

Genial, Hartford. Absolutamente genial.

Me fuerzo a seguir adelante y a olvidarme de la mujer. Con suerte, no volveremos a cruzarnos pronto. Pero su imagen se niega a marcharse de mis recuerdos por mucho que lo intento.

Dejo todas mis cosas en el despacho que me han asignado y cuando llega la hora me dirijo a la cita con Thomas Ward.

Su despacho es exactamente lo que esperaba del CEO de una empresa familiar de tercera generación: enorme, con vistas a Manhattan, decorado con muebles que probablemente son antigüedades auténticas.

Thomas me recibe con un apretón de manos firme y una sonrisa cálida. Tiene unos sesenta años, el pelo completamente blanco, y esa presencia tranquila que da la confianza absoluta en uno mismo.

—Alexander. Bienvenido.

—Señor Ward. Gracias por la oportunidad.

—Thomas, por favor. Aquí no somos tan formales. —Me señala una de las sillas de cuero frente a su escritorio—. Siéntate. ¿Quieres café?

—Ya he tomado —respondo. Sin querer pensar en la mujer del pasillo.

—Perfecto. Entonces vamos directo al grano. —Se acomoda en su silla—. Has revisado los números que te envié.

—Sí. La empresa es sólida. Tiene buenos márgenes, una cartera de clientes estable, reputación impecable.

—Pero.

Sonrío. Me gusta que vaya directo a lo interesante. No quiere falsas adulaciones, quiere que la empresa resista al paso de otras tres generaciones más.

Ese es uno de los motivos por los que acepté este trabajo.

—Pero estáis estancados. Los ingresos han sido prácticamente los mismos durante los últimos cinco años. El mercado está cambiando, los competidores están innovando, y vosotros seguís haciendo las cosas como se hacían en 1995.

Thomas no se ofende. Asiente lentamente.

—Por eso te he contratado. Necesitamos sangre nueva. Un nuevo punto de vista. Necesitamos modernizarnos sin perder nuestra esencia.

—Modernizarse significa realizar cambios profundos. No todo el mundo va a estar contento.

—Lo sé. Algunos de mis empleados más veteranos van a resistirse. Incluso alguno de mis hijos. —Se ríe—. Pero confío en que sabrás manejar las resistencias.

—Es mi especialidad.

—Bien. Porque tengo un objetivo específico para ti. —Se inclina hacia delante—. TechVision Inc.

Silbo bajito. TechVision es una de las empresas tecnológicas más grandes de la costa este. Servicios en la nube, inteligencia artificial, consultoría digital. Si Ward & Associates consiguiera representarlos, sería un golpe maestro.

—Es muy ambicioso.

—Duplicaría nuestros ingresos de la noche a la mañana. Y nos abriría las puertas a todo el sector tech que hasta ahora nos ha ignorado.

—¿Habéis hecho algún acercamiento?

—Tengo contacto con el CEO, Marcus Chen. Hemos hablado informalmente, pero nunca hemos conseguido cerrar. Somos demasiado... tradicionales para ellos.

—Necesitáis una propuesta que hable en su idioma. Datos, innovación, resultados medibles.

—Exacto. Vamos a tener que trabajar en eso. Pero primero tenemos que hacer oficial tu incorporación.

—Por supuesto, lo tengo todo preparado.

—Perfecto. Esta tarde a las tres tenemos la reunión con todos los jefes de departamento. Vas a conocer al equipo con el que vas a trabajar. Cada jefe te hará una presentación de su departamento.

Me levanto, estrechando su mano de nuevo.

—Gracias por la confianza, Thomas.

—No me agradezcas todavía. —Su sonrisa es casi traviesa—. Espera a conocer a algunos de mis empleados más... apasionados.

—Puedo manejar opiniones firmes. No te preocupes.

Paso las siguientes horas en mi despacho temporal revisando archivos, estudiando la estructura organizativa, y preparando mi presentación para la reunión de la tarde.

Tomo notas para la reunión. Me apunto preguntas específicas sobre estrategia. Sugerencias de mejora. Áreas de oportunidad.

A las tres menos cinco, me dirijo a la sala de reuniones en la segunda planta.

Es grande, con una mesa de conferencias que podría sentar a veinte personas fácilmente. Las paredes están decoradas con fotos enmarcadas de clientes famosos que la empresa ha representado a lo largo de los años. Actores, deportistas, músicos. Un historial impresionante.

Varios ejecutivos ya están sentados, hablando entre ellos en voz baja. Cuando entro, las conversaciones se detienen. Me miran con esa mezcla de curiosidad y recelo que siempre encuentro el primer día.

Soy el forastero. El que viene a cambiar las cosas. El enemigo potencial.

Estoy acostumbrado.

Thomas entra después de mí, saludando a cada uno por su nombre. Yo me quedo de pie junto a la cabecera de la mesa, esperando.

Y entonces entra ella.

La mujer del pasillo.

La mujer a la que le pedí un café como un imbécil.

Lleva el mismo vestido azul marino, los mismos tacones, el mismo moño perfecto. Pero ahora su expresión es completamente profesional. Fría. Controlada.

Se sienta en una de las sillas del medio, abre su portátil, y no me mira ni una sola vez.

Mierda.

—Muy bien —dice Thomas, llamando la atención de todos—. Gracias por venir. Quiero presentaros oficialmente a Alexander Hartford, nuestro nuevo Director de Operaciones. Alexander viene de...

Pero yo apenas escucho la presentación.

Porque no puedo dejar de mirar a la mujer del vestido azul.

Y cuando finalmente nuestras miradas se encuentran a través de la mesa, veo un destello de algo en sus ojos que hace que se me acelere el pulso.

Desafío.

Esto va a ser interesante.

Muy interesante.

CAPÍTULO 2

SLOANE

Llevo desde las siete de la mañana mirando la misma diapositiva de PowerPoint sin ver realmente nada.

Mi café se ha enfriado hace una hora. La lista de tareas pendientes en mi bloc de notas tiene tres elementos tachados de veintisiete. Y he repasado los números de la campaña de otoño tantas veces que podría recitarlos en sueños.

Pero no puedo concentrarme.

Porque en seis horas voy a conocer a Alexander Hartford.

El hombre que mi padre ha contratado como Director de Operaciones sin consultarme. El hombre que viene a «modernizar» la empresa que lleva funcionando tres generaciones. El hombre que, según la descripción entusiasta de papá, va a «sacudirnos y llevarnos al siguiente nivel».

El hombre cuyos ojos grises me han estado persiguiendo desde el sábado.

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria y me froto las sienes, intentando borrar el recuerdo de esa noche. De la sala cargada de incienso. De las cartas del tarot extendidas sobre terciopelo púrpura. De la voz de Cupido diciendo con absoluta certeza: «Ojos grises como la tormenta.»

Es una coincidencia, me digo por enésima vez esta mañana. Una casualidad. He visto exactamente una foto de Alexander Hartford —una imagen corporativa en LinkedIn donde apenas se distinguen sus rasgos— pero sí, tiene los ojos grises. Eso no significa nada. Mucha gente tiene ojos grises.

Aunque admito que cuando volví a mirar su fotografía, después de la fiesta, y vi esos ojos incluso a través de una pantalla pixelada,

se me heló la sangre.

«Tu mayor desafío y tu mayor regalo.»

Tonterías. Son tonterías de una vidente que cobra doscientos dólares la hora por decir generalidades que podrían aplicarse a cualquiera.

Excepto que no fueron generalidades. Fueron específicas. Demasiado específicas.

—Basta —me digo en voz alta, levantándome de la silla.

Necesito moverme. Necesito un poco de aire. Necesito dejar de darle vueltas a esto como si fuera una adolescente obsesionada con su horóscopo.

Agarro la carpeta con los informes trimestrales que necesito para la presentación de esta tarde y salgo de mi despacho. El pasillo está tranquilo a esta hora, la mayoría de la gente todavía está en sus reuniones matutinas o en llamadas con la costa oeste.

Camino hacia el archivo, intentando repasar mentalmente mi presentación. Voy a demostrarle a Alexander Hartford exactamente por qué mi departamento no necesita ser «modernizado». Los números hablan por sí solos. Cuarenta por ciento de aumento en las ganancias en cuatro años. Campañas premiadas. Clientes satisfechos que renuevan año tras año.

No necesito a un consultor arrogante con un MBA de Harvard diciéndome cómo hacer mi trabajo.

Giro la esquina y lo veo.

Y el mundo se para durante unos segundos.

Está a unos metros de distancia. Lleva un traje gris oscuro que le sienta como si hubiera sido hecho a medida para él —que probablemente lo ha sido— y tiene el tipo de postura que grita confianza absoluta en sí mismo.

Es alto. Muy alto. Con unos hombros anchos bajo la chaqueta perfectamente cortada.

Y entonces mira en mi dirección.

Dios mío.

La foto de LinkedIn no le hacía justicia. Ni de lejos.

Porque Alexander Hartford en persona es... devastador.

Mandíbula cuadrada con una sombra de barba que sugiere que se ha afeitado esta mañana pero que ya está empezando a crecer de nuevo. Nariz recta, labios bien definidos. Pelo castaño oscuro peinado hacia atrás con ese estilo que parece casual pero que probablemente le ha costado veinte minutos conseguir.

Y esos ojos.

Grises. Como dijo Cupido. Pero no un gris cualquiera. Son del color de las nubes de tormenta justo antes de que empiece a llover. Intensos. Penetrantes.

Y en este momento están clavados en mí.

Me está mirando fijamente. Sin pestañear. Con una expresión que no sé muy bien cómo interpretar pero que hace que se me acelere el pulso de una manera completamente inapropiada para un lunes por la mañana en un pasillo de oficina.

Me detengo. Porque claramente me está mirando y sería raro seguir caminando como si no me hubiera dado cuenta.

Espero a que diga algo. Cualquier cosa.

Pero sigue ahí, mirándome como si se hubiera quedado sin palabras.

Es incómodo. Y también... extraño. Porque hay algo en la manera en que me mira que hace que me sienta expuesta. Vista. De una manera que no estoy acostumbrada y que definitivamente no me gusta.

Me aclaro la garganta.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Las palabras salen más frías de lo que pretendía, pero me da igual. Este hombre —este completo desconocido que viene a desmantelar todo por lo que he trabajado— no tiene derecho a mirarme así.

Y entonces dice:

—¿Puedes traerme un café?

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

¿Perdona?

—Un café —repite, y tiene el descaro de seguir mirándome como si fuera completamente normal pedirle a una desconocida en un

pasillo que le traiga café—. Solo, sin azúcar.

La rabia me sube por la garganta tan rápido que tengo que apretar los dientes para no explotar.

—Déjame adivinar. —Mi voz sale peligrosamente calmada—. ¿Has asumido que soy una secretaria porque soy mujer?

Eso parece sacarle de su estupor. Parpadea. Abre la boca.

—No, yo... perdona, no quería...

—¿No querías qué? —le interrumpo—. ¿Ser un capullo machista en tu primer día? Pues enhorabuena, lo has conseguido igualmente.

—Espera, no es...

—La zona de descanso está en la tercera puerta a la izquierda. Búscate el café tú mismo.

No espero su respuesta. Me doy la vuelta y me alejo con pasos medidos, controlados, profesionales.

Porque Sloane Ward no corre. Sloane Ward no huye. Sloane Ward se retira estratégicamente con la cabeza alta y la dignidad intacta.

Aunque por dentro estoy temblando de furia.

Capullo. Capullo arrogante y machista que lleva exactamente diez minutos en este edificio y ya está demostrando por qué los consultores externos son una pesadilla.

Llego al archivo y cierro la puerta con más fuerza de la necesaria. Me apoyo contra ella, respirando hondo, intentando recuperar la compostura.

«Ojos grises como la tormenta.»

«Tu mayor desafío.»

Pues Cupido tenía razón en una cosa. Alexander Hartford va a ser un desafío. Porque si piensa que puede venir aquí y tratarme como a una secretaria, va a descubrir muy pronto quién soy realmente.

Y cuando lo haga, ese momento de shock va a ser delicioso.

Vuelvo a mi despacho. Abro el portátil. Y repaso mi presentación con renovada determinación.

Porque esta tarde, en esa sala de reuniones, Alexander Hartford va a descubrir exactamente con quién está tratando.

Y espero que esté preparado.

Las horas hasta las tres de la tarde pasan en un borrón de llamadas, emails, y micro-ajustes a mi presentación que probablemente son innecesarios pero que me mantienen ocupada.

A las dos y media me retoco el maquillaje en el baño de mi despacho. Labial rojo, recién aplicado. Delineador perfectamente simétrico. Ni un pelo fuera de lugar en mi moño bajo.

Parezco lo que soy: una ejecutiva competente que sabe exactamente lo que hace.

No parezco para nada una mujer cuyos nervios están completamente destrozados.

A las dos y cincuenta salgo de mi despacho. Podría ir ya a la sala de reuniones —está apenas a dos minutos de aquí— pero eso me haría parecer ansiosa. Desesperada por causar buena impresión.

Así que espero. Cuento hasta cien. Y luego camino hacia las escaleras con pasos medidos.

Llego a la puerta de la sala de reuniones a las tres en punto exactas. Ni un minuto antes, ni un minuto después.

Respiro hondo. Ajusto la carpeta bajo mi brazo. Y abro la puerta.

La sala está llena. Todos los jefes de departamento están ahí: Mark de Legal, Jennifer de RRHH, David de Finanzas, Paul de Desarrollo de Negocio. Están sentados alrededor de la enorme mesa de conferencias, charlando en voz baja, esperando.

Papá está en la cabecera de la mesa, con esa presencia tranquila que siempre tiene. Me ve entrar y me sonríe.

Y junto a él, de pie, está Alexander Hartford.

Aunque no lo miro directamente, me niego a darle ese placer, veo por la visión periférica el momento exacto en que me reconoce. Sus ojos se abren ligeramente. Su postura, que ya era rígida, se vuelve completamente tensa.

Bien. Que sufra un poco.

Mantengo mi expresión perfectamente neutra —profesional, fría, controlada— y camino hacia la única silla libre que queda, que casualmente está en el lado opuesto de la mesa a donde está él.

Me siento. Abro mi portátil. Saco mi libreta. Y no lo miro ni una sola vez.

Aunque puedo sentir su mirada clavada en mí como un peso físico.

—Perfecto. —Papá se aclara la garganta, llamando la atención de todos—. Ahora que estamos todos, podemos empezar. Como sabéis, hoy quiero presentaros oficialmente a Alexander Hartford, nuestro nuevo Director de Operaciones.

Hay murmullos educados alrededor de la mesa. Todos sabían que venía alguien nuevo, pero los detalles se han mantenido bastante en secreto.

—Alexander viene con una experiencia impresionante. Ha trabajado en consultoría estratégica en Londres y Nueva York, ha dirigido reestructuraciones exitosas en empresas de diversos sectores, y tiene exactamente la visión que necesitamos para llevar Ward & Associates al siguiente nivel.

Levanto la vista lo justo para ver a Alexander asintiendo con esa humildad falsa que estoy segura que ha perfeccionado en mil reuniones como esta.

—Pero en lugar de que yo siga hablando de él —continúa papá—, prefiero que Alexander os cuente directamente cuál es su visión para la empresa. ¿Alexander?

—Gracias, Thomas. —Su voz es grave, profesional, con ese tono de autoridad que probablemente le enseñaron en Harvard—. Es un placer estar aquí.

Se mueve hacia el proyector y enciende una presentación. La primera diapositiva es simple: «Ward & Associates: Visión 2026».

—Cuando Thomas me contactó hace dos meses —empieza—, me habló de una empresa con un legado impresionante. Tres generaciones. Clientes de primera categoría. Reputación impecable.

Hace una pausa para crear efecto. Como si fuera una TED Talk.

No puedo evitarlo, pongo los ojos en blanco.

—Pero también me habló de una empresa que ha visto sus ingresos estancados durante los últimos cinco años. De una empresa que está perdiendo cuota de mercado frente a competidores más ágiles. De una empresa que necesita modernizarse sin perder su esencia.

Hace clic. La siguiente diapositiva muestra un gráfico de ingresos. Y joder, odio admitirlo, pero tiene razón. La línea ha estado prácticamente plana desde 2019.

—Mi objetivo es simple: duplicar los ingresos de Ward & Associates en dieciocho meses.

Hay murmullos alrededor de la mesa. Algunos de sorpresa, otros de escepticismo.

—¿Y cómo? —pregunta David de Finanzas—. Porque con todo el respeto, eso suena... ambicioso.

—Ambicioso pero alcanzable. —Alexander hace clic de nuevo—. Mi plan se basa en tres pilares: modernización digital, diversificación de servicios, y adquisición estratégica de clientes de alto valor.

Sigue hablando. Datos, gráficos, proyecciones. Es una presentación impecable. Profesional. Bien investigada.

También es completamente arrogante.

Porque está parado ahí, un hombre que lleva exactamente cinco horas en este edificio, diciéndonos a todos cómo hacer nuestro trabajo.

—Para lograr esto —continúa—, voy a necesitar la colaboración total de todos los departamentos. Y voy a necesitar que estéis abiertos a cambios significativos en cómo operamos.

Me mira directamente cuando dice «cambios significativos». Como si supiera que esa frase va dirigida específicamente a mí.

—Ahora me gustaría que cada uno de vosotros presente brevemente su departamento. Qué hacéis, cómo lo hacéis, y cuáles veis que son vuestros mayores desafíos actuales.

Uno por uno, los jefes de departamento van presentando. Legal habla de contratos y negociaciones. RRHH de contratación y retención de talento. Finanzas de márgenes y costes operativos.

Y luego me toca a mí.

—Sloane. —Papá me sonríe—. Tu turno. Preséntanos Marketing.

—Por supuesto. —Activo mi propia presentación en el proyector, reemplazando la de Alexander con una satisfacción pequeña pero real.

Me levanto. Camino hacia el frente de la sala. Y puedo sentir los ojos de Alexander siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Marketing en Ward & Associates se basa en tres principios fundamentales. —Mi voz sale firme, clara, profesional—. Relaciones a largo plazo con clientes, campañas basadas en datos, y excelencia en cada punto de contacto.

Hago clic. Mi primera diapositiva muestra los números de los últimos cinco años.

—Desde que asumí la dirección del departamento en 2020, hemos aumentado el beneficio un cuarenta por ciento. Hemos ganado tres premios de la industria. Y tenemos una tasa de retención de clientes del noventa y dos por ciento, que está por encima de la media del sector.

Más clics. Más datos. Casos de éxito. Testimonios de clientes.

—Nuestro enfoque es...

—Perdona que interrumpa. —La voz de Alexander corta a través de mi presentación como un cuchillo—. Esos números son impresionantes. Pero me llama la atención que en tu estrategia no hay ninguna mención a marketing digital.

Me giro hacia él. Todos los ojos en la sala se mueven de mí a él como si estuvieran viendo un partido de tenis.

—Tenemos presencia digital —respondo con calma—. LinkedIn, Instagram corporativo, newsletter mensual.

—Presencia básica. —Se inclina hacia delante en su silla—. Pero no veo estrategia de contenidos, no veo SEO, no veo campañas de influencer marketing, no veo...

—Porque nuestros clientes no son influencers adolescentes —le interrumpo—. Representamos a profesionales de élite. Actores ganadores de Oscar. Deportistas olímpicos. Nuestro enfoque es relacional, no transaccional.

—Entiendo el enfoque. Pero ¿no crees que podrías ampliar tu alcance si...?

—Nuestros números demuestran que el enfoque funciona.

—Tus números demuestran que es suficiente. —Su voz es tranquila, pero hay acero debajo—. No que sea óptimo.

El silencio en la sala es absoluto. Todos nos están mirando con esa expresión incómoda de la gente que está presenciando un enfrentamiento que preferiría no presenciar.

—Con todo el respeto, Alexander —digo, y mi tono deja muy claro que no hay ningún respeto en absoluto—, llevas cinco horas en esta empresa. Yo llevo años dirigiendo este departamento. Creo que sé lo que hago.

—No dudo de tu competencia. —Se levanta de su silla, caminando hacia el frente de la sala hasta quedar a apenas dos metros de mí—. Pero el mundo ha cambiado en estos años. El marketing ha cambiado. Y si no evolucionas, te quedas atrás.

—No me estoy quedando atrás. Los números...

—Los números son buenos. Pero podrían ser excelentes. —Hace clic en su propio portátil y mi presentación desaparece, reemplazada por una de las suyas—. Mira esto. Un estudio de McKinsey del año pasado sobre retorno de inversión en marketing digital para empresas de servicios profesionales. Las que han adoptado estrategias digitales integradas han visto un aumento promedio del sesenta y cinco por ciento en adquisición de clientes.

—Es un estudio general que no necesariamente se aplica en nuestro nicho específico.

—¿Y cómo lo sabes si no lo has intentado?

—Porque conozco a nuestros clientes. —Puedo sentir cómo se me calienta la cara, pero mantengo la voz controlada—. Los he cultivado durante años. Sé lo que funciona con ellos.

—Lo que ha funcionado. Pasado. Pero el mercado está cambiando, Sloane.

La manera en que dice mi nombre —con esa mezcla de condescendencia y desafío— hace que se me ericen todos los pelos de la nuca.

—Soy perfectamente consciente de los cambios en el mercado.

—¿Lo eres? Porque cuando miro tu estrategia, veo métodos que eran innovadores en 2015. Ahora estamos en 2026.

—Son métodos que funcionan. Que han sido probados. Que entregan resultados consistentes.

—Consistentemente mediocres.

El aire se escapa de la sala.

Mediocres. Me acaba de llamar mediocre. A mí. A mi trabajo. Delante de todo mi equipo.

—Mis resultados no son mediocres. —Mi voz sale más fría de lo que la he oído nunca—. Son sólidos. Confiables. Y respaldados por datos reales, no por estudios genéricos que pueden o no aplicarse a nuestra situación específica.

—Sólidos y confiables son palabras que usas cuando no quieres admitir que hay espacio para mejorar.

—Y arrogante es la palabra que uso para describir a alguien que lleva cinco horas en una empresa y cree que sabe más que las personas que han estado construyéndola durante años.

Nos miramos fijamente a través de la sala. Esos ojos grises clavados en los míos con una intensidad que hace que se me acelere el pulso por razones que me niego a analizar.

Y entonces papá se aclara la garganta.

—Creo que es suficiente por hoy. —Su voz es diplomática pero firme—. Todos tenemos mucho en qué pensar. Sloane, excelente presentación. Alexander, gracias por compartir tu visión. Continuaremos estas conversaciones en los próximos días.

La reunión termina con ese tipo de silencio incómodo que deja claro que nadie sabe muy bien cómo procesar lo que acaba de pasar.

Apago mi portátil con movimientos mecánicos. Recojo mis cosas. Y salgo de esa sala con la cabeza alta y la mandíbula apretada.

No miro atrás.

No le doy la satisfacción.

Pero puedo sentir su mirada clavada en mi espalda con cada paso que doy.

Y cuando llego al pasillo y finalmente puedo respirar, me doy cuenta de que mis manos están temblando.

De rabia. De adrenalina. De algo más que me niego completamente a nombrar.

Alexander Hartford es un idiota.

«Mi mayor desafío.» ¡Y un cuerno!

Cupido, pienso mientras camino hacia el ascensor, la próxima vez que te vea, vamos a tener una conversación muy seria.

CAPÍTULO 3

ALEXANDER

Me quedo solo en la sala de reuniones durante un minuto completo después de que todos se vayan.

Las sillas todavía están ligeramente apartadas de la mesa. Hay un vaso de agua a medio beber que alguien ha dejado olvidado. La pantalla del proyector sigue encendida, mostrando la última diapositiva de mi presentación.

Pero yo no veo nada de eso.

Solo veo a Sloane, la directora de marketing.

De pie frente a mí. Con esos ojos avellana llenos de fuego. Defendiendo su trabajo con una ferocidad que podría cortar el acero. Brillante. Absolutamente brillante.

Y completamente furiosa conmigo.

¿Por qué me he comportado de esa forma con ella? ¿Por qué he disfrutado tanto sacándola de quicio?

Joder.

La mujer a la que le pedí un café esta mañana como un imbécil es la directora de marketing. La mujer cuyo trabajo acabo de cuestionar delante de todo su equipo. La mujer que ahora mismo probablemente está fantaseando con maneras creativas de matarme.

Y lo peor —lo absolutamente peor— es que no puedo dejar de pensar en cómo se veía ahí de pie, desafiándome. En cómo su voz se volvió más fría cuanto más la presionaba. En cómo sus mejillas se colorearon ligeramente cuando la llamé mediocre.

No mediocre. Dije que sus resultados eran consistentemente mediocres. Que es completamente diferente.

Aunque admito que probablemente ella no ve la diferencia.

Me paso una mano por el pelo y apago el proyector. Recojo mi portátil. Necesito salir de aquí antes de que alguien vuelva y me encuentre parado como un idiota procesando lo que acaba de pasar.

Salgo de la sala y camino por el pasillo hacia los ascensores. Mis zapatos suenan demasiado fuerte contra la moqueta en el silencio de la tarde.

Y entonces la veo.

Está de pie frente al ascensor, mirando fijamente los números que indican en qué planta está. Tiene la espalda perfectamente recta, los hombros tensos, una mano aferrada a su portátil como si fuera un escudo.

Debería usar las escaleras. Debería evitarla. Darle espacio. Dejar que se calme antes de intentar cualquier tipo de conversación.

Pero mis pies siguen caminando hacia ella.

Me detengo a su lado. A una distancia profesional. Apropiada.

Ella no me mira. Ni siquiera reconoce mi presencia.

El ascensor está en la última planta. Bajando lentamente.

El silencio entre nosotros es tan denso que podría asfixiarme con él.

Puedo oler su perfume desde aquí. Algo floral y caro que hace que quiera inclinarme más cerca. Puedo ver cómo sus dedos tamborilean ligeramente contra su portátil en un ritmo nervioso que probablemente ni siquiera se da cuenta de que está haciendo.

Séptima planta. Sexta.

Digo algo. Cualquier cosa para romper este silencio que me está matando.

—Escucha, sobre la reunión...

—No. —Su voz es como hielo—. No quiero escucharlo.

—Solo quiero aclarar que...

—He dicho que no.

El ascensor llega finalmente. Las puertas se abren con un ding suave.

Pero antes de que podamos entrar, oigo pasos detrás de nosotros.

—¡Alexander! ¡Sloane!

Me giro. Thomas Ward camina hacia nosotros con esa sonrisa cálida que parece ser su expresión por defecto.

—Me alegro de haberos pillado —dice cuando llega hasta nosotros —. Quería tener un momento para hablar con los dos.

—Papá, ahora no es... —empieza Sloane.

Y el mundo se detiene. Dejo de escuchar lo que está diciendo.

Papá.

Lo ha llamado papá.

Thomas me mira, y debe ver la confusión en mi expresión porque su sonrisa se hace más amplia.

—Sloane es nuestra directora de marketing. Y también la segunda de mis cuatro hijos. —Pone una mano en el hombro de Sloane con ese afecto paternal obvio.

Sloane.

Ward.

La hija de Thomas.

—Yo... —Mi voz no funciona correctamente—. No lo sabía.

—¿No? —Thomas parece genuinamente sorprendido—. Pensé que lo habría mencionado cuando hablamos sobre el equipo directivo. Bueno, pues ahora ya lo sabes. —Thomas aprieta el hombro de Sloane—. Esta es mi Sloane. La más brillante de todos mis hijos, aunque no se lo digas a Owen.

—Papá —dice Sloane, y hay una nota de advertencia en su voz.

—Es verdad. —Thomas me mira—. Sloane es incansable, perfeccionista, y absolutamente dedicada a esta empresa.

Cada palabra es como un puñetazo en el estómago.

Porque la he cagado. La he cagado de una manera épica.

Le he pedido café a la hija del CEO. He cuestionado su trabajo delante de todo su equipo. La he llamado mediocre.

A la hija de Thomas Ward.

—Bueno, os dejo. Hablaremos en otro momento más apropiado —Thomas ya se está alejando—. Tengo una llamada con Los Ángeles en cinco minutos. Sloane, cenamos el domingo, no te olvides. Alexander, bienvenido oficialmente a la familia Ward.

Y se va.

Dejándonos solos frente al ascensor.

El silencio que sigue es casi una tortura.

Sloane sigue sin mirarme. Presiona el botón del ascensor otra vez, aunque ya está ahí, con las puertas abiertas esperando.

—No sabía que eras su hija —digo finalmente.

—Evidentemente. —Su voz podría congelar el infierno—. Si lo hubieras sabido, probablemente no me habrías pedido un café esta mañana como si fuera tu secretaria personal.

—Eso fue... un error.

—¿Un error? —Ahora sí me mira, girándose completamente hacia mí, y la furia en sus ojos es suficiente para hacerme retroceder un paso—. ¿Asumir que una mujer en un pasillo es una secretaria solo porque es mujer es un error?

—No asumí eso porque fueras mujer. Asumí... —Pero no puedo terminar esa frase porque la verdad es que sí lo asumí. Vi a una mujer hermosa y mi cerebro se desconectó y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Asumiste qué? —Cruza los brazos sobre el pecho—. Adelante. Ilumíname.

—Estaba... distraído.

—¿Distraído? —Se ríe, pero no hay humor en el sonido—. Qué excusa más conveniente.

—Mira, sé que he empezado con mal pie aquí...

—¿Mal pie? —Da un paso hacia mí, y de repente estamos más cerca de lo que deberíamos estar—. Has entrado en mi empresa, me has tratado como a una empleada de segunda, has cuestionado mi trabajo delante de todo mi equipo, y has tenido el descaro de llamar mediocres mis resultados. ¿Y crees que eso es empezar con mal pie?

—No dije que tus resultados fueran mediocres. Dije...

—Sé exactamente lo que dijiste. —Sus ojos brillan—. Y ahora viene la parte donde me dices que no sabías que era la hija del jefe, y que si lo hubieras sabido habrías sido más... ¿qué? ¿Respetuoso? ¿Diplomático?

—No.

Eso la detiene. Parpadea.

—¿No?

—No. —Doy un paso hacia ella, cerrando el espacio entre nosotros hasta que estamos a apenas medio metro de distancia—.

Porque me da igual que seas la hija del dueño o la reina de Inglaterra. Solo me rodeo de profesionales que entregan resultados óptimos. Y voy a estar muy atento a los tuyos.

El aire entre nosotros se carga de electricidad.

Sloane me mira fijamente, y veo cómo su mandíbula se tensa. Cómo sus manos se aprietan en puños a sus lados.

—¿Me estás amenazando? —Su voz es peligrosamente baja.

—Estoy estableciendo expectativas.

—No. —Da otro paso hacia mí, invadiendo completamente mi espacio personal—. Estás intentando intimidarme. Estás intentando que me sienta insegura de mi trabajo para que acepte tus cambios sin cuestionar.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? Porque justo ahora has dicho que vas a estar «atento» a mis resultados. Como si necesitara supervisión. Como si no fuera de confianza.

—No he dicho eso.

—No has tenido que decirlo. —Levanta la barbilla, desafiante—. Déjame adivinar. Crees que estoy aquí por mi apellido. Que papá me dio el puesto porque soy su niña. Que no me lo he ganado.

—No he dicho...

—Pero lo piensas. —Su risa es amarga—. Todos los consultores como tú lo piensan. Entran en empresas familiares y asumen que cualquiera con el apellido está ahí por nepotismo.

—Yo no asumo...

—Pues déjame dejarte algo muy claro, Hartford. —Y joder, la manera en que dice mi apellido debería estar prohibida—. Empecé en esta empresa como becaria cuando tenía veintidós años. Trabajé en cada departamento. Hice café, archivé documentos, me quedé hasta las tres de la madrugada preparando presentaciones que nadie vería. Me gané cada puto ascenso. Y cuando finalmente me dieron la dirección de marketing hace cinco años, fue porque había demostrado durante seis años que era la mejor persona para el puesto.

No aparto la mirada. No puedo.

Porque está magnífica así. Furiosa. Apasionada. Defendiéndose con una ferocidad que hace que algo en mi pecho se apriete de una manera completamente inapropiada.

—Así que si se te ocurre —continúa, su voz bajando a un susurro peligroso— insinuar que no merezco estar aquí, que no me he ganado mi lugar, voy a hacer que te arrepientas de haber aceptado este trabajo.

Debería retroceder. Debería disculparme. Debería ser diplomático.

Pero no hago nada de eso.

En lugar de eso, me inclino ligeramente hacia ella y digo:

—He venido aquí a duplicar los ingresos de esta empresa en dieciocho meses. Voy a hacerlo, cueste lo que cueste. Incluso si eso significa reestructurar completamente tu departamento.

Sus ojos se abren ligeramente. Y por un segundo —solo un segundo— veo algo en ellos que no es furia.

Es desafío puro.

—Inténtalo. —Su voz es apenas un susurro—. Pero te lo advierto: no soy de las que se quedan quietas mientras alguien intenta desmantelar lo que he construido.

—No voy a desmantelar nada. Voy a mejorarlo.

—Eso está por verse.

Nos miramos fijamente. El aire entre nosotros está tan cargado que prácticamente chisporrotea.

No sé por qué la presencia de esta mujer hace que me comporte como un gilipollas. Siento deseos de ver hasta dónde aguanta. De llevarla al límite.

Y entonces, sin previo aviso, ella da un paso atrás.

—Bienvenido a Ward & Associates, señor Hartford. —Su sonrisa es puro veneno envuelto en azúcar—. Espero que disfrutes de tu estancia. Algo me dice que va a ser... memorable.

Se gira sobre sus tacones y camina hacia las escaleras, ignorando completamente el ascensor que todavía está esperando con las puertas abiertas.

La observo alejarse. Esa espalda recta. Esa cabeza alta. Cada paso medido, controlado, perfecto.

Y cuando desaparece por la puerta de las escaleras, me doy cuenta de que estoy sonriendo.

Sloane Ward.

La hija del CEO.

La directora de marketing que acabo de insultar.

La mujer más brillante, más hermosa, y más peligrosa que he conocido en mi vida.

Entro finalmente en el ascensor y presiono el botón de mi planta.

Voy a tener problemas.

Problemas enormes.

Porque Sloane Ward no es solo una oponente profesional.

Es un desafío que no puedo resistir.

Y lo peor de todo —lo absolutamente peor— es que una parte de mí, una parte grande y problemática, no puede esperar a ver qué pasa a continuación.

Las puertas del ascensor se cierran.

Y mientras bajo hacia mi planta, solo puedo pensar una cosa.

Esto va a ser interesante.

Muy, muy interesante.

CAPÍTULO 4

SLOANE

Cuando llego, mi apartamento está demasiado silencioso.

Tiro el bolso en el sofá, me quito los tacones de una patada, y camino descalza hasta la cocina. Necesito una copa de vino. O tres. O una botella entera.

Porque llevo dos horas fuera de esa oficina y todavía puedo sentir la mirada de Alexander Hartford clavada en mí como si fuera algo físico.

Abro una botella de Merlot —uno bueno que llevo guardando meses para una ocasión especial, aunque «sobrevivir al peor primer día laboral de mi vida» probablemente cuenta— y me sirvo una copa generosa.

Me la llevo al sofá. Me siento. Bebo.

Y cierro los ojos intentando que mi cerebro se calle de una vez.

Pero no se calla.

Porque todo lo que puedo ver cuando cierro los ojos es a él.

De pie frente al ascensor. Con ese traje gris oscuro que le queda obscenamente bien. Con esos ojos grises clavados en los míos como si pudiera ver directamente a través de todas mis defensas.

Diciendo con esa voz grave: «Me da igual que seas la hija del dueño o la reina de Inglaterra.»

Dios.

Bebo más vino.

No debería estar pensando en él. Debería estar pensando en estrategias para defenderme profesionalmente. En cómo voy a demostrarle que mis métodos funcionan. En cómo voy a hacer que se trague cada palabra condescendiente que ha dicho sobre mi trabajo.

Pero en lugar de eso, mi cerebro traidor sigue reproduciendo ese momento frente al ascensor.

Lo cerca que estábamos. Tan cerca que podía oler su colonia —algo caro y masculino que hacía que quisiera inclinarme más cerca en lugar de alejarme.

La manera en que me miraba. Como si fuera un problema que necesitaba resolver. Como si fuera un desafío que quería conquistar.

Como si quisiera...

No.

Para.

Me levanto del sofá bruscamente, casi tirando la copa de vino. Camino hacia el baño. Necesito una ducha. Necesito lavarme este día de encima.

El agua está tan caliente que me deja la piel rosa, pero no ayuda.

Porque incluso aquí, con el vapor llenando el baño y el ruido del agua ahogando todo lo demás, sigo pensando en él.

En cómo sus ojos se oscurecieron cuando me acerqué a él.

En cómo su mandíbula se tensó cuando le dije que no era de las que se quedaban quietas.

En cómo, por un segundo —solo un segundo— su mirada bajó a mis labios antes de volver a mis ojos.

Y mi cuerpo reacciona.

Se me acelera el pulso. Se me calienta la piel de una manera que no tiene nada que ver con el agua caliente. Siento un tirón bajo en mi vientre que reconozco inmediatamente y que me hace apretar los muslos.

No.

Absolutamente no.

No voy a excitarme pensando en Alexander Hartford.

No voy a darle esa satisfacción, ni siquiera en la privacidad de mi propia cabeza.

Cierro el agua con más fuerza de la necesaria. Salgo de la ducha. Me seco con movimientos bruscos, furiosos.

Me pongo el pijama —unos pantalones de seda y una camiseta vieja de Columbia— y vuelvo al salón.

Pero no voy al sofá.

Voy a mi escritorio.

Abro mi portátil con un clic decidido. Y empiezo a trabajar.

Abro cada informe de los últimos seis meses. Reviso cada campaña. Cada métrica. Cada número.

Si Alexander Hartford piensa que va a encontrar debilidades en mi departamento, está muy equivocado.

Voy a repasar cada estructura. Voy a revisar cada proceso. Voy a asegurarme de que todo —absolutamente todo— esté perfectamente documentado, justificado, optimizado.

No va a poder señalar ni un solo fallo.

Trabajo durante horas. Los números se vuelven borrosos en la pantalla. Me duelen los ojos. Pero no paro.

Porque si paro, voy a pensar en él.

Y si pienso en él, voy a recordar cómo se sentía estar tan cerca.

Y si recuerdo eso, mi cuerpo va a seguir reaccionando de esa manera que me niego a reconocer.

Así que sigo trabajando.

Reviso. Reorganizo. Documento.

A las dos de la madrugada, finalmente mi cerebro se rinde.

Me quedo dormida en el sofá con el portátil todavía abierto, rodeada de papeles, con la determinación férrea de que mañana —cuando vea a Alexander Hartford otra vez— voy a estar completamente preparada.

Y completamente en control.

CAPÍTULO 5

ALEXANDER

Cuando llego a mi ático, Olivia ya está dormida.

Veo luz bajo su puerta —probablemente se ha quedado dormida con la tele encendida otra vez— pero no la molesto. Lo último que necesito ahora mismo es otra conversación sobre mi vida personal.

O la falta de ella.

Voy directo a mi habitación. Me quito la chaqueta. La corbata. Los zapatos.

Y me siento en el borde de mi cama con la intención de abrir el portátil y revisar los números de Ward & Associates una vez más.

Pero el portátil se queda cerrado en mis manos.

Porque lo único que puedo ver es a Sloane Ward.

De pie frente a mí. Con esos ojos avellana brillando de furia. Con esa boca perfecta diciéndome que me iba a arrepentir de haber aceptado este trabajo.

Joder.

Dejo el portátil en la mesilla de noche. Me tumbo en la cama. Miro al techo.

Necesito dormir. Mañana tengo reuniones desde las ocho de la mañana. Necesito estar descansado, enfocado, preparado.

Pero cada vez que cierro los ojos, la veo.

Cómo entró en esa sala de reuniones esta tarde. Cómo se sentó con esa postura perfecta. Cómo presentó su trabajo con una confianza absoluta que habría sido intimidante si no hubiera sido tan jodidamente atractiva.

Y luego frente al ascensor.

Lo cerca que estuvimos.

Tan cerca que podía contar las motas doradas en sus ojos. Tan cerca que podía ver cómo su pulso latía en su cuello. Tan cerca que, si hubiera extendido la mano, podría haber...

Mi cuerpo reacciona.

Se me pone dura.

Es rápido. Intenso. Doloroso.

Gimo y me paso una mano por la cara.

Esto es ridículo. Soy un hombre de treinta y siete años, no un adolescente que se excita porque una mujer lo ha mirado con furia.

Pero no es solo la furia.

Es todo.

Es cómo se veía en ese vestido azul marino. Es cómo levantó la barbilla cuando la desafié. Es esa boca pintada de rojo diciéndome que no era de las que se quedaban quietas.

Es saber que hay fuego debajo de esa fachada perfecta de ejecutiva implacable.

Y joder, quiero quemarme con ese fuego.

Mi mano baja por mi pecho. Por mi abdomen. Se detiene en la cintura de mis pantalones de traje.

No debería.

Debería levantarme. Ducharme con agua fría. Concentrarme en el trabajo.

Pero no hago nada de eso.

Porque ¿cuándo fue la última vez que una mujer me excitó así? ¿Cuándo fue la última vez que deseé a alguien con esta intensidad que me quema por dentro?

No puedo recordarlo.

Clarissa nunca me hizo sentir así. Nuestro matrimonio fue cómodo. Conveniente. Completamente desprovisto de pasión real.

Y desde el divorcio, ha habido algunas mujeres. Ocasionales. Transaccionales. Nada que me hiciera sentir nada más allá de un alivio físico básico.

Pero esto.

Esto es diferente.

Esto es Sloane Ward diciéndome «Inténtalo» con esa voz que me recorrió la columna vertebral como electricidad.

Mi mano se mueve.

Desabrocho mis pantalones. Me los bajo junto con la ropa interior lo justo.

Mi polla está dura. Dolorosamente dura. Ya hay una gota de líquido preseminal en la punta.

Cierro los ojos. Y me permito pensar en ella.

En Sloane.

En su oficina. Después de horas. Cuando todos se han ido.

Entro sin llamar. Ella levanta la vista de su escritorio, sorprendida. Molesta.

«¿Qué haces aquí, Hartford?»

No respondo. Camino hacia ella. Rodeo el escritorio.

«He dicho que...»

La beso.

La agarro por la nuca y la beso con toda la frustración y el deseo que llevo conteniendo desde que la he visto por primera vez en ese pasillo.

Y ella no me aparta.

Se derrite contra mí. Gime en mi boca. Me agarra de la camisa como si no pudiera estar lo suficientemente cerca.

La levanto. La siento en el borde de su escritorio. Me coloco entre sus piernas.

Ese vestido azul marino se sube por sus muslos. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura.

«Dime que pare», susurro contra sus labios.

«No te atrevas», responde.

Mi mano se mueve más rápido en mi polla. Aprieto. Imagino que es su mano. Su boca.

En mi fantasía, le subo el vestido hasta la cintura. Aparto sus bragas a un lado. La encuentro mojada. Lista.

«Joder, Sloane.»

«Cállate y fóllame ya.»

Me desabrocho el cinturón. Me bajo los pantalones. La penetro de una sola embestida.

Ella grita mi nombre. Se agarra a mis hombros. Me clava las uñas en la espalda.

Me muevo. Duro. Profundo. Como he querido hacerlo desde que la vi.

Su escritorio cruje bajo nosotros. Los papeles caen al suelo. No nos importa.

«Más», exige. «Más fuerte.»

Le doy lo que pide. La embisto con una intensidad que debería asustarme pero que solo me excita más.

La siento apretarse alrededor de mí. La oigo gemir mi nombre. Veo cómo sus ojos se cierran y su boca se abre cuando se corre.

En mi cama, mi mano se mueve frenética. Mi respiración es irregular. Estoy cerca. Tan jodidamente cerca.

En mi fantasía, me corro dentro de ella. Profundo. Marcándola. Haciéndola mía de una manera primitiva que no debería querer pero que quiero desesperadamente.

En la realidad, me corro en mi mano con un gruñido bajo que apenas consigo ahogar mordiéndome el labio.

Es intenso. Más intenso de lo que ha sido en años. Oleadas de placer que me recorren desde la base de la columna hasta explotar en mi polla.

Sigo corriéndome. En mi mano. En mi abdomen. En mis pantalones que todavía llevo medio puestos.

Y todo el tiempo, lo único que veo detrás de mis párpados cerrados es a Sloane Ward.

Cuando finalmente mi orgasmo termina, me quedo ahí tumbado, respirando como si acabase de hacer ejercicio.

Con la mano sucia. Con la ropa arruinada. Con el corazón latiendo tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

Y con la certeza absoluta de que estoy completamente jodido.

Porque no ha sido suficiente.

Ni de lejos.

Quiero más. Quiero la realidad. Quiero a Sloane Ward debajo de mí, encima de mí, contra la pared, en mi cama, en su oficina, en cualquier superficie disponible.

Quiero oírla gemir mi nombre de verdad. Quiero hacerla perder ese control férreo que mantiene sobre todo. Quiero ver cómo se desmorona.

Y lo peor de todo —lo absolutamente peor— es que sé que no puedo tenerla.

Es la hija de mi jefe. Es mi colega. Es completamente inapropiada.

Es mi mayor desafío profesional.

Y acabo de masturbarme pensando en ella como un adolescente sin autocontrol.

Me levanto finalmente. Voy al baño. Me limpio. Me quito la ropa.

Me meto en la ducha y dejo que el agua fría me golpee, intentando enfriar mi cuerpo que todavía zumba de placer.

No funciona.

Porque incluso aquí, con agua helada cayendo sobre mí, sigo pensando en ella.

En mañana. Cuando la vea otra vez.

En cómo voy a mantener la profesionalidad cuando todo lo que quiero es convertir esa fantasía en la realidad.

En cómo voy a trabajar con ella cuando cada vez que la mire voy a recordar cómo se sentía tenerla en mi mente.

Salgo de la ducha. Me seco. Me meto en la cama desnudo.

Y mientras miro al techo de mi habitación a oscuras, sonrío.

Porque Sloane Ward puede pensar que esto es una guerra profesional.

Puede pensar que va a demostrarme que estoy equivocado.

Puede pensar que va a ganar.

Pero lo que no sabe —lo que todavía no sospecha— es que esto ya no es solo profesional para mí.

Esto es personal.

Muy, muy personal.

Y voy a hacer que sea igual de personal para ella.

Aunque me lleve todo el tiempo que tengo en esta empresa.

Aunque tenga que provocarla. Desafiarla. Empujarla hasta que explote.

Voy a romper ese control que tiene.

Y cuando lo haga, voy a estar ahí para recoger los pedazos.

Cierro los ojos.

Y esta vez, cuando me duermo, sueño con ojos color avellana y una boca pintada de rojo diciéndome que me arrepentiré.

No voy a arrepentirme.

Voy a disfrutar de cada segundo.

CAPÍTULO 6

SLOANE

La convocatoria llega a mi bandeja de entrada a las ocho de la mañana del martes.

Asunto: REUNIÓN URGENTE - Todos los jefes de departamento

Hora: 10:00 AM - Sala de juntas principal

De: Thomas Ward

Urgente. Mi padre nunca usa esa palabra a menos que algo sea realmente serio.

Me quedo mirando el email durante un momento, con el café a medio camino entre la taza y mis labios. Llevo exactamente cuarenta minutos en la oficina —he dormido tres horas porque me he pasado la noche repasando informes que ya me sé de memoria— y tengo la sensación de que el día va a ser un desastre.

Bebo el café. Está demasiado caliente y me quema la lengua, pero me da igual.

Tengo dos horas para prepararme mentalmente para lo que sea que papá tiene que anunciar.

Dos horas para prepararme mentalmente para volver a ver a Alexander Hartford.

Porque por supuesto que va a estar ahí. Es el Director de Operaciones. Todas las reuniones «urgentes» ahora incluyen a Alexander Hartford y su cara de superioridad insufrible.

No he dejado de pensar en él desde ayer.

En esa confrontación frente al ascensor. En cómo me miró cuando le dije que no era de las que se quedaban quietas. En ese momento —ese segundo brevísimo— en que pensé que iba a besarme.

Lo cual es completamente ridículo porque Alexander Hartford no va a besarme. Me odia tanto como yo a él.

Probablemente más.

Aparto esos pensamientos de mi cabeza y me concentro en trabajar durante las siguientes dos horas. Termino de revisar una campaña, respondo diecisiete emails, y repaso mentalmente todos los datos de mi departamento por si esta reunión es otra oportunidad para que Alexander cuestione mi competencia.

No va a pillarme desprevenida otra vez.

A las nueve y cincuenta y ocho cierro mi portátil, agarro mi libreta y mi bolígrafo favorito —un Montblanc que me regalé a mí misma cuando conseguí mi primer cliente importante— y camino hacia la sala de juntas.

Llego exactamente dos minutos antes de las diez. Ni demasiado pronto (parecería ansiosa), ni tarde (parecería desorganizada). Es el horario perfecto calculado cuidadosamente.

La sala ya está medio llena. Mark de Legal está al teléfono en un rincón. Jennifer de RRHH habla con David de Finanzas. Paul de Desarrollo de Negocio revisa algo en su iPad.

Y Alexander está de pie junto a la ventana, mirando Manhattan con las manos en los bolsillos.

Lleva traje gris oscuro —diferente al del lunes, pero igual de perfectamente cortado— y cuando me siente entrar se gira.

Nuestras miradas se encuentran a través de la sala.

Y demonios si no siento ese tirón otra vez. Ese maldito tirón en mi estómago que me pone de los nervios.

Aparto la mirada primero. Me siento en mi lugar habitual. Abro mi libreta. Finjo que estoy repasando notas.

Pero puedo sentir su mirada clavada en mí.

—Buenos días, Sloane.

Su voz grave hace que se me erice la piel de la nuca. No levanto la vista.

—Buenos días, Alexander.

Me obligo a que mi saludo sea frío. Profesional. Perfecto.

—Bonito bolígrafo.

Ahora sí levanto la vista. Está más cerca de lo que esperaba, de pie junto a la mesa, a apenas dos sillas de distancia.

—Gracias.

Respondo con cortesía a pesar de que lo que de verdad deseo es mandarlo a la mierda.

—Es un Montblanc, ¿verdad?

Lo veo mirando el bolígrafo que tengo en la mano.

Por supuesto que reconoce la marca. Por supuesto. Probablemente tiene una colección entera en su despacho minimalista.

—Sí —respondo sin dar más detalles.

—Es una edición limitada. De la colección Meisterstück.

No es una pregunta. Es una afirmación. Como todo lo que dice.

—Veo que sabes de bolígrafos —digo, intentando que suene aburrido.

—Sé de herramientas de calidad. —Se sienta finalmente, justo frente a mí, y cuando nuestras miradas se encuentran hay algo en sus ojos que no sé interpretar—. Y ese bolígrafo en particular solo se vende a clientes VIP de Montblanc. ¿Es un regalo de papá?

Ahí está.

La insinuación. Sutil pero presente.

Que todo lo que tengo me lo ha dado mi padre.

La rabia me hierve en las venas.

—Me lo compré yo misma —digo con voz de hielo—. Cuando conseguí mi primer cliente importante. Hace seis años.

—Ah. —Se recuesta en su silla, estudiándome—. Entonces no eres de las que esperan a que les regalen las cosas.

—No espero nada de nadie, señor Hartford. Me lo gano todo yo solita.

Silencio. Nos miramos fijamente.

—Bien —dice finalmente—. Porque lo que viene a continuación hay que ganárselo.

No sé qué se refiere con ese comentario, así que no respondo nada. Vuelvo a mirar mi libreta como si las palabras escritas ahí fueran fascinantes.

El resto de los jefes de departamento van llegando. A las diez en punto exactas, papá entra en la sala con esa energía contenida que tiene cuando está emocionado por algo.

—Gracias a todos por venir con tan poca antelación —dice, sentándose en la cabecera—. Sé que todos tenéis las agendas muy ocupadas, pero esto no podía esperar.

Se hace el silencio. Todos esperamos a que nos dé más detalles.

Papá mira a Alexander. Alexander asiente, como si hubieran acordado esto previamente.

Por supuesto que lo han acordado. Probablemente han estado en el despacho de papá desde las siete de la mañana planeando lo que sea que van a anunciarnos.

—Como sabéis —continúa papá—, una de nuestras prioridades estratégicas es expandirnos al sector tecnológico. Es un mercado enorme que hasta ahora nos ha eludido porque, seamos honestos, no hablamos su idioma.

Hay murmullos de asentimiento alrededor de la mesa.

—Pero eso está a punto de cambiar. —Su sonrisa se hace más amplia—. Porque tenemos una oportunidad única de representar a TechVision Inc.

El silencio que sigue es absoluto.

TechVision. Todos sabemos quiénes son. Es imposible no saberlo. Es una de las cinco empresas tecnológicas más grandes de la costa este. Tienen servicios en la nube, inteligencia artificial, consultoría digital para Fortune 500.

Si conseguimos a TechVision como cliente, sería...

—Duplicaría nuestros ingresos de la noche a la mañana —dice Alexander, como si pudiera leer mi mente—. Y nos abriría las puertas a todo el sector tech.

—Exacto. —Papá señala a Alexander—. Marcus Chen, el CEO de TechVision, es conocido mío desde hace años. Hemos hablado informalmente sobre representación, pero nunca hemos conseguido cerrar. Hasta ahora.

—¿Qué ha cambiado? —pregunta Paul.

Papá mira a Alexander. Alexander se inclina hacia delante en su silla.

—Lo que ha cambiado es que ahora podemos ofrecerles algo que necesitan. No solo representación tradicional. Sino una propuesta integrada que combine lo mejor de nuestra experiencia en relaciones —mira directamente a alguien cuando dice esto, y no hace falta ser un genio para saber a quién se refiere— con estrategias de marketing digital de vanguardia.

Mi estómago se tensa.

—Chen me ha dado una oportunidad —continúa papá—. Nos ha dado hueco para una presentación. En dos semanas.

Dos semanas. Quince días para preparar la propuesta más importante en la historia de Ward & Associates.

—Pero antes de preparar esa presentación —dice Alexander—, necesitamos saber cuál es nuestro mejor enfoque. Y eso significa explorar todas las opciones.

Se levanta de su silla y camina hacia la pizarra blanca que hay en un extremo de la sala. Agarra un marcador.

—Aquí es donde entráis vosotros —dice, mirando a cada jefe de departamento—. Tenéis una semana. Siete días para preparar una propuesta de cómo abordaríais a TechVision desde vuestro departamento. Qué les ofrecerías. Cómo los conquistarías.

Escribe en la pizarra con esa letra clara y ordenada que también es perfecta: **TECHVISION - PROPUESTAS INTERNAS - DEADLINE: LUNES 24**

—El lunes que viene —continúa— nos presentaréis vuestras propuestas a Thomas y a mí. Las mejores ideas se integrarán en la presentación final.

—¿Y tú? —La pregunta sale de mi boca antes de que pueda detenerla—. ¿Vas a hacer tu propia propuesta también?

Se gira hacia mí. Nuestras miradas se encuentran.

—Por supuesto.

Claro. Por supuesto que va a hacer una propuesta propia. Porque Alexander Hartford no solo viene a juzgar nuestro trabajo. Sino que viene a demostrar que puede hacerlo mejor.

Lo detesto.

—Esto no es una competición —dice papá rápidamente, como si pudiera sentir la tensión creciendo en la sala—. Es una colaboración.

Queremos las mejores ideas, vengan de donde vengan.

—Exacto. —Alexander vuelve a sentarse, pero no aparta la mirada de mí—. Espero que todos deis lo mejor de vosotros mismos. Que aportéis algo de valor real. Porque esta cuenta es demasiado importante para conformarnos con lo suficientemente bueno.

«Suficientemente bueno.»

Esas palabras otra vez.

Como si todo lo que hemos hecho hasta ahora fuera mediocre. Como si necesitáramos su genialidad para elevarnos a algo que valga la pena.

Me hierve la sangre.

—¿Alguna pregunta? —cuestiona papá, mirando alrededor de la mesa.

Nadie dice nada. Todos están procesando lo que significa esta oportunidad. El trabajo que van a tener que hacer en una semana. La presión.

—Perfecto. —Papá se levanta—. Entonces os dejo trabajar. Recordad: tenéis una semana para dar lo mejor de vosotros mismos. Y quiero que esto sea lo mejor que hayáis hecho nunca.

La reunión termina. La gente empieza a levantarse, a hablar entre ellos en voz baja, a salir de la sala con esa prisa contenida que tiene la gente cuando acaba de recibir una tarea imposible.

Yo me quedo sentada. Mirando mis notas. Que consisten en exactamente tres palabras: **TECHVISION. UNA SEMANA. DEMOSTRAR.**

—Sloane.

Levanto la vista. Alexander sigue ahí, de pie junto a la mesa. Todos los demás se han ido. Estamos solos.

—¿Sí?

—Sé que piensas que soy un cabrón arrogante.

No lo niego. Espero.

—Y probablemente tengas razón —continúa, y hay algo en su voz que no esperaba. Algo que suena casi a... ¿vulnerabilidad?—. Pero cuando digo que espero lo mejor de vosotros, no es porque piense que lo que habéis hecho hasta ahora sea malo. Es porque sé que

podéis hacer algo extraordinario. Y quiero que tengáis la oportunidad de demostrarlo.

Me mira directamente cuando dice «vosotros», pero se siente como si estuviera hablando solo conmigo.

—Esta oportunidad —dice— es para demostrarle a tu padre que confió en las personas correctas. Para demostrarte a ti misma que eres tan brillante como yo creo que eres.

Mi corazón late más rápido.

¿Acaba de decir que cree que soy brillante?

—Así que quiero que vayas ahí fuera y hagas la mejor propuesta de tu vida. —Se inclina hacia delante, apoyando las manos en la mesa—. Porque te prometo que yo voy a hacer la mía. Y quiero ver si puedes superarme.

Es un desafío. Puro y duro.

Y Dios, funciona.

Porque siento cómo la adrenalina me recorre las venas. Cómo mi cerebro ya está empezando a darle vueltas a ideas. Cómo mi competitividad —esa parte de mí que ha estado dormida desde que conseguí este puesto y dejé de tener que luchar por cada migaja— despierta rugiendo.

Me levanto. Recojo mis cosas. Y lo miro directamente a esos ojos grises que me han estado persiguiendo durante días.

—Prepárate para perder, Hartford.

Su sonrisa es lenta. Peligrosa.

—Eso ya lo veremos, Ward.

Salgo de esa sala con el corazón latiéndome como un tambor de guerra.

Una semana.

Siete días para crear la propuesta más brillante, más innovadora, más perfecta que haya hecho nunca.

No solo para conseguir a TechVision.

No solo para demostrarle a papá que debería haberme dado más responsabilidades desde el principio.

Sino para demostrarle a Alexander Hartford que subestimarme fue el mayor error de su vida.

Porque Sloane Ward no solo vive para el trabajo.

Sloane Ward ES el trabajo.

Y cuando me reto, cuando me desafían, cuando alguien tiene el descaro de decirme que puedo hacerlo mejor...

Me vuelvo imparable.

Llego a mi despacho y cierro la puerta. Abro mi portátil. Y empiezo a trabajar.

TechVision Inc.

Voy a estudiarte hasta conocerte mejor que tu propio CEO.

Voy a encontrar exactamente qué necesitas.

Y voy a dártelo de una manera que Alexander Hartford con todo su MBA de Harvard y su experiencia en Londres no va a poder igualar.

Porque él puede saber de estrategias digitales y de modernización y de todas esas palabras de moda que usa en cada frase.

Pero yo sé de personas.

Sé de relaciones.

Sé cómo hacer que un cliente confíe en ti hasta el punto de que nunca querría irse con otro.

Y eso —ESO— es lo que TechVision necesita, aunque todavía no lo sepan.

Abro una nueva presentación en blanco.

Y empiezo a escribir.

Porque Alexander Hartford quiere ver lo mejor de mí.

Pues va a conseguirlo.

Y cuando termine con él, va a desear no haberme retado nunca.

CAPÍTULO 7

SLOANE

Mi apartamento huele a café recalentado y a comida tailandesa de hace dos días que sigue en el envase sobre la encimera.

Son las once de la noche del jueves y llevo cuarenta y ocho horas viviendo de cafeína, comida a domicilio, y pura obstinación.

La mesa de mi comedor está cubierta de papeles. Informes anuales de TechVision. Artículos de prensa sobre Marcus Chen. Análisis de mercado del sector tech. Notas escritas a mano con ideas que he ido descartando una por una hasta encontrar algo que funcione de verdad.

Y creo que finalmente lo tengo.

Me echo hacia atrás en la silla, haciendo crujir mi espalda después de horas inclinada sobre el portátil, y miro la pantalla con satisfacción.

No es solo una propuesta. Es LA propuesta.

He encontrado un ángulo que nadie más va a ver. Porque mientras todos van a centrarse en datos y tecnología y modernización digital —porque es lo obvio, es lo que TechVision hace— yo voy a centrarme en lo que realmente les falta.

Humanidad.

Resulta que Marcus Chen, el CEO, lleva tres años intentando cambiar la imagen de TechVision de «gigante corporativo sin alma» a «empresa que se preocupa por las personas». Ha dado entrevistas hablando de ello. Ha invertido millones en iniciativas de responsabilidad social. Ha intentado cambiar la narrativa.

Y ha fracasado.

Porque contrató a agencias de publicidad tradicionales que hicieron exactamente lo que hacen siempre: campañas genéricas

sobre valores corporativos que nadie cree.

Pero Ward & Associates no es una agencia de publicidad.

Somos representantes de personas. De historias. De talentos que tienen rostro y voz.

Y yo voy a mostrarle a Marcus Chen cómo puede humanizar su empresa utilizando exactamente eso: personas reales con historias reales.

Empiezo a escribir, y es como si algo dentro de mí se desatara.

Las palabras fluyen. Las ideas se conectan. La estructura se construye sola.

Esto es lo que amo de mi trabajo. No las reuniones ni las presentaciones ni tener que demostrar constantemente que merezco estar aquí.

Esto. Este momento cuando una idea brillante emerge del caos y sabes —simplemente sabes— que funciona.

Estoy tan concentrada que no oigo el timbre de mi móvil hasta el tercer intento.

Es mi compañera de trabajo Abril.

Contesto sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Sí?

—Madre mía, estás viva. —Su voz suena aliviada—. Pensé que te había secuestrado el monstruo de las hojas de cálculo.

—Estoy trabajando.

—Sloane, son las once de la noche de un jueves.

—¿Y?

—¿Y? Que llevas días sin salir de la oficina antes de las diez. Que ayer te vi comiendo una barrita de proteínas de desayuno, comida y cena. Que tienes unas ojeras que podrías facturar como equipaje de mano.

—Estoy bien.

—Estás obsesionada y me estoy empezando a preocupar. —Pausa —. La pregunta es: ¿es por demostrarle algo a Hartford o a tu padre?

La pregunta me golpea con fuerza.

Porque la respuesta honesta es: a ambos.

A papá, por contratar a alguien externo en lugar de confiar en que yo podía llevar la empresa al siguiente nivel.

Y a Alexander, por mirarme como si fuera un problema que tiene que resolver en lugar de una profesional que sabe exactamente lo que hace.

—A ambos —admito finalmente.

—Sloane...

—Tengo que dejarte. Estoy en medio de algo.

—Es casi medianoche.

—Lo sé. Te llamo mañana.

Cuelgo antes de que pueda protestar más.

Y vuelvo a mi propuesta. Que ahora mismo me importa más que dormir. Más que comer. Más que cualquier cosa.

Porque cuando Alexander Hartford vea esto, va a tener que tragarse cada palabra condescendiente que ha dicho sobre mi trabajo.

Y eso va a ser delicioso.

ALEXANDER

Mi hermana entra en mi despacho del ático sin llamar —otra vez— sobresaltándome.

—¿Sabes que existe una costumbre que se llama «llamar a la puerta»? —digo sin apartar la vista de la pantalla.

—Es mi casa también. —Se deja caer en la silla de cuero frente a mi escritorio—. Al menos temporalmente. Lo que me da derecho a entrar donde me dé la gana.

—Es un derecho discutible.

—Son las once de la noche de un viernes, Alex. —Cruza las piernas, poniéndose cómoda—. Deberías estar... no sé, viendo la tele. Durmiendo. Haciendo algo que no sea trabajar.

—Estoy trabajando.

—Estás obsesionado. Que no es lo mismo.

Ahora sí levanto la vista. Olivia me está mirando con esa expresión de hermana mayor —a pesar de que ella es la pequeña— que usa cuando está a punto de meterme un sermón que no he pedido.

—Tengo una presentación importante la semana que viene.

—Tienes una presentación importante cada semana. —Se cruza de brazos—. Esta es diferente. Lo noto.

—Esta es para representar a TechVision. Si la consigo...

—No estoy hablando del cliente. —Se inclina hacia delante—. Estoy hablando de por qué llevas cuatro días trabajando hasta las tantas como si te persiguiera el demonio.

—Porque es importante.

—O porque estás evitando pensar en algo.

La miro fijamente. Ella me devuelve la mirada sin pestañear.

—No estoy evitando nada.

—Claro que no. —Su sonrisa es demasiado conocedora, lo que me hace revolverme en la silla—. Por eso llevas media hora mirando la misma página de LinkedIn… el reflejo de la ventana te traiciona, hermano.

Mierda.

Miro mi pantalla. Y efectivamente, sigue abierta en el perfil que he estado... revisando.

Sloane Ward

Directora de Marketing - Ward & Associates

Northwestern University - Marketing & Communications

Tiene una foto profesional. Sloane con blazer negro, pelo recogido, sonrisa profesional pero distante. Es la foto que toda ejecutiva tiene en LinkedIn. Pulida. Perfecta. Revelando absolutamente nada de la persona real detrás.

Pero yo ya he visto a la persona real.

La he visto furiosa. Apasionada. Desafiante.

La he visto con fuego en los ojos diciéndome que me arrepentiría.

Y no puedo dejar de pensar en ella.

He leído cada artículo que ha escrito. Cada entrevista que le han hecho. Cada mención en prensa sobre las campañas que ha dirigido.

Y todo —absolutamente todo— confirma lo que ya sospechaba desde esa primera reunión.

Sloane Ward es brillante.

No está aquí por su apellido. Está aquí porque es jodidamente buena en lo que hace.

Y eso la hace aún más peligrosa para mi paz mental.

—¿Quién es? —pregunta Olivia, levantándose de su silla para rodear mi escritorio y mirar la pantalla bien.

Cierro el portátil de golpe.

—Nadie.

—Mentiroso. —Se ríe—. Déjame ver.

—Liv...

Pero ya ha abierto mi portátil otra vez. Y está mirando la foto de Sloane con esa expresión de hermana que huele sangre.

—Madre mía. —Silba bajito—. Está buenísima. ¿Quién es?

—Una colega.

—Una colega que has estado acosando en LinkedIn. —Me mira con los ojos brillando de diversión—. Ay, Alex. Estás pillado.

—No estoy pillado. Estoy investigando.

—¿Investigando? —Se ríe—. ¿Es así como lo llamáis ahora los ejecutivos? Porque yo lo llamo babear sobre la foto de una tía que te tiene idiota.

—No me tiene idiota.

—Claro que no. Por eso estas leyendo su tesis de la universidad. —Señala la pantalla donde efectivamente tengo abierta en otra pestaña el artículo académico que Sloane escribió hace seis años sobre estrategias de marketing relacional—. Muy normal. Muy profesional.

Me paso una mano por el pelo, frustrado.

—Es la hija de mi jefe.

—Ah. —Olivia se sienta en el borde de mi escritorio, sus ojos brillan con malicia—. Eso lo complica todo.

—Y es mi colega. Técnicamente trabajo con ella.

—Eso lo complica más.

—Y me odia. Bastante justificadamente.

—Eso... —Inclina la cabeza—. Espera, ¿por qué te odia?

—Porque el primer día le pedí que me trajera un café porque me quedé mirándola fijamente como un idiota y no sabía cómo salir de esa situación.

Olivia se queda boquiabierta. Y luego se echa a reír. Una risa fuerte, incontrolable, que hace que tenga que agarrarse el

estómago.

—Para. —Intento parecer serio pero es difícil cuando tu hermana pequeña se está partiendo de risa en tu despacho—. No tiene gracia.

—Tiene TODA la gracia del mundo. —Se limpia una lágrima—. Alexander Hartford, el consultor estratégico más cotizado de la costa este, le pidió a la hija del CEO un café. Esto es oro puro.

—Me alegro de que te diviertas.

—Oh, me estoy divirtiendo muchísimo. —Respira hondo, intentando calmarse—. Vale, vale. Pero en serio. ¿Te gusta?

La pregunta me para en seco.

¿Me gusta Sloane Ward?

—Apenas la conozco.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Cierro los ojos. Y admito lo que llevo evitando durante cuatro días.

—No puedo dejar de pensar en ella.

—Eso es un sí.

—Liv, es imposible. Por mil razones es imposible.

—Las mejores cosas suelen serlo. —Se baja del escritorio—. Mira, sé que Clarissa te jodió la cabeza con lo del amor y el matrimonio y todo eso. Pero no todas las mujeres son como ella.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque desde el divorcio has estado escondiéndote detrás del trabajo como si fuera un escudo. Y ahora aparece una mujer que claramente te pone el mundo del revés y tu primera reacción es buscar razones por las que no puede funcionar.

—Hay razones válidas...

—Siempre hay razones. —Me pone una mano en el hombro—. La pregunta es: ¿van a detenerte?

Se va antes de que pueda responder.

Y me quedo ahí solo, mirando la pantalla donde sigue abierta la foto de Sloane.

¿Van a detenerme las razones?

Deberían. Absolutamente deberían.

Pero cuando cierro los ojos, lo único que veo es a Sloane frente al ascensor. Diciéndome que no era de las que se quedaban quietas. Con esos ojos llenos de fuego. Con esa boca que no puedo dejar de imaginar haciendo cosas que no son profesionales en absoluto.

Y sé la respuesta.

No.

Las razones no van a detenerme.

Porque Sloane Ward no es solo un desafío profesional.

Es el primer desafío personal que he tenido en años.

Y Alexander Hartford nunca ha sabido resistirse a un desafío.

Devuelvo la atención al portátil. Pero esta vez no miro su LinkedIn.

Esta vez trabajo en mi propuesta.

Porque la semana que viene voy a presentarla. Y va a ser brillante.

Pero más importante aún: voy a ver la suya.

Voy a ver cómo trabaja ese cerebro que me tiene fascinado.

Y voy a encontrar la manera de estar más cerca de ella.

Profesionalmente, por supuesto.

Al menos al principio.

CAPÍTULO 8

ALEXANDER

Son las nueve de la noche del domingo y el edificio de Ward & Associates está completamente vacío.

O eso pensaba hasta que vi luz en la tercera planta desde la calle.

Hay una sola ventana iluminada en todo el edificio oscuro. Y sé exactamente de quién es ese despacho.

Sloane.

Llevo toda la semana viéndola llegar antes que nadie y marcharse después que todos. La he visto en la cafetería a las siete de la mañana con ojeras que no tenía el lunes. Me la he cruzado en el pasillo a las diez de la noche el miércoles, todavía con tacones, todavía con ese moño perfecto, todavía trabajando.

Y cada vez que la veo, tengo que recordarme a mí mismo que no puedo simplemente acercarme y preguntarle si está bien.

Porque no somos amigos. Apenas somos colegas. Somos competencia.

Y ella me odia.

Pero son las nueve de la noche de un domingo. Mañana presentamos. Y sigue aquí. Es todavía más adicta al trabajo que yo.

Tomo una decisión estúpida.

Entro en el edificio. El guardia de seguridad nocturno me saluda con un asentimiento —ya me conoce de esta semana de quedarme hasta tarde— y subo a la tercera planta.

El pasillo está oscuro excepto por la luz que se cuela por debajo de su puerta.

Me acerco. Toco con los nudillos.

Nada.

Toco más fuerte.

—¡Ya voy! —Su voz suena irritada desde dentro.

La puerta se abre de golpe y ahí está.

Y joder. Está absolutamente devastadora.

Lleva el pelo suelto. Ese pelo castaño que normalmente está recogido en un moño perfecto ahora cae como una cortina sobre sus hombros. Se ha quitado los tacones y está descalza. Se ha desabrochado el primer botón de una blusa blanca.

Y me está mirando con una mezcla de sorpresa y molestia que debería hacerme dar media vuelta e irme.

—¿Hartford? ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. —Me apoyo en el marco de la puerta, intentando parecer casual cuando lo único que puedo pensar es en lo diferente que se ve así. Menos como una ejecutiva. Más... real—. ¿No tienes casa? ¿O es que prefieres quedarte aquí gastando la luz de la empresa?

Sus ojos se estrechan peligrosamente.

—Vete a la mierda, Hartford.

—Es una propuesta tentadora, pero voy a declinar —respondo con sarcasmo, pero no me muevo—. En serio, Sloane. Son las nueve de la noche de un domingo. Deberías estar en casa descansando. No aquí.

—Y tú deberías estar... no sé, en donde sea que los consultores arrogantes pasan los domingos por la noche. Pero aquí estás, juzgando cómo uso mi tiempo.

—No te estoy juzgando.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué estás haciendo?

Es una buena pregunta. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Asegurándome de que no te desmayes de agotamiento antes de la presentación de mañana.

—Qué considerado. —Su tono es puro sarcasmo—. Pero estoy perfectamente bien. Así que puedes irte y dejar de molestar.

Debería irme. Absolutamente debería.

Pero entonces veo por encima de su hombro la pizarra blanca que tiene en su despacho.

Y lo que veo ahí hace que se me olvide completamente la idea de marcharme.

Está cubierta de notas. Diagramas. Conexiones dibujadas con diferentes colores. Una estructura compleja que incluso desde aquí puedo ver que es...

—¿Eso es tu propuesta? —pregunto, entrando en su despacho sin esperar invitación.

—¡Eh! No te he invitado a...

Pero ya estoy frente a la pizarra, leyendo.

Y joder.

Es brillante.

No es solo brillante. Es genial.

Ha encontrado un ángulo que yo no he visto. Que nadie vería. Porque requiere conocer no solo a TechVision como empresa, sino entender a Marcus Chen como persona. Sus motivaciones. Sus miedos. Lo que realmente quiere conseguir.

Y Sloane lo ha destripado todo.

—Humanización a través de embajadores reales —leo en voz alta —. Historias auténticas en lugar de campañas corporativas. Conexión emocional medible...

—¿Qué parte de «vete a la mierda» no has entendido? —Sloane aparece a mi lado, intentando tapar la pizarra con su cuerpo—. No puedes ver esto. Es mi propuesta.

—Es increíble.

Se queda quieta. Me mira como si acabara de hablar en mandarín.

—¿Qué?

—Tu propuesta. —Me giro hacia ella, y estamos más cerca de lo que pretendía—. Es increíble. Este enfoque de usar testimonios reales de empleados de TechVision, de convertirlos en rostros de la marca... nadie más va a pensar en esto.

Veo cómo traga saliva. Cómo sus mejillas se colorean ligeramente.

—Yo... gracias. Supongo.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Investigando. —Se encoge de hombros, pero puedo ver el orgullo en sus ojos—. Chen lleva años intentando cambiar la narrativa de TechVision. Todas sus entrevistas mencionan que le

encantaría «humanizar la tecnología». Pero nadie le ha dado una estrategia real para hacerlo. Solo palabrería corporativa.

—Así que le vas a dar personas reales.

—Le voy a dar historias reales. Emoción real. Conexión real. —Se anima mientras habla, sus manos moviéndose para enfatizar—. Porque la gente no confía en las corporaciones. Confía en las personas. Y si podemos mostrar a las personas detrás de la tecnología...

—Creas lealtad emocional. —Termino su frase sin pensar.

Nuestras miradas se encuentran. Y hay algo en ese momento. Algo que va más allá de la competencia profesional.

Es reconocimiento.

Ella entiende esto de la misma manera que yo. Siente la misma pasión por los negocios, por las estrategias, por encontrar ese ángulo perfecto que hace que todo funcione.

—¿Has comido? —La pregunta sale de mi boca antes de que pueda procesarla.

—¿Qué?

—Comida. Nutrición básica. ¿Has comido algo que no sea café?

—Yo... —Mira alrededor de su despacho como si la respuesta estuviera escrita en alguna parte—. No me acuerdo.

Por supuesto que no.

Saco mi móvil.

—¿Qué haces? —pregunta, acercándose.

—Pidiendo comida. Porque voy a enseñarte mi propuesta, tú vas a enseñarme la tuya, y vamos a hablar de esto como dos profesionales que casualmente están obsesionados con conseguir esta cuenta.

—Yo no estoy obsesionada.

La miro. Ella sostiene mi mirada.

—Vale —admite—. Estoy obsesionada.

—Lo sé. Yo también. —Busco en mi móvil—. ¿Sushi?

—¿Cómo...?

—¿Cómo sé que te gusta el sushi? —Sonrío—. Porque el miércoles te vi comiendo en tu despacho. Salmón y aguacate.

Se queda callada un momento.

—Eres un acosador.

—No, soy observador. Hay una gran diferencia.

—Una diferencia muy fina.

—¿Entonces? ¿Quieres sushi sí o no?

Suspira. Y por primera vez desde que la conozco, veo cómo su armadura se agrieta ligeramente.

—Sí. Pero pagas tú. Como disculpa por el comentario del café.

—Trato hecho.

Pido una cantidad obscena de sushi —porque no sé qué le gusta exactamente y quiero acertar— y nos sentamos a esperar. Yo en una de las sillas frente a su escritorio. Ella detrás, poniendo distancia física entre nosotros.

—¿Quieres ver mi propuesta? —pregunto.

—¿No es trampa?

—Mañana las vamos a presentar de todas formas. Y si vamos a trabajar juntos después...

—Si es que fusionan nuestras propuestas.

—Cuando fusionen nuestras propuestas. —La corrijo—. Porque las dos son muy buenas. La tuya cubre el ángulo emocional que falta en la mía. La mía cubre la infraestructura digital que falta en la tuya.

Se muerde el labio inferior, pensando. Y ese gesto tan pequeño hace que algo en mi estómago se apriete.

—Vale —dice finalmente—. Enséñame.

Paso la siguiente media hora mostrándole mi enfoque. Datos. Métricas. Estrategia de contenidos digitales. SEO. Analítica predictiva.

Y ella escucha. De verdad me escucha. Hace preguntas inteligentes. Señala puntos débiles que no había visto. Sugiere mejoras que son tan obvias en retrospectiva que no puedo creer que no se me ocurrieran.

—Aquí —dice, señalando una de mis diapositivas—. Este gráfico de proyección de ROI es sólido, pero le falta contexto emocional. Si añades casos de éxito similares de otras empresas tech que humanizaron su marca...

—Conectaría datos con narrativa. —Termino su pensamiento—. Joder. Tienes razón.

Sonríe. Y es la primera sonrisa real que me ha dado desde que la conozco.

No es su sonrisa profesional. No es su sonrisa sarcástica. Es genuina. Cálida.

Y hace que se me olvide por qué estábamos hablando.

Llaman a la puerta. El repartidor con el sushi.

Despejamos espacio en su escritorio —apartando papeles y carpetas— y extendemos las cajas de comida entre nosotros. Hay suficiente para alimentar a un equipo de rugby.

—Creo que te has pasado —dice Sloane, mirando la cantidad.

—Mejor que sobre que no que falte.

—Es una filosofía de vida cuestionable.

—Dice la mujer que lleva seis días trabajando hasta medianoche.

Me lanza una mirada asesina pero coge un rollo de salmón.

Comemos en silencio durante unos minutos. Pero es un silencio diferente a los anteriores que hemos compartido. Menos tenso. Más... cómodo.

—¿Por qué decidiste dedicarte a la consultoría? —pregunta de repente—. Con tu historial podrías dirigir cualquier empresa. ¿Por qué dedicarte a entrar y salir de empresas ajenas?

La pregunta me sorprende. Es personal. Más personal de lo que hemos sido hasta ahora.

—Me gusta arreglar cosas —respondo finalmente—. Ver un problema, encontrar la solución, implementarla. Y luego pasar al siguiente desafío.

—¿No te cansas de empezar de cero cada vez?

—No es empezar de cero. Es tener la oportunidad de aprender algo nuevo cada vez. Cada empresa es diferente. Cada problema único.

Asiente, como si lo entendiera.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Por qué elegiste dedicarte al marketing en la empresa familiar? Podrías trabajar en cualquier agencia de Nueva York.

—Porque esta no es solo una empresa familiar. —Su voz se vuelve más suave—. Es mi familia. Y sé que suena cursi, pero... esta

empresa es parte de quién soy. Tres generaciones de Ward la han construido. Y yo quiero ser la cuarta.

La manera en que lo dice. Con esa mezcla de orgullo y vulnerabilidad. Hace que algo en mi pecho se apriete.

—Lo serás.

Me mira, sorprendida.

—¿Qué?

—Que lo serás. La cuarta generación. Porque tienes lo que hace falta. —Me inclino hacia delante—. No solo el talento. Tienes la pasión. Y eso es lo que realmente importa.

Se queda callada. Y veo algo en sus ojos que no había visto antes.

¿Gratitud? ¿Sorpresa? ¿Algo más?

—Gracias —dice finalmente, en voz baja.

Seguimos comiendo. Hablando. De todo y de nada. De por qué el sushi de este sitio es mejor que el de cualquier otro en Manhattan. De cómo ambos odiamos el *networking* forzado en eventos corporativos. De que preferimos trabajar con números y estrategias que con personas que solo quieren hacer política de oficina.

Y me doy cuenta de algo.

Esto es fácil.

Hablar con Sloane Ward es lo más fácil que he hecho en años.

No tengo que filtrar lo que digo. No tengo que pretender que el trabajo no me apasiona. No tengo que fingir que soy menos intenso de lo que soy para no asustar a alguien.

Ella me entiende.

Entiende esta parte de mí que Clarissa odiaba. Que mi exmujer llamaba «obsesión enfermiza». Que todas las mujeres con las que he salido desde entonces han tolerado a regañadientes.

Sloane no la tolera.

La comparte.

—Espera. —Se levanta de repente, caminando hacia la pizarra—. Se me acaba de ocurrir algo. Si combinamos tu analítica predictiva con mi enfoque de embajadores reales...

Se pone de puntillas para escribir algo en la parte superior de la pizarra, y ese movimiento hace que la blusa se ajuste a su cuerpo de

una manera que hace que se me seque la boca.

Está descalza. Lleva el pelo suelto cayendo por la espalda. Hay una concentración absoluta en su cara mientras escribe. Se está mordiendo el labio inferior...

Y mi cuerpo reacciona.

Rápido. Intenso. Inevitable.

Se me pone dura solo de mirarla.

Joder.

Intento pensar en otra cosa. En los números de penetración de mercado. En las proyecciones financieras. En cualquier cosa que no sea cómo se vería si la levantara contra esa pizarra y...

Para.

—¿Ves lo que quiero decir? —Se gira hacia mí, bajando los brazos, y no tiene ni idea del efecto que está teniendo en mi cuerpo—. Si cruzamos estos datos...

Me levanto.

No lo decido conscientemente. Mi cuerpo simplemente se mueve.

Cruzo el espacio entre nosotros en tres pasos.

Y la beso.

La agarro por la cintura y estrello mi boca contra la suya antes de que mi cerebro pueda intervenir y recordarme todas las razones por las que esto es una idea terrible.

Por un segundo —un segundo eterno— se queda completamente quieta. Como si mi arrebato la hubiera dejado congelada.

Y luego me devuelve el beso.

Sus manos suben por mi pecho, se aferran a mi camisa, me atraen más cerca. Su boca se abre bajo la mía. Y cuando nuestras lenguas se tocan, algo dentro de mí simplemente explota.

Sabe a salsa de soja y a algo dulce. Suena como un gemido suave cuando la aprieto contra mí. Se siente como seda y fuego y todo lo que he estado negándome durante una semana.

La empujo suavemente hacia atrás hasta que su espalda toca la pizarra. Mis manos bajan por sus costados, encontrando su cintura, la curva de sus caderas. Las suyas están en mi pelo, tirando ligeramente de una manera que hace que gruña contra su boca.

Esto es una locura. Una locura absoluta.

Pero no puedo parar.

Porque Sloane Ward sabe a adicción. Se siente como algo que he estado buscando sin saber que lo necesitaba.

Y cuando gime mi nombre —«Alex»— con la voz entrecortada, algo primitivo dentro de mí ruge posesivamente.

Mía.

Mi mano sube por su costado, rozando el lateral de su pecho, y ella se arquea hacia mi toque como si lo necesitase tanto como yo.

Y entonces se detiene.

Sus manos bajan a mi pecho y me empuja. No con fuerza, pero sí con determinación.

—Espera. —Su voz sale entrecortada—. Espera, para.

Me detengo inmediatamente. Doy un paso atrás, aunque mi cuerpo protesta violentamente.

Sloane está contra la pizarra, respirando pesadamente. Tiene los labios hinchados. El pelo revuelto. Las mejillas rojas.

Y está preciosa de una manera que me duele mirarla.

—Esto... —Se pasa una mano por el pelo, intentando ordenarlo—. Esto no puede pasar.

—Sloane...

—No. —Se aparta de la pizarra, poniéndose más distancia entre nosotros—. Esto ha sido... no debería haber pasado.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Se ríe, pero no hay humor en el sonido—. Porque trabajamos juntos. Porque eres prácticamente mi jefe. Porque esto es completamente inapropiado.

—No me importa.

—Pues debería importarte. —Empieza a recoger sus cosas con movimientos frenéticos—. Debería importarnos a los dos.

—Sloane, podemos hablar de esto...

—No hay nada de qué hablar. —Mete su portátil en el bolso, busca sus zapatos—. Esto ha sido un error. Un momento de locura porque estamos cansados y estresados por la presentación de mañana. Nada más.

—No lo he sentido como un error.

Se detiene. Me mira. Y veo algo en sus ojos que me da esperanza.

Miedo.

No está huyendo porque no ha sentido nada.

Está huyendo porque ha sentido demasiado.

—Buenas noches, Alexander. —Se pone los zapatos rápidamente, sin molestarse en abrochárselos—. Te veo mañana en la presentación.

Y sale de su despacho casi corriendo.

Me deja ahí solo, con una erección brutal, con el sabor de ella todavía en mi boca, y la certeza absoluta de que acabo de besar a la mujer más frustrante, brillante, y perfecta que he conocido en mi vida.

Me apoyo contra su escritorio, respirando profundamente, intentando que la sangre vuelva a mi cerebro.

Sloane Ward.

Acabo de besarla.

Y ella me ha devuelto el beso.

Lo que significa que todo lo que he estado sintiendo durante esta semana no es unilateral.

Ella lo siente también. Solo que está asustada.

Me paso una mano por el pelo, sonriendo a pesar de la frustración sexual que me está matando.

Porque Sloane puede correr ahora. Puede fingir que esto ha sido un error. Puede intentar mantener la distancia.

Pero yo sé la verdad.

Hay algo entre nosotros. Algo real. Algo que va más allá de la atracción física.

Y no voy a dejarlo pasar.

Voy a tener que currarme esto. Demostrarle que no soy solo el consultor arrogante que cuestionó su trabajo. Demostrarle que la veo. De verdad la veo.

Por suerte, a Alexander Hartford le encantan los desafíos.

Y Sloane Ward es el desafío más interesante que he tenido en años.

Apago la luz de su despacho —porque por supuesto se ha olvidado de hacerlo al huir— y cierro la puerta al salir.

Mañana presentamos nuestras propuestas.

Y cuando Thomas decida fusionarlas y nos obligue a trabajar juntos, va a empezar la parte más interesante.

Porque voy a conquistar a Sloane Ward.

Profesionalmente primero.

Y luego personalmente.

Una cosa es segura. No voy a volver a dejarla escapar tan fácilmente.

CAPÍTULO 9

SLOANE

No he dormido.

Ni un minuto.

Me he pasado toda la noche mirando al techo de mi habitación, reviviendo ese beso una y otra vez hasta que pensé que me volvería loca.

Sus manos en mi cintura. Su boca contra la mía. La manera en que gruñó mi nombre como si fuera algo sagrado.

Y luego hui como una cobarde.

Así que ahora son las nueve de la mañana del lunes, estoy en el baño de mi despacho intentando cubrir mis ojeras con corrector, y en exactamente una hora tengo que presentar la propuesta más importante de mi vida delante de mi padre, de todo el equipo directivo, y del hombre al que le devolví el beso anoche.

Genial. Absolutamente genial.

Me miro en el espejo. Llevo un vestido negro de Theory —mi armadura favorita—, tacones que me dan cinco centímetros extra de altura, pelo recogido en un moño tan apretado que me tira del cuero cabelludo. Labios rojos y máscara de pestañas. Es la imagen de la ejecutiva perfecta que he perfeccionado durante años.

Nadie vería que por dentro estoy hecha un desastre.

Salgo del baño justo cuando suena un golpe en mi puerta.

—Adelante.

La puerta se abre y entra Abril con dos cafés enormes y una bolsa de cruasanes.

—Vengo en son de paz. Te juro que no voy a hablar sobre tu adicción al trabajo —Deja el desayuno en mi escritorio—. La verdad

es que vengo a asegurarme de que no te has muerto por el agotamiento.

—Estoy bien.

—Estás hecha una mierda. —Se sienta en la silla frente a mí—. Pero al menos una mierda bien vestida.

No puedo evitar sonreír.

—Gracias. Creo.

—¿Tienes todo listo para la presentación?

—Sí, estoy lista para machacar a Alexander Hartford.

Abril me estudia con esa mirada demasiado perceptiva que tiene.

—¿Seguro que es solo profesional esta competición?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que he visto cómo os miráis en las reuniones. Como si estuvierais jugando un partido de tenis muy intenso. O como si quisierais mataros. O follar. Probablemente las dos cosas.

Se me atraganta el café.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que no. —Sonríe—. Por eso te has puesto roja como un tomate.

—No estoy...

—Sloane. Llevo tres años trabajando contigo. Sé cuándo mientes. —Se inclina hacia delante—. ¿Ha pasado algo con Hartford?

Pienso en el beso. En sus manos. En cómo salí corriendo.

—No.

—Mentirosa.

—Abril...

—Vale, vale. No me lo cuentes. —Se levanta—. Pero sea lo que sea que esté pasando entre vosotros, no dejes que te distraiga hoy. Tu propuesta es brillante. Vas a dejarlos a todos con la boca abierta.

Se va antes de que pueda responder.

Y me quedo ahí, mirando mi presentación en la pantalla del portátil, intentando convencerme de que puedo hacer esto.

Puedo presentar lo que estuvimos mirando ayer delante de Alexander Hartford como si no hubiera pasado nada.

Como si no supiera a qué saben sus labios.

Como si no hubiera sentido cómo se endurecía cuando le toqué.

Profesional. Voy a ser profesional.

Aunque me mate.

Solo espero que ayer no tuviera razón y mi padre fusione nuestras propuestas.

A las diez menos cinco entro en la sala de juntas.

Y no estoy preparada para lo que veo.

La sala está llena. No solo con los jefes de departamento que esperaba. Hay al menos quince personas sentadas alrededor de la mesa.

Papá está en la cabecera, por supuesto. Y Alexander a su derecha.

Pero también están: mi hermano Owen, que me saluda con un gesto desde el otro lado de la mesa. Claire de Relaciones Públicas. Michael de Finanzas. Todo el equipo senior de cada departamento.

Esto no es una simple presentación interna.

Esto es un evento.

—Sloane. —Papá me sonríe—. Llegas justo a tiempo. Siéntate.

Me siento en una de las sillas del medio, intentando no mirar a Alexander.

Fallo miserablemente.

Nuestras miradas se encuentran. Y hay algo en sus ojos —algo cálido, algo que se parece peligrosamente a admiración— que hace que se me acelere el pulso.

Aparto la mirada. Abro mi portátil. Finjo que estoy repasando mis notas.

—Bien. —Papá se aclara la garganta—. Gracias a todos por venir. Como sabéis, hoy vamos a ver las propuestas para TechVision. Tenemos cuatro presentaciones de diferentes departamentos. —Hace una pausa—. Sloane, empiezas tú.

Por supuesto. Claro que voy primero.

Me levanto. Conecto mi portátil al proyector. Y cuando me giro para enfrentar a la sala, encuentro a Alexander mirándome con una intensidad que hace que me tiemblen las manos.

Respira, Sloane. Sé profesional. Puedes hacer esto.

—Buenos días. —Mi voz sale firme, clara—. Mi propuesta para TechVision se basa en un principio simple: las personas no confían en las corporaciones. Confían en las personas.

Hago clic. Mi primera diapositiva aparece.

—Marcus Chen lleva tres años intentando humanizar la imagen de TechVision. Ha dado entrevistas. Ha invertido en responsabilidad social. Pero nada ha funcionado porque todas las agencias que ha contratado le han vendido la misma solución genérica: campañas publicitarias sobre valores corporativos.

Otra diapositiva. Ejemplos de campañas fallidas de TechVision.

—Nosotros vamos a ofrecerle algo diferente. Vamos a convertir a sus empleados en embajadores reales de su marca. Historias auténticas. Rostros reales. Conexión emocional medible.

Paso los siguientes quince minutos explicando mi estrategia. Casos de éxito. Datos de *engagement*. Proyecciones de impacto.

Y veo cómo, uno por uno, los ejecutivos en la sala se inclinan hacia delante. Interesados. Convencidos.

Incluso Alexander.

Especialmente Alexander.

Está mirándome con esa expresión que no sé interpretar. Como si estuviera viendo algo que le gusta. Como si no conociera ya todo lo que acabo de presentar.

—¿Tenéis alguna pregunta? —Termino mi presentación y miro alrededor de la sala.

El silencio se extiende por la sala durante un segundo.

Y luego papá empieza a aplaudir.

—Eso ha sido brillante, Sloane. Absolutamente brillante.

Los demás se unen. Y madre mía, hace años que no sentía esta satisfacción. Este orgullo.

Miro a Alexander. Esperando... ¿qué? ¿Crítica? ¿Condescendencia?

Pero lo que veo en su cara es algo completamente diferente.

Respeto.

Admiración, incluso.

Y algo más que hace que se me corte la respiración.

—Excelente trabajo, Sloane —dice, y su voz es sincera—. Ha sido una presentación increíble. Has encontrado el ángulo que nadie más vería.

No sé qué decir. Así que simplemente asiento y vuelvo a mi asiento con las piernas temblando ligeramente.

—Siguiente —dice papá—. Paul, adelante.

Paul de Desarrollo de Negocio presenta durante veinte minutos. Es sólido. Profesional. Pero genérico. Nada que no hayan oído antes.

Luego Jennifer de RRHH. Quince minutos sobre estrategias de *employer branding* que son interesantes pero no particularmente innovadoras.

Y luego es el turno de Alexander.

Se levanta. Conecta su portátil. Y cuando empieza a hablar, entiendo por qué es el consultor más cotizado de la costa este.

Porque es magnético.

Sé todo lo que va a contar porque me lo adelantó ayer y, aun así, me impresiona su fuerza al explicarlo.

Su presentación es todo lo que la mía no es. Datos duros. Analítica predictiva. Infraestructura digital. Métricas de ROI que hacen que hasta los más escépticos asientan con aprobación.

Y es brillante. Jodidamente brillante.

Muestra exactamente cómo TechVision puede medir el impacto de cada estrategia de marketing. Cómo pueden optimizar los datos en tiempo real. Cómo pueden escalar globalmente con herramientas que ya tienen pero que no están usando correctamente.

Es lo opuesto a mi propuesta.

Y es perfecto.

Mierda.

Porque mientras lo veo ahí, dirigiendo la sala con esa confianza absoluta, explicando conceptos complejos de una manera que hasta mi abuela entendería, me doy cuenta de algo.

Alexander Hartford no solo es arrogante.

Es bueno. Realmente bueno.

Tan bueno como yo.

Y eso me aterra y me emociona a partes iguales.

Termina su presentación y hay un silencio reverente antes de que papá vuelva a aplaudir.

—Impresionante, Alexander. Como esperaba.

Alexander vuelve a su asiento. Y cuando pasa junto a mí, me susurra tan bajo que solo yo puedo oírlo:

—Buen trabajo, Ward.

No respondo. No puedo. Porque si abro la boca, podría decir algo estúpido.

Como que su presentación ha sido increíble.

O que verlo trabajar así ha sido lo más sexy que he visto en mi vida.

Papá deja que el silencio se asiente durante un momento. Y luego se levanta.

—Bien. He visto cuatro propuestas excelentes. Pero dos destacan claramente. —Mira a Alexander. Luego a mí—. Sloane, tu enfoque emocional y relacional es exactamente lo que Chen necesita. Alexander, tu infraestructura digital y analítica es lo que va a hacer que esa estrategia sea escalable y medible.

Me tenso. Porque sé lo que viene.

—Así que he tomado una decisión. —Papá sonríe—. Vais a trabajar juntos. Las dos propuestas se fusionarán en una sola. Y tenéis exactamente dos semanas para tener lista la presentación final para Marcus Chen.

No.

No, no, no.

Es justo lo que temía. Lo que Alexander había anticipado. Pero después del beso no puedo permitirme trabajar junto a Alexander.

—Papá... —empiezo.

—No es negociable, Sloane. —Su voz es firme pero amable—. Sois los dos mejores en lo que hacéis. Y TechVision necesita lo mejor de ambos.

Miro a Alexander.

Él me está mirando también.

Y el muy cabrón está sonriendo.

No es una sonrisa triunfal. No es una sonrisa de superioridad.

Es una sonrisa de pura satisfacción.

Como si esto fuera exactamente lo que quería.

—Tenéis dos semanas —dice papá—. La primera reunión con Chen es el segundo lunes de marzo. Así que os sugiero que empecéis a trabajar juntos inmediatamente.

La reunión termina. La gente empieza a levantarse, a felicitarnos, a decir cosas sobre «gran oportunidad» y «equipo perfecto».

Yo me quedo sentada.

Procesando lo que esto significa.

Voy a tener que trabajar con Alexander Hartford durante dos semanas.

El hombre que besé anoche.

El hombre que me vuelve loca de mil maneras diferentes.

El hombre que ahora mismo se está acercando a mí con una sonrisa que debería estar prohibida.

—Parece que vamos a ser compañeros, Ward —dice cuando llega a mi lado.

—Parece —consigo responder con voz neutra.

—Comenzamos mañana. Nos vemos a las nueve. —Se inclina ligeramente más cerca—. Y Sloane... sobre lo de anoche...

—No pasó nada anoche —le interrumpo, recogiendo mis cosas—. Estábamos cansados. Fue un error.

—¿Un error que quieres repetir? —Su voz es tan baja que solo yo puedo oírla—. Porque yo sí.

Me quedo congelada.

Me está mirando con esos ojos grises que ahora conozco de cerca. Con esa boca que sé exactamente cómo sabe.

Y todo mi autocontrol se tambalea peligrosamente.

—Esto es inapropiado —susurro.

—Lo sé. —Sonríe—. Pero me da igual.

Y se va, dejándome ahí con el corazón latiéndome a toda velocidad y la certeza aterradora de que los próximos quince días van a ser la tortura más dulce de mi vida.

Porque Alexander Hartford no solo quiere trabajar conmigo.

Quiere algo más.

Y joder si una parte de mí —una parte grande y problemática— no quiere dárselo.

Aunque me cueste todo. Pero voy a controlarme.

CAPÍTULO 10

ALEXANDER

Llego al despacho de Sloane a las nueve en punto con dos cafés de cafetería y una determinación que probablemente debería asustarme.

Toco la puerta con el codo ya que tengo las manos ocupadas.

—Adelante.

Entro.

Sloane está detrás de su escritorio, rodeada de lo que parece ser la explosión de una papelería. Post-its de colores cubren la pared detrás de ella. Hay tres cuadernos abiertos. Su portátil muestra al menos seis ventanas diferentes. Y en medio del caos organizado, está ella.

Sin chaqueta. Solo con la blusa blanca y el pelo recogido en un moño despeinado del que se escapan mechones rebeldes.

Y cuando levanta la vista y me ve, sus ojos se abren ligeramente.

—Has traído café.

—Sí. —Dejo uno sobre su escritorio—. Solo, sin azúcar. Como te gusta.

Se queda mirando el vaso como si fuera una trampa explosiva.

—¿Cómo sabes cómo me gusta el café?

—Ya te lo dije el domingo, soy observador. Y porque te he visto rechazar tres cafés desde que trabajo aquí porque tenían azúcar.

—Eso es... un poco inquietante.

—O considerado. Depende de cómo lo mires. —Me siento en la silla frente a su escritorio sin esperar invitación—. ¿Empezamos?

Sloane vacila un segundo. Luego agarra el café y bebe, y veo cómo cierra los ojos brevemente cuando el sabor la golpea.

—Está bueno —admite a regañadientes.

—E de Rossi's. Dos calles abajo. Es el mejor café de Midtown.

—Conozco Rossi's. Voy allí desde que empecé en la empresa.

—Lo sé. Por eso he ido.

Nuestras miradas se encuentran. Y hay un momento —solo un momento— donde algo pasa entre nosotros que no tiene nada que ver con el café. Es casi como si ambos estuviéramos recordando el beso del domingo. O por lo menos es lo que yo estoy haciendo.

Ella aparta la vista primero.

—Bien. Pues vamos a trabajar. —Gira su portátil hacia mí—. He estado pensando en cómo estructurar la fusión de nuestras propuestas.

Paso la siguiente hora intentando concentrarme en estrategias de integración cuando lo único que puedo pensar es en lo cerca que estamos.

Sloane se ha levantado para escribir en la pizarra. Yo también. Estamos los dos de pie, marcadores en mano, construyendo la estructura de la presentación como si fuera un rompecabezas.

Y discutimos todo.

Es jodidamente adictivo.

—La introducción debería empezar con datos —digo, escribiendo en la columna izquierda de la pizarra—. Contexto de mercado, posición de TechVision, oportunidades de crecimiento.

—Eso es aburrido. —Sloane escribe en la columna derecha—. Deberíamos empezar con una historia. Con Marcus Chen. Con por qué le importa esto personalmente.

—Los CEOs de empresas tech no quieren historias emocionales en los primeros treinta segundos. Quieren datos.

—Los CEOs de empresas tech son personas. Y las personas responden a narrativas, no a gráficos de Excel.

—Las personas responden a lo que pueden medir.

—Las personas responden a lo que les hace sentir.

Nos giramos para mirarnos, con los marcadores todavía en alto, como si fueran espadas en un duelo.

—Estás siendo terca —digo.

—Estás siendo reduccionista —contraataca.

—Estoy siendo pragmático.

—Estás siendo aburrido.

—¿Aburrido? —Doy un paso hacia ella—. Mi propuesta tiene proyecciones de ROI que harían llorar de alegría a cualquier CFO.

—Tu propuesta tiene números sin alma. —Da un paso hacia mí—. Es como leer un manual de instrucciones. Técnicamente correcto, pero completamente carente de inspiración.

—¿Y la tuya? —Otro paso—. La tuya es todo sentimiento y cero sustancia cuantificable.

—La mía tiene la sustancia que importa. —Otro paso. Ahora estamos a menos de un metro y tengo el corazón acelerado—. Conexión humana real.

—Que no puedes medir.

—No todo lo que importa puede meterse en una hoja de cálculo.

—Todo lo que importa en negocios puede y debe medirse.

—Esa es exactamente la mentalidad que hace que las empresas pierdan su alma.

—Las empresas no tienen alma. Tienen balances de resultados.

—¿Ves? Esto es exactamente lo que dije. Reduccionista. Frío. Sin...

Y entonces, sin previo aviso, se da cuenta de algo.

Sloane se detiene a mitad de frase. Sus ojos se abren.

—Espera. —Vuelve rápidamente a la pizarra—. Espera, espera. ¿Y si...?

Empieza a escribir frenéticamente. Palabras que conectan mi columna con la suya. Flechas. Conceptos que se fusionan.

—Si empezamos con datos de contexto —murmura, más para sí misma que para mí— pero inmediatamente conectamos con la historia personal de Chen... Y luego usamos tus métricas para demostrar cómo la conexión emocional se traduce en resultados medibles...

Me acerco. Veo lo que está escribiendo.

Y joder.

Es perfecto.

—Narrativa emocional respaldada por analítica predictiva —digo, viendo exactamente a dónde va.

—Exacto. —Se gira hacia mí, excitada de esa manera que solo se excita cuando una idea brillante emerge—. Damos a Chen lo que quiere emocionalmente y lo que necesita racionalmente.

—Corazón y cerebro.

—Exacto. —Sus ojos brillan—. ¿Lo ves? Si estructuramos la presentación así, intercalando tu enfoque con el mío en lugar de separarlos...

—Creamos algo que es más que la suma de sus partes.

—Sí. —Sonríe. Una sonrisa real, genuina, luminosa—. Exactamente eso.

Nos miramos.

Y algo en el aire entre nosotros cambia.

Ya no es hostilidad. Ya no es competencia.

Es reconocimiento.

Ella ve lo que yo veo. Piensa como yo pienso. Entiende esta parte de mí que nadie más ha entendido nunca.

—Sloane... —Mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

—¿Sí? —Susurra, y está más cerca de lo que recuerdo. ¿O me he acercado yo?

No lo sé.

Lo único que sé es que estamos a centímetros de distancia. Que puedo ver las motas doradas en sus ojos avellana. Que huele a ese perfume que me ha estado volviendo loco toda la semana.

Que quiero besarla otra vez.

Que me vuelve completamente loco.

Mi mano se levanta. Roza su mejilla. Ella no se aparta.

—Esto es una mala idea —susurra.

—Pésima —coincido.

—Trabajamos juntos.

—Lo sé.

—Podría arruinar todo.

—Probablemente.

Pero me inclino hacia ella de todas formas.

Y ella se inclina hacia mí.

Nuestros labios están a milímetros de distancia. Puedo sentir su respiración. Puedo ver cómo sus ojos bajan a mi boca.

—Alex... —susurra.

Y entonces la puerta se abre de golpe.

—Sloane, perdona que te interrumpa, pero necesito que firmes estos... —Abril se detiene en seco al vernos—. Oh. Oh. Perdón. Yo... vuelvo luego.

Sale tan rápido como entró, cerrando la puerta con un golpe.

Sloane y yo nos separamos como si nos hubiera dado corriente.

Ella se aleja hacia su escritorio. Yo me quedo junto a la pizarra con las manos en los bolsillos, intentando parecer que no acaba de pasar nada.

—Eso ha sido... —empieza Sloane.

—Casi —termino.

—Casi —repite, sin mirarme—. Otra vez.

Silencio.

—Deberíamos... —Se aclara la garganta—. Deberíamos seguir trabajando.

—Sí. Deberíamos.

Pero ninguno de los dos se mueve.

Porque ambos sabemos que algo acaba de cambiar.

Que este «casi» no va a ser el último.

Y que la próxima vez que estemos solos, sin interrupciones, sin excusas...

No va a quedarse en «casi», porque la atracción que existe entre nosotros es incontrolable.

CAPÍTULO 11

ALEXANDER

El vuelo a San Francisco sale a las siete de la mañana del jueves, lo que significa que estoy en el aeropuerto JFK a las cinco, con un café que sabe a agua sucia y un humor de perros.

Sloane llega diez minutos después, arrastrando una maleta de mano negra y con unas gafas de sol enormes que cubren la mitad de su cara.

—Buenos días —digo cuando se acerca a la puerta de embarque.

—No hay nada bueno en levantarse a las cuatro de la mañana —responde, dejándose caer en el asiento junto al mío—. Esto es inhumano.

—TechVision tiene sus oficinas principales en San Francisco. Marcus Chen nos ha dado exactamente dos horas el viernes por la mañana para presentarle un avance de la propuesta. —Bebo mi café horrible—. Si quiere vernos allí, vamos allí.

—Podríamos haberlo hecho por Zoom.

—Chen odia las videollamadas. Está en todas sus entrevistas. Cree que los negocios importantes se hacen cara a cara.

Sloane me mira por encima de sus gafas.

—Has investigado sus preferencias de comunicación.

—He investigado todo sobre él. Incluido que su restaurante favorito es Omakase en Nob Hill, que bebe whisky japonés, y que su mayor miedo es que TechVision se convierta en el próximo Facebook. Odiado. Sin alma.

—Por eso mi enfoque funciona —dice, y hay un toque de satisfacción en su voz.

—Por eso nuestros enfoques juntos van a ser los vencedores absolutos.

Nos miramos durante un segundo. Y entonces ella se quita las gafas, revelando ojeras que ni el maquillaje puede esconder completamente.

—¿Tú tampoco has dormido? —pregunto.

—He dormido.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente.

—Sloane.

—Tres horas. —Suspira—. Quizás dos. He estado repasando la estructura.

—Yo he dormido cuatro. He estado haciendo lo mismo.

Nos miramos. Y de repente se ríe. Una risa pequeña, cansada, pero real.

—Somos patéticos.

—Somos profesionales.

—Profesionales patéticos.

Sonrío a pesar del agotamiento.

—Duerme en el vuelo. Son seis horas. Puedes recuperar algo de sueño atrasado.

—¿Y tú?

—Yo también.

No duermo. Ni ella tampoco. Pasamos las seis horas del vuelo trabajando en nuestros portátiles, compartiendo un reposabrazos que hace que nuestros codos se rocen cada vez que uno de nosotros se mueve.

Y cada roce es como una descarga eléctrica.

Ya me había dado cuenta antes, pero nuestra forma de comportarnos evidencia lo extremadamente parecidos que somos. Jamás he conocido a alguien más compatible conmigo, ni que me excitara tanto.

Joder.

El hotel Fairmont en Nob Hill es exactamente el tipo de sitio que elegiría para impresionar a un cliente: histórico, elegante, con vistas

a la bahía que cuestan más por noche de lo que la mayoría de la gente gana en una semana.

—Tienen dos habitaciones reservadas —le dice la recepcionista a Sloane mientras procesa nuestro *check-in*—. En la planta doce. Son habitaciones contiguas, tal y como solicitó el señor Ward.

Contiguas.

Por supuesto que Thomas reservaría habitaciones contiguas para asegurarse de que nos comuniquemos y estemos compenetrados para la presentación. Quizás, si supiera lo que siento por su hija, no lo hubiera decidido así.

Sloane me lanza una mirada de reojo que no sé cómo interpretar antes de agarrar su llave. Me gustaría pensar que le atrae la idea de que estemos tan cerca el uno del otro.

—Nos vemos en la recepción a las siete para la cena —dice—. Tenemos reserva con el equipo de relaciones públicas de TechVision.

—Ahí estaré.

Subimos en el ascensor en silencio y nos bajamos en la planta doce. Nuestras habitaciones están efectivamente una al lado de la otra. 1203 y 1204.

—Hasta luego —dice Sloane, deslizando su tarjeta.

—Hasta luego.

Entro en mi habitación y cierro la puerta.

Y me apoyo contra ella, respirando profundamente.

Dos semanas. Once días más de trabajar con Sloane Ward. Once días de verla, de olerla, de estar tan cerca que puedo contar las pecas en su nariz.

Once días de tortura.

Me quito la chaqueta. La corbata. Me doy una ducha fría que no ayuda en absoluto a borrar la tensión ni el deseo de mi cuerpo.

Y a las siete en punto bajo a la recepción.

Sloane ya está ahí, hablando con dos ejecutivos de TechVision —un hombre y una mujer que reconozco de mi investigación como parte del equipo de comunicaciones—. Se ha cambiado el vestido de viaje por uno verde esmeralda que hace que se me acelere el pulso y mi miembro se disponga a despertarse. Es jodidamente perfecta.

Me acerco.

—Alexander Hartford. —Estrecho manos—. Encantado de conoceros.

La cena es en el restaurante del hotel, un sitio con manteles blancos y precios que no aparecen en el menú. Hablamos de TechVision, de sus desafíos, de sus objetivos.

Es productivo. Profesional.

Y Sloane es magnética.

La veo trabajar. Cómo hace preguntas que parecen casuales pero que están perfectamente diseñadas para extraerles información. Cómo se ríe en los momentos apropiados. Cómo hace que los dos ejecutivos se relajen y empiecen a hablar con honestidad en lugar de con respuestas corporativas ensayadas.

Es una maestra en esto.

Y no puedo dejar de mirarla.

—Creo que vamos a trabajar muy bien juntos —dice Karen, la directora de comunicaciones, cuando terminamos el postre—. Vuestra presentación preliminar de mañana va a ser interesante.

—Esperamos impresionaros —responde Sloane con esa sonrisa profesional que ha perfeccionado.

Cuando nos despedimos de ellos en la entrada son casi las diez de la noche. La velada ha ido perfecta.

—¿Te apetece tomar una copa? —pregunta Sloane, señalando el bar del hotel—. Para celebrar que no hemos metido la pata con ellos.

Se me acelera el pulso. No se puede ni imaginar lo mucho que lo deseo.

—Sí. Tomemos una copa.

El bar del hotel es todo madera oscura y luz tenue, con un pianista tocando jazz suave en un rincón. Nos sentamos en la barra. Sloane pide un Martini y yo un whisky solo.

—Ha ido bien —dice cuando llegan nuestras bebidas—. Karen parecía impresionada.

—Porque has estado impresionante.

Me mira sorprendida.

—¿Me acabas de hacer un cumplido, Alexander?

—Te he hecho varios esta semana. Solo que no estabas escuchando.

—Porque normalmente tus cumplidos vienen envueltos en críticas.

—Eso es... probablemente justo. —Bebo—. Pero lo de esta noche. Cómo has conseguido que se abran. Ha sido... magistral.

Sus mejillas se colorean ligeramente.

—Gracias.

Bebemos en silencio durante un momento. El pianista cambia a una melodía que reconozco pero que no puedo nombrar.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Sloane de repente.

—Adelante.

—¿Por qué sigues yendo de una empresa a otra en vez de asentarte? Sé que me dijiste que te gusta arreglar cosas pero... —Gira su copa entre sus manos—. Hay algo más. ¿Verdad?

La pregunta me pilla desprevenido. Es demasiado personal. Demasiado cerca de cosas que no hablo con nadie.

Pero hay algo en la manera en que me mira. Genuinamente curiosa. Sin juicio. Que me hace desear abrirme con ella. Quizás sea que tengo ganas de que me conozca.

Quizás es que me he vuelto loco.

—Porque si te quedas en un sitio demasiado tiempo —digo finalmente—, empiezan a importarte las personas. Y cuando te importan las personas, pueden decepcionarte.

—Vaya. —Bebe—. Eso es... triste.

—Es realista.

—Es solitario.

Me encojo de hombros.

—Solitario pero seguro.

—¿Y funciona? —Me mira directamente—. ¿Esa filosofía de mantenerte alejado emocionalmente te hace feliz?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba.

¿Me hace feliz?

—Me hace... eficiente.

—No es lo mismo.

—Es suficiente.

—¿Lo es?

Antes de que pueda responder, alguien se acerca a nosotros.

—¿Sloane Ward?

Nos giramos. Un hombre de unos cuarenta años, con traje caro y sonrisa de vendedor, está de pie junto a Sloane con una copa de vino en la mano.

—Sí. —Sloane sonríe cortésmente—. ¿Nos conocemos?

—Sí, soy David Kim. CEO de Quantum Digital. —Le extiende la mano—. Nos presentaron brevemente en la conferencia de marketing de otoño en Nueva York.

—Ah, sí. Por supuesto. —Estrecha su mano—. David. ¿Cómo estás?

—Mejor ahora que te he encontrado. —Su sonrisa se hace más amplia—. Llevo queriendo hablar contigo sobre representación. Quantum está buscando una agencia y Ward & Associates sigue en nuestra lista corta.

Profesionalmente, debería estar encantado. Quantum Digital es otra empresa tech importante. Otro cliente potencial.

Pero lo único que puedo pensar es en cómo este cabrón está mirando a Sloane.

Como si fuera algo que quiere devorar.

—Qué interesante —dice Sloane, completamente profesional—. Deberíamos programar una reunión cuando volvamos a Nueva York.

—¿O podríamos hablar ahora? —David señala una mesa vacía en el rincón—. ¿Te tomas una copa conmigo?

Y ahí está.

No es una invitación profesional.

Es una invitación. A secas.

Y la furia que me recorre es tan intensa que tengo que apretar mi vaso para no hacer algo estúpido.

Como partirle la cara a este imbécil.

—Yo... —Sloane me mira, como preguntando qué hacer.

Y algo dentro de mí simplemente explota.

—Lo siento, David. —Mi voz sale más fría de lo que pretendía—. Pero Sloane y yo tenemos trabajo que terminar esta noche. Tenemos una presentación mañana que requiere nuestra atención completa.

David me mira como si acabara de materializarme de la nada.

—¿Y tú eres...?

—Alexander Hartford. COO de Ward & Associates. —No le ofrezco la mano—. Colega de Sloane.

La palabra «colega» sale cargada de algo que definitivamente no es laboral.

David capta el mensaje. Su sonrisa se vuelve más tensa.

—Entiendo. Bueno, Sloane, aquí tienes mi tarjeta. —Saca una del bolsillo y se la entrega—. Llámame cuando tengas tiempo.

—Por supuesto. Gracias, David.

Se va finalmente. Y en el momento en que está lo suficientemente lejos, Sloane se gira hacia mí.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido el qué?

—Eso. —Gesticula hacia donde estaba David—. Toda esa actitud de «colega». Has estado a punto de mear alrededor de mi silla para marcar territorio.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Se baja del taburete de la barra—. Porque parecía que estabas...

—¿Qué? ¿Celoso? —Me levanto también, acercándome—. ¿Es eso lo que piensas?

—No lo sé, Alexander. Tú dímelo. —Me mira desafiante—. ¿Estabas celoso?

Debería negarlo. Debería reírme. Debería decir algo diplomático sobre proteger los intereses de la empresa.

Pero no hago nada de eso.

—Sí.

La palabra cae entre nosotros como una bomba.

Sloane parpadea. Estoy seguro de que no se esperaba que lo reconociera. Yo tampoco.

—¿Qué?

—Que sí. Estaba celoso. —Doy un paso más cerca—. Porque ese imbécil te estaba mirando como si fueras algo que quiere tener. Y no soporto la idea de que otro hombre te mire así.

—Alex...

—No soporto verte con otro, Sloane. —Otro paso—. Aunque no tenga ningún derecho. Aunque apenas nos conozcamos. Aunque sea completamente inapropiado.

Se queda callada. Mirándome con esos ojos que ahora pueden ver demasiado.

—Esto es una mala idea y lo sabes —susurra finalmente.

—La peor.

—Trabajamos juntos.

—Lo sé.

—Podría arruinar todo.

—Probablemente.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque no puedo dejar de pensar en ti. —Las palabras salen en un torrente que no puedo detener—. Porque llevo semanas intentando convencerme de que esto es solo atracción física. Que se me pasará. Que puedo ignorarlo. Pero no puedo. Cada vez que te veo es peor. Cada vez que hablas, cada vez que me desafías, cada vez que muestras esa mente brillante que tienes, solo quiero...

—¿Qué? —Su voz es apenas un susurro—. ¿Qué quieres?

—A ti. Quiero besarte hasta que se te olvide cómo funcionan las palabras. Quiero hacerte perder ese control que mantienes sobre todo. Quiero oírte gemir mi nombre cuando nadie más pueda oírnos.

El aire entre nosotros prácticamente vibra.

—Alex... —Su respiración es irregular—. No podemos.

—¿No podemos o tienes miedo?

—Ambas cosas.

Al menos es honesta.

—Yo también tengo miedo —admito—. Pero voy a hacerlo igual.

Nos miramos. El bar del hotel continúa funcionando alrededor de nosotros. El pianista sigue tocando. La gente sigue bebiendo y riendo.

Pero nosotros estamos en nuestra propia burbuja.

—Vamos a la habitación —dice Sloane de repente—. Si vamos a hacer esto, no va a ser en un bar lleno de gente.

No necesito que me lo diga dos veces.

Pago la cuenta. Caminamos hacia los ascensores con pasos medidos, profesionales, como si no estuviéramos a punto de cruzar una línea que no tiene vuelta atrás.

Entramos en el ascensor vacío. Las puertas se cierran.

Y en el segundo en que estamos solos, la agarro.

La empujo contra la pared del ascensor y la beso con toda la frustración de quererla y no poder tenerla.

Ella me devuelve el beso con la misma intensidad. Sus manos en mi pelo. Sus piernas envolviéndose alrededor de mi cadera cuando la levanto.

—Joder, Sloane —gruño contra su boca.

—Cállate —jadea—. Y no dejes de besarme.

El ascensor sube. Piso cinco. Piso siete. Piso nueve.

Podría tomarla aquí mismo. Contra esta pared. En este ascensor que tiene cámara de seguridad que probablemente está grabando todo esto.

No me importa.

Pero entonces el ascensor se detiene. Piso doce.

Las puertas se abren.

Nos separamos como adolescentes pillados. Salimos al pasillo vacío.

Nuestras habitaciones están a tres metros de distancia.

Nos miramos.

Sloane está despeinada. Con los labios hinchados. Respirando pesadamente. Y es la imagen más erótica que he visto en mi vida.

—Tu habitación o la mía —digo, porque no puedo con juegos ahora mismo.

Ella me mira. Y veo el momento exacto en que toma la decisión.

—La tuya.

No esperó más invitación.

La agarro de la mano y la arrastro hacia mi puerta. Saco la tarjeta con manos que tiemblan ligeramente. La puerta se abre.

Entramos.

Y en el segundo en que la puerta se cierra detrás de nosotros, nos lanzamos el uno al otro como si nos hubiéramos estado muriendo de sed y el otro fuera agua.

CAPÍTULO 12

SLOANE

La puerta se cierra detrás de nosotros y Alexander me empuja contra ella con una fuerza controlada que hace que se me escape un gemido.

—Dime que pare —dice contra mis labios—. Dime que pare y lo haré.

—No te atrevas a parar.

Y eso es todo lo que necesita.

Su boca devora la mía con una intensidad que me deja sin aliento. No es un beso suave o exploratorio. Es pura necesidad. Desesperación. Como si llevara tanto tiempo conteniéndose que ahora que puede soltarse no sabe cómo ser delicado.

No quiero delicadeza.

Quiero esto. Esto que me hace sentir viva de una manera que no he sentido nunca.

Mis manos van a su camisa. Empiezo a desabotonarla con dedos torpes, impacientes. Él se ríe contra mi boca —un sonido grave que me recorre entera— y aparta mis manos.

—Despacio —murmura—. Tenemos toda la noche.

—No quiero hacerlo despacio.

—Mala suerte. —Sus manos van a mi cintura, suben lentamente por mis costados—. Porque llevo imaginando hacerte esto desde que te conozco y no voy a desperdiciarlo con prisas.

Me levanta como si no pesara nada. Mis piernas se envuelven automáticamente alrededor de su cintura. Me lleva a través de la habitación —apenas registro el espacio, solo sé que hay una cama king size en alguna parte— y me tumba sobre el edredón.

Se queda de pie junto a la cama, mirándome. Sus ojos grises están tan oscuros que casi parecen negros.

—Eres preciosa —dice, y hay una reverencia en su voz que hace que se me encoja el pecho—. Llevo dos semanas queriendo decírtelo. Demostrártelo.

—Entonces deja de hablar. —Me incorporo sobre los codos—. Y ven aquí para que pueda sentirlo.

Sonríe. Esa sonrisa lenta y peligrosa que debería venir con una advertencia.

Se quita la chaqueta. La tira al suelo. Empieza a desabotonarse la camisa, pero lo hace despacio. Torturosamente despacio.

—Estás disfrutando esto —le acuso.

—Absolutamente.

Cada botón que desabrocha revela más piel. Piel bronceada. Músculos definidos. Un pecho amplio que hace que quiera poner mis manos en él y explorar cada centímetro.

Cuando finalmente se quita la camisa, me quedo sin aire.

—Joder —susurro.

—¿Te gusta lo que ves, Ward?

—Cállate y ven aquí.

Se ríe. Pero obedece.

Se arrodilla en la cama. Gatea hacia mí como un depredador. Y cuando llega a mi altura, sus manos van a la cremallera lateral de mi vestido.

—¿Puedo? —pregunta.

—Si no lo haces tú, lo hago yo.

Baja la cremallera despacio. El sonido es obscenamente alto en el silencio de la habitación. Me ayuda a quitarme el vestido, deslizándolo por mi cuerpo con una reverencia que hace que me tiemble todo.

Y entonces estoy ahí. En ropa interior negra tumbada en su cama mientras Alexander Hartford me mira como si fuera un festín.

—Eres... —Traga saliva—. Joder, Sloane. Eres la mujer más impresionante que he visto en mi vida.

Sus manos recorren mis piernas. Despacio. Desde los tobillos, subiendo por las pantorrillas, las rodillas, los muslos. Cada toque

deja un rastro de fuego en mi piel.

Cuando llega a la cintura de mis bragas, se detiene.

—¿Quieres esto? —Sus ojos buscan los míos—. Porque si cruzamos esta línea, no hay vuelta atrás.

—Sí, lo quiero. Estoy segura. —Y lo estoy. Por primera vez en mucho tiempo, estoy completamente segura de algo—. ¿Y tú?

—Llevo seguro desde que te conocí.

Y entonces sus dedos se deslizan bajo la tela.

Me toca. Ahí. Donde lo necesito. Donde he estado ardiendo desde el domingo cuando nos besamos en mi despacho.

Y Dios, sabe exactamente lo que hace.

Sus dedos encuentran mi clítoris. Trazan círculos. Lentos primero. Luego más rápidos cuando me oye gemir.

—Estás empapada —murmura, y hay asombro en su voz—. ¿Todo esto es por mí?

—No seas arrogante.

—Es una pregunta válida.

—Sí. —No tiene sentido negarlo—. Es por ti.

Sonríe contra mi cuello, donde está dejando un rastro de besos que me están volviendo loca.

Un dedo se desliza dentro de mí. Luego dos. Se mueven despacio, encontrando ese punto que hace que se me arquee la espalda.

—Aquí —dice cuando me oye gemir más fuerte—. Aquí te gusta.

—Sí. Ahí. Por favor, no pares.

—No planeo hacerlo.

Sus dedos se mueven más rápido. Su pulgar presiona mi clítoris. Su boca está en mi cuello, en mi clavícula, bajando hacia mis pechos que todavía están cubiertos por el sujetador.

—Quítate esto —dice, tirando de la tela—. Necesito verte.

Me lo quito yo misma, impaciente. Lo tiro al suelo.

Y la manera en que me mira cuando mis pechos quedan expuestos debería ser ilegal.

—Perfecta. —Su voz es pura reverencia—. Eres perfecta.

Su boca encuentra mi pezón. Succiona. Muerde suavemente. Y mientras lo hace, sus dedos siguen moviéndose dentro de mí a un ritmo que me está llevando al borde.

—Alex... —Mi voz sale estrangulada—. Voy a...

—Córrete. —Muerde mi pezón más fuerte—. Quiero sentirte.

Y exploto.

El orgasmo me recorre en oleadas tan intensas que tengo que morderme el labio para no gritar. Me aprieto alrededor de sus dedos. Mi cuerpo se arquea contra su boca.

Y él me guía a través de todo, susurrando cosas contra mi piel que no puedo procesar porque mi cerebro se ha apagado completamente.

Cuando finalmente vuelvo a la tierra, estoy temblando.

—Ha sido… brutal —jadeo.

—Coincido. —Se incorpora, mirándome con una satisfacción masculina que debería molestarme pero que solo me excita más—. Y eso es solo el principio.

Se quita el cinturón. Los pantalones. Los calzoncillos.

Y mis ojos se abren.

Es grande. Más grande de lo que esperaba. Y está muy duro. Con una gota de líquido preseminal en la punta que hace que se me haga agua la boca.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta con esa arrogancia que debería odiar.

—Deja de hablar y ven aquí.

Se ríe. Pero obedece.

Se tumba sobre mí, soportando su peso en los antebrazos. Puedo sentir su erección contra mi entrada. Caliente. Dura. Prometiendo cosas que mi cuerpo está desesperado por sentir.

—Necesitamos protección —dice de repente como si la sola idea lo matase—. Mierda. No he...

—Estoy tomando la píldora. —Pongo mis manos en su cara, obligándolo a mirarme—. Y estoy limpia. Me hice análisis hace dos meses.

—Yo también. Cada vez que entro en una empresa nueva tengo que hacerme un reconocimiento médico —Busca mi mirada—. Pero si prefieres que salga a comprar...

—No. Quiero sentirte. Todo.

Sus ojos se oscurecen aún más.

—Vas a matarme, Sloane Ward.

—Esa es la idea.

Y entonces se hunde dentro de mí.

Despacio. Centímetro a centímetro. Dándome tiempo para ajustarme a su tamaño.

Es demasiado. Es perfecto. Es todo lo que he estado negándome sin saber que lo necesitaba.

—Joder —gime cuando está completamente dentro—. Estás tan apretada.

No puedo hablar. Solo puedo sentir.

Él se queda quieto durante un segundo, dejando que me acostumbre. Y luego empieza a moverse.

Despacio al principio. Embestidas largas y profundas que me llenan completamente. Pero cuando empiezo a moverme con él, cuando mis caderas se levantan para encontrarlo, su control se rompe.

Se mueve más rápido. Más duro. Cada embestida me empuja más arriba en la cama.

—Sí —jadeo—. Así. Más fuerte.

—¿Más fuerte? —Gruñe, agarrando mis caderas con fuerza suficiente para dejar marcas—. ¿Así?

Embiste tan profundo que veo estrellas.

—Sí. Alex, sí.

Está en todas partes. Su boca en mi cuello. Sus manos en mis caderas. Su polla llenándome una y otra vez.

Es demasiado. Es perfecto. Es...

—Tócate —ordena de repente, su voz ronca en mi oído—. Quiero que te corras mientras te follo.

Mi mano baja entre nuestros cuerpos. Encuentro mi clítoris. Empiezo a frotar círculos.

—Eso es. —Su ritmo se vuelve errático—. Déjame verte.

Y me corro otra vez.

Más fuerte que antes. Gritando su nombre sin importarme quién pueda oírme.

Siento cómo me aprieto alrededor de él. Cómo mi cuerpo entero se convulsiona con el placer.

—Sloane. —Gruñe mi nombre como una oración—. Voy a...

—Dentro. —Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, manteniéndolo ahí—. Córrete dentro de mí.

Esas palabras lo destrozan.

Se hunde una última vez, profundo, y se vacía dentro de mí con un gemido que me atraviesa entera.

Puedo sentirlo. Cálido. Pulsando. Llenándome.

Y algo en esa sensación primitiva hace que un tercer orgasmo pequeño me recorra, apretándome alrededor de él, ordeñándolo hasta la última gota.

Nos quedamos así durante un momento. Él todavía dentro de mí. Respiraciones entrecortadas. Cuerpos sudados.

Y luego se derrumba a mi lado, atrayéndome contra su pecho.

—Eso ha sido... —empieza.

—Increíble.

—Iba a decir que ha sido la mejor experiencia de mi vida, pero increíble también funciona.

Me río. Un sonido agotado pero feliz.

—¿La mejor?

—Por mucho. —Me besa el pelo—. Ni siquiera está cerca.

Nos quedamos en silencio durante un momento. Su mano dibuja patrones perezosos en mi espalda. Mi cabeza descansa en su pecho, escuchando cómo su corazón late cada vez más despacio.

Es... agradable.

Demasiado agradable.

Peligrosamente agradable.

Porque esto no era parte del plan. El plan era trabajar duro. Era demostrar mi valía. Era convertirme en la cuarta generación Ward que dirige esta empresa.

El plan no incluía acostarse con el Director de Operaciones en un hotel de San Francisco.

—Puedo oír cómo le das vueltas a lo que ha pasado en tu cabeza —dice Alexander de repente.

—¿Qué?

—A tu cerebro. Le estás dando vueltas a esto. Analizando. Probablemente encontrando cincuenta razones por las acostarnos

juntos ha sido un error.

Me incorporo sobre un codo para mirarlo.

—¿No lo ha sido?

—No lo sé. —Su mano sube para apartar un mechón de pelo de mi cara—. Pero no me arrepiento.

—Trabajamos juntos.

—Lo sé.

—Esto lo complica todo. Entonces, ¿por qué no pareces preocupado?

Sonríe. Esa sonrisa juguetona que estoy empezando a conocer demasiado bien.

—Porque hace años que no me sentía tan vivo. Y tú eres la razón de eso... —Se encoge de hombros—. Así que puedo vivir con las complicaciones.

No sé qué decir a eso.

Así que, en lugar de hablar, lo beso.

Despacio esta vez. Exploratorio. Degustando.

Y cuando su cuerpo responde otra vez —porque aparentemente su recuperación es impresionante— sonrío contra su boca.

—¿Otra vez?

—Toda la noche si me dejas.

—Tenemos la presentación mañana.

—Lo sé. —Me gira hasta que estoy encima de él—. ¿Y?

No encuentro ninguna razón para negarme.

Porque mañana podemos preocuparnos de las consecuencias.

Esta noche...

Esta noche es nuestra.

Me despierto con luz colándose por las cortinas y un brazo masculino pesado sobre mi cintura.

Tardo un segundo en procesar dónde estoy.

Hotel Fairmont. San Francisco. Habitación de Alexander.

En la cama de Alexander.

Desnuda.

Mierda.

Me giro con cuidado para no despertarlo. Y me quedo mirándolo.

Dormido, sin esa intensidad constante que tiene despierto, se ve... diferente. Más joven. Vulnerable, casi.

Tiene las pestañas ridículamente largas para ser un hombre. Una pequeña cicatriz en la ceja izquierda que no había notado antes. Y duerme con el ceño ligeramente fruncido, como si incluso en sueños estuviera resolviendo problemas.

Me acosté con Alexander Hartford.

Dos veces. Bueno, tres si contamos esa vez en la ducha a las cuatro de la mañana.

¿En qué estaba pensando?

Excepto que no estaba pensando. Ese era exactamente el problema. Por primera vez en años, apagué mi cerebro y solo... sentí.

Y fue increíble.

Pero ahora, con la luz del día filtrándose por las cortinas y la realidad golpeándome en la cara, tengo que enfrentarme a lo que hemos hecho.

Tengo que trabajar con este hombre durante los próximos meses. Presentar con él hoy y el día de la presentación oficial. Convencer al cliente más importante de la historia de nuestra empresa.

Y ahora lo he visto desnudo. He gritado su nombre. Sé exactamente cómo se siente dentro de mí.

¿Cómo se supone que voy a mantener la profesionalidad después de esto?

Alexander se mueve. Sus ojos se abren lentamente. Y cuando me ve ahí, mirándolo, sonríe de una manera que hace cosas raras en mi corazón.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—Considerando que apenas hemos dormido... sí.

Se ríe. Me atrae más cerca.

—No te arrepientas todavía —murmura contra mi pelo—. Al menos déjame disfrutar esto un poco más.

—¿Quién dice que me arrepiento?

—Tu cara. Tienes esa expresión de «he cometido un error enorme y ahora tengo que averiguar cómo arreglarlo».

Odio que me lea tan bien.

—No es un error —digo finalmente—. Pero es... complicado.

—Las cosas más importantes suelen serlo.

Me aparto para mirarlo a la cara.

—Tenemos la presentación en tres horas.

—Lo sé.

—Tenemos que ser profesionales.

—Lo sé.

—Esto no puede volver a pasar.

—¿No? —Su mano baja por mi espalda, por mi cadera—. Porque yo creo que debería pasar todas las veces posibles.

—Alex...

—Shh. —Me besa. Suave. Lento—. Tres horas. Eso nos da tiempo para una ducha. Desayuno. Y...

Su mano se desliza entre mis piernas.

—¿Y? —jadeo.

—Y para asegurarme de que recuerdes exactamente cómo fue anoche cuando intentes fingir que no pasó nada.

Y me demuestra exactamente lo que quiere decir.

Dos veces más antes de que tengamos que levantarnos y enfrentarnos a la realidad.

Pero por ahora, en esta cama, con sus manos en mi cuerpo y su boca diciéndome cosas que hacen que se me derrita el cerebro...

Por ahora, dejo de pensar.

Y solo siento.

CAPÍTULO 13

SLOANE

La presentación preliminar a TechVision ha sido perfecta.

Marcus Chen nos ha escuchado durante noventa minutos sin interrumpir ni una sola vez. Ha asentido en los momentos apropiados. Ha hecho preguntas inteligentes que demuestran que estaba prestando atención real a lo que le estábamos explicando.

Y cuando hemos terminado, nos ha estrechado la mano y ha dicho: «Me ha encantado, estoy deseando ver la presentación final.»

Que en lenguaje de CEO significa: me habéis impresionado pero no voy a demostrarlo todavía.

Ahora estamos en el taxi de vuelta al hotel, sentados en lados opuestos del asiento trasero, sin tocarnos, sin mirarnos, como si la noche anterior no hubiera sucedido nada extraordinario.

Como si no nos hubiéramos pasado toda la noche en la cama juntos.

Como si no supiera exactamente qué sonido hace cuando se corre.

El taxi se detiene en un semáforo. Alexander mira por su ventana. Yo miro por la mía.

El silencio es tan denso que podría ahogarme en él.

—Ha ido bien —dice finalmente.

—Sí. Ha ido bien.

Más silencio.

—Sloane quiero…

—Tenemos que hablar —digo al mismo tiempo.

Nos miramos. Y veo en sus ojos que sabe exactamente lo que voy a decir.

Y que no le va a gustar. Por eso está evitando hablar conmigo.

El taxi llega al hotel. Pagamos. Subimos a nuestras habitaciones en un ascensor lleno de turistas que hablan demasiado alto.

Cuando llegamos a nuestro pasillo, finalmente vacío, me giro hacia él.

—Vamos a hablarlo en mi habitación —digo—. ¿Nos vemos en cinco minutos?

Asiente.

Entro en mi habitación. Me quito los tacones. Me siento en el borde de la cama.

«Respira. Puedes hacer esto, Sloane.»

Toca la puerta. Tres golpes suaves.

—Adelante.

Entra. Cierra la puerta detrás de él. Se queda ahí de pie, esperando.

—Esto tiene que parar —digo sin preámbulos.

—¿El qué?

—Esto. —Gesticulo entre nosotros—. Lo que ha estado pasando esta semana.

—¿Te refieres a trabajar juntos brillantemente? ¿O a tener el mejor sexo de nuestras vidas?

—Alexander...

—Alex. —Da un paso hacia mí—. Me llamas Alex cuando estamos solos. Especialmente cuando estás...

—Para. —Me levanto, poniendo distancia—. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

—¿Difícil? —Se ríe, pero no hay humor—. Sloane, lo único difícil aquí es fingir que esto es solo atracción física.

—Es solo atracción física.

—¿Lo es? ¿De verdad?—Da otro paso—. ¿Por eso hablamos durante horas después? ¿Por eso me contaste anoche sobre tu primer día en la empresa? ¿Por eso te quedas dormida en mis brazos y no huyes inmediatamente?

Cada palabra es un golpe directo.

—Eso no significa nada...

—Significa todo. —Está frente a mí ahora—. Y ambos lo sabemos.

—Trabajamos juntos —digo, aferrándome a la única razón lógica que tengo—. Esto es completamente inapropiado. Si alguien se entera...

—No tiene por qué enterarse nadie.

—¿Qué propones? ¿Una aventura secreta? —Me río, pero suena histérico—. Eso es... eso es ridículo.

—¿Por qué?

—Porque no soy ese tipo de mujer. Porque he trabajado demasiado duro para arriesgar mi reputación. Porque si mi padre se entera, si alguien piensa que estoy durmiendo contigo para... para...

—¿Para qué? ¿Para mantener tu trabajo? —Su voz se vuelve dura —. ¿De verdad piensas que alguien creería eso?

—¡No lo sé! —Casi grito—. Pero no puedo arriesgarme. No cuando finalmente estoy demostrando que merezco estar en este proyecto.

—Ya has demostrado eso. A todos. Incluyéndome a mí.

—No es suficiente. Nunca es suficiente. —Me paso las manos por el pelo, deshaciendo el moño—. Siempre va a haber alguien que piense que estoy aquí por mi apellido. Y si además estoy acostándome con el COO...

—Entonces, ¿qué? —Me agarra por los hombros, obligándome a mirarlo—. ¿Vamos a fingir que esto no ha pasado? ¿Vamos a volver a ser colegas profesionales que se odian?

—No te odio.

—Lo sé. —Su voz se suaviza—. Yo tampoco te odio. Todo lo contrario. Te admiro. Te deseo.

—Alex...

—Pero si necesitas distancia. —Me suelta, dando un paso atrás—. Si eso es lo que necesitas para sentirte segura profesionalmente, lo respeto.

No esperaba eso.

—¿De verdad?

—Sloane, no voy a presionarte. No voy a hacer esta situación más difícil. —Se pasa una mano por el pelo—. Si quieres que seamos solo colegas, puedo hacer eso.

Debería sentirme aliviada.

Pero lo único que siento es... vacío. La realidad era que no quería que renunciase a mí tan fácilmente.

—Gracias —susurro.

—Pero que quede claro. —Me mira fijamente—. Voy a seguir queriendo más. Y voy a demostrarte que esto vale la pena. Que yo valgo la pena.

—No es que no...

—Shh. —Pone un dedo en mis labios—. Ya lo has dicho. Profesionales. Colegas. Lo entiendo.

Y se va.

Dejándome ahí sola en mi habitación de hotel, con su olor todavía en mi piel y la sensación creciente de que acabo de cometer el error más grande de mi vida.

Los siguientes cinco días ya de vuelta en Nueva York son una tortura.

Alexander cumple su palabra. Se comporta de forma completamente profesional. Nada de miradas cargadas. Nada de comentarios con doble sentido. Nada de tocarme «accidentalmente».

Es cortés. Respetuoso. Colaborativo.

Y me está volviendo loca.

Porque también es... perfecto.

Trae café cada mañana. El que me gusta. Sin que se lo pida.

Cuando me quedo hasta tarde trabajando en los últimos detalles de la presentación, él se queda también. No dice nada. Solo trabaja en silencio en su portátil, en la silla frente a mi escritorio.

Cuando estoy frustrada porque un número no cuadra, él lo ve. Y lo arregla. Sin hacer alarde. Sin esperar ningún agradecimiento.

Y cada gesto pequeño, cada consideración, cada momento en que demuestra que me ve —que realmente me ve— hace que mi resolución se tambalee un poco más.

Por eso tengo que irme. No aguanto más tiempo sabiendo que está tan cerca sin desmoronarme.

—¿Ya te vas?

La voz de Alexander me detiene justo cuando estoy a medio camino de la puerta de mi despacho, con el bolso en una mano y el abrigo en la otra.

Levanto la cabeza. Está apoyado en el marco de la puerta, con las mangas de la camisa arremangadas y esa expresión de sorpresa genuina que me dice que sí, salir de la oficina a las seis de la tarde un jueves es completamente inusual para mí.

—Tengo... cosas que hacer —digo, y es la excusa más patética que he dado en mi vida.

—¿Cosas?

—Sí. Cosas. En mi casa. Cosas de casa.

Me mira con esa ceja arqueada que significa que no me cree ni por un segundo.

—La presentación es mañana, Sloane. Pensé que trabajaríamos hasta tarde repasando los últimos detalles.

—Está todo listo. —No lo miro directamente—. Hemos repasado la presentación cincuenta veces. Una más no va a cambiar nada.

—Cincuenta y tres —corrige—. Pero quién lleva la cuenta.

A pesar de todo, sonrío.

—Tú, aparentemente.

—Yo cuento todo. Es un defecto profesional. —Se aparta de la puerta—. ¿Seguro que estás bien?

No. No estoy bien. Llevo cinco días viéndote ser perfecto. Cinco días de cafés que me traes sin que te lo pida. Cinco días de quedarte trabajando hasta tarde solo para hacerme compañía. Cinco días de gestos pequeños y considerados que me están destrozando porque me hacen desear cosas que te dije que no podíamos tener.

—Estoy bien —miento—. Solo un poco cansada. Necesito dormir antes de mañana.

—Vale. —No parece convencido—. Pues descansa. Te veo mañana a las nueve en la sala de juntas.

—Ahí estaré.

Salgo de la oficina antes de que pueda decir algo más. Antes de que mi resolución se rompa completamente y le diga que he cambiado de opinión sobre lo de mantener la distancia entre

nosotros. Antes de decirle que me he enamorado de él y que estoy empezando a soñar con tener un futuro a su lado.

No puedo pensar en otra cosa mientras me dirijo a mi apartamento.

Cuando llego, todo está demasiado silencioso. Igual que siempre.

Me quito los zapatos. El abrigo. Me sirvo una copa de vino que no quiero.

Y me siento en el sofá, mirando al vacío.

¿Qué estoy haciendo?

He pasado los últimos días convenciéndome de que pedirle distancia a Alexander fue la decisión correcta. La profesional. La inteligente.

Pero cada día es más difícil creerlo.

Porque Alexander no solo respetó mi petición. La honró completamente. Nada de presión. Nada de insinuaciones. Nada de hacer esto incómodo.

Solo... consideración.

Pequeños gestos que demuestran que piensa en mí incluso cuando no tiene que hacerlo.

Y eso es peor que si hubiera intentado seducirme.

Porque me demuestra que esto no es solo sexo para él tampoco.

No sé el tiempo que paso mirando a la nada tratando de convencerme de que lo mejor es mantenerme alejada. Pero al cabo de unas horas pierdo la batalla.

Dejo la copa de vino en la mesa. Abro mi portátil.

Y antes de que pueda convencerme de que es mala idea, accedo al sistema de recursos humanos de la empresa.

Busco su nombre. Alexander Hartford.

Y ahí está toda su información. Fecha de nacimiento. Número de la seguridad social.

Y su dirección.

155 Franklin Street, Apt 2001, Tribeca

Miro la pantalla durante un momento completo.

Esto es raro. Esto es invadir su privacidad. Esto es tremendamente ilegal en varios estados.

Pero necesito verlo. Necesito decirle que me equivoqué. Que estos cinco días han sido una tortura. Que mañana vamos a hacer la presentación más importante de nuestras vidas y no puedo hacerlo con este peso en mi pecho. Que quiero pasar la noche a su lado.

Cierro el portátil. Me pongo los zapatos otra vez. Agarro las llaves.

Y salgo hacia Tribeca antes de que mi cerebro racional pueda intervenir.

El edificio de Alexander tiene un diseño que le pega totalmente. Todo es de cristal, metal y líneas limpias. Minimalista. Se ve que es caro de esa manera que no necesita gritar que es caro.

El portero me mira con la cortesía profesional que tienen los porteros de los edificios de lujo.

—Buenas noches. ¿A quién busca?

—A Alexander Hartford. Vive en el apartamento 2001.

—¿Tiene cita?

—Soy... trabajo con él. Sloane Ward. De Ward & Associates. —Saco mi identificación de la empresa como si eso demostrara algo—. Tenemos una presentación mañana y necesito... revisar un detalle de última hora con él.

Me estudia durante un segundo. Y luego asiente.

—Está en la planta veinte. Coja el ascensor de la izquierda.

—Gracias.

Subo en un ascensor que tiene espejos en todas las paredes. Me veo reflejada desde todos los ángulos. Pelo despeinado por el viento. Sin maquillaje porque me lo quité en cuanto llegué a casa. Vaqueros y jersey de cachemira porque no me molesté en arreglarme para salir.

Parezco... normal. Vulnerable.

Nada que ver con la ejecutiva que he sido durante años. Con Alexander me siento… me siento con la opción de mostrarme vulnerable, humana, normal.

El ascensor se abre directamente en un vestíbulo privado. Solo hay una puerta negra con el número 2001 en placas de latón.

Respiro hondo.

Puedes hacer esto. Solo vas a decirle que te equivocaste. Que quieres intentarlo. Que mañana, después de la presentación, podéis hablar de verdad sobre lo que hay entre nosotros.

Es simple y estoy razonablemente segura de que no me va a rechazar. Puedo ver en sus ojos que le importo cada vez que me mira.

Toco la puerta antes de que me dé tiempo de arrepentirme.

Espero. Mi corazón se pone a latir tan fuerte que estoy segura de que se oye desde dentro.

Nada.

Toco más fuerte.

Oigo pasos del otro lado. La cerradura girando.

La puerta se abre.

Y el mundo se detiene.

Porque no es Alexander quien abre la puerta.

Es una mujer.

Una mujer preciosa. Rubia. Con el pelo hasta los hombros, todavía húmedo, como si acabara de salir de la ducha. Y lleva puesto un jersey gris enorme —de hombre, claramente— que le llega hasta medio muslo.

Y nada más.

Al menos nada más que yo pueda ver.

Me quedo ahí parada como una idiota, mirándola, mientras mi cerebro intenta procesar lo que estoy viendo.

Ella me mira con sorpresa.

—¿Sí? —Su voz es amable. Confundida.

Intento hablar. Abro la boca. La cierro.

Porque detrás de ella puedo ver el apartamento. Luces tenues. Velas encendidas en algún sitio que proyectan sombras en las paredes. Todo el ambiente de una noche íntima.

—Yo... —Finalmente encuentro mi voz—. Perdona. Me he equivocado de puerta.

—¿Buscas a alguien? —La mujer inclina la cabeza, estudiándome.

Lleva el pelo mojado. El jersey de Alexander. Está descalza. En su casa. A las diez de la noche.

Las implicaciones me golpean como un tren.

—No. A nadie. Perdona. —Doy un paso atrás.

—¿Estás segura? Pareces...

Pero ya me estoy girando. Caminando hacia el ascensor con pasos que no proceso.

—¡Espera! —llama la mujer detrás de mí—. ¿Estás bien?

No respondo. No puedo.

Presiono el botón del ascensor con dedos que tiemblan. Una vez. Dos veces. Tres.

Vamos, vamos, vamos.

—¿Hola? —La mujer se ha acercado. Está a unos metros de mí en el pasillo—. De verdad, si necesitas algo...

El ascensor llega. Las puertas se abren. Entro.

Me giro justo antes de que se cierren.

Y la veo ahí. Con el jersey de Alexander. Mirándome con preocupación genuina.

Como si no acabara de destrozar mi mundo.

Las puertas se cierran.

Bajo veinte pisos con la vista fija en los números que cambian. 19. 18. 17.

Cinco días.

Han pasado cinco días desde San Francisco.

Cinco días de Alexander trayéndome café. Quedándose hasta tarde conmigo. Mirándome con cariño. Preocupándose por mí. Siendo todo lo que dijo que sería: respetuoso de mi decisión pero demostrándome que valía la pena.

Y todo este tiempo.

Todo este tiempo había alguien más.

Alguien que usa su ropa. Que está en su casa como si viviera ahí. Que abre su puerta con la familiaridad de quien tiene el derecho a hacerlo.

El ascensor llega a la planta baja. Salgo. Cruzo la recepción sin mirar al portero.

Salgo a la calle. El aire frío de marzo me golpea la cara. Empiezo a caminar.

No sé hacia dónde. Solo... quiero irme lejos.

Sigo caminando.

Una calle. Dos. Tres.

No sé cuánto tiempo paso caminando. Solo sé que cuando finalmente levanto la vista, estoy a dos calles de mi apartamento.

No recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

Subo las escaleras de mi edificio. Abro la puerta de mi apartamento. Entro.

Y me deslizo por la puerta hasta quedar sentada en el suelo del recibidor.

He sido una idiota.

Una completa idiota.

Pensé que había algo entre nosotros. Pensé que esa noche en San Francisco significó algo. Pensé que estos cinco días de consideraciones y gestos pequeños eran... reales.

Pero todo este tiempo él tenía a alguien más.

Y yo era... ¿qué? ¿Una aventura? ¿Un rollo de viaje de trabajo? ¿Algo para matar el tiempo mientras trabajábamos juntos?

Me llevo las rodillas al pecho. Apoyo la frente en ellas.

Y por primera vez en años —desde que tenía veintitrés años y papá me dijo que tendría que empezar desde abajo si quería trabajar en la empresa— me permito llorar.

No son sollozos dramáticos. Son lágrimas silenciosas que caen sin permiso. Que mojan mis vaqueros. Que no puedo detener aunque lo intente. Se me acaba de destrozar el corazón.

Porque me he enamorado de Alexander Hartford.

En algún momento entre sus desafíos y sus cafés y sus sonrisas pequeñas cuando coincidimos en algo brillante.

Me enamoré.

Y él... él tiene a alguien más.

No puedo soportar el dolor, pero tengo que recomponerme. Fingir que soy una mujer fuerte y que nada de esto importa.

Me levanto del suelo. Me limpio las lágrimas. Me lavo la cara en el baño.

Y me meto en la cama completamente vestida.

Porque mañana es viernes. Mañana es la presentación final a TechVision. Mañana es el día más importante de mi carrera

profesional y no voy a echarlo a perder por un hombre al que no le importo.

Y voy a tener que estar de pie junto a Alexander Hartford, sonriendo, presentando como si fuéramos el equipo perfecto.

Cuando todo lo que querré será desaparecer.

Cierro los ojos.

Y rezo por poder sobrevivir mañana sin desmoronarme.

CAPÍTULO 14

ALEXANDER

Llego a casa pasadas las once de la noche, con la adrenalina del día todavía recorriéndome las venas y una sonrisa idiota en la cara que no puedo borrar. Me encanta estar cerca de Sloane. Es una pena que hoy se haya ido tan pronto de la oficina.

Tenemos terminada la propuesta final. Está perfecta. Mañana a las diez se la presentamos a Marcus Chen, y vamos a conseguir esta cuenta. Lo sé.

Y luego, después, voy a hablar con Sloane. Voy a hablar de verdad. Voy a decirle lo que siento. Sin ocultarle la magnitud de mis sentimientos por ella.

Abro la puerta de mi apartamento esperando encontrarlo vacío ya que Olivia tenía una cena, pero hay luz en el salón.

Olivia está en el sofá, viendo algo en la tele, con una manta sobre las piernas.

—Llegas tarde —se queja sin apartar la vista de la pantalla.

—He estado trabajando. —Dejo el maletín en la entrada—. ¿No tenías una cena con tus amigas?

—Se canceló. Sarah tiene gripe. —Me mira finalmente—. ¿Qué tal tu día?

—Bien. Muy bien. —Me quito la chaqueta—. Mañana es la presentación más importante de mi carrera.

—La de la empresa tech esa. TechVision.

—Exacto.

Me sirvo un whisky. Me siento en el sillón frente al sofá.

Olivia me estudia con una mirada evaluadora.

—Creo que ha venido una mujer a buscarte. Aunque realmente no me ha preguntado por ti.

Casi se me cae el vaso.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace un par de horas. Sobre las diez. —Baja el volumen de la tele—. Tocó la puerta. Cuando abrí, se quedó ahí parada mirándome como si hubiera visto un fantasma. Y luego dijo que se había equivocado de puerta y salió corriendo.

Se me hiela la sangre.

—¿Cómo era?

—No lo sé. Pelo castaño, creo. Guapa. Parecía... no sé, molesta. O asustada. —Olivia frunce el ceño—. ¿Está todo bien?

—¿Qué llevabas puesto?

—¿Qué?

—Cuando abriste la puerta. ¿Qué llevabas puesto?

Me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Pues... tu jersey. El gris. Acababa de ducharme y cogí lo primero que vi. ¿Por qué?

Cierro los ojos.

Joder.

Sloane ha venido aquí. Ha visto a Olivia con mi ropa. Joder. Seguro que ha pensado…

—Era Sloane —le explico, levantándome muy agobiado—. Sloane Ward. Mi... colega.

—¿Tu colega? —Olivia arquea una ceja—. ¿La misma colega cuya foto de LinkedIn llevas días mirando? Parecía diferente cuando ha venido. Más joven.

—Sí. Solo pude ser ella.

—Ah. —Se queda callada un momento—. Dios mío. Probablemente ha pensado que yo era tu novia.

—O algo peor.

—Mierda. Alex, lo siento. Si lo hubiera sabido...

—No es tu culpa. —Busco mi móvil—. Tengo que llamarla. Necesito decirle que es la única mujer en mi vida. Que eres mi hermana.

Marco su número. Suena. Suena. Pero no me contesta. Al tercer intento me lleva al buzón de voz.

—Sloane, soy yo. Por favor, llámame. Necesito hablar contigo. Lo que has visto en mi casa... no es lo que piensas.

Cuelgo. Vuelvo a llamar.

Mi llamada se desvía directamente al buzón de voz esta vez.

Me ha bloqueado.

—No contesta. —Me paso una mano por el pelo—. Joder, no contesta.

—¿Y si vas a su casa?

—No sé dónde vive.

—¿No está en los archivos de la empresa?

Por supuesto. Busco en mi portátil. Encuentro su dirección.

Ya estoy poniéndome la chaqueta cuando Olivia me detiene.

—Alex. Estoy pensando que no es buena idea. Son las once de la noche.

—Me da igual.

—Vas a llegar a su casa como un loco y va a asustarse. —Pone una mano en mi brazo—. Espera hasta mañana. Habla con ella antes de la presentación.

—¿Y si no quiere hablar conmigo?

—Entonces la obligas. Pero hazlo mañana. Con la luz del día. Con la cabeza fría. —Me mira seriamente—. Esta mujer te importa de verdad, ¿no?

No tiene sentido negarlo y mucho menos a mi hermana.

—Sí.

—Entonces no la cagues yendo a su casa en mitad de la noche como un acosador. Dale espacio esta noche. Y mañana lo arreglas.

Odio admitir que Olivia tiene razón.

Pero la tiene.

—Vale. —Dejo la chaqueta—. Mañana.

—Mañana. —Olivia sonríe—. Y Alex... para que conste, espero conocerla pronto. Oficialmente.

—Si consigo que quiera salir conmigo después de esto, te la presento.

Me voy a mi habitación. Me tumbo en la cama. Miro al móvil.

Y le escribo un mensaje. Aunque probablemente no le llegue.

«La mujer que viste en mi casa es mi hermana Olivia. Vive conmigo desde su divorcio. No hay nadie más, Sloane. Solo tú. Por favor, déjame explicarte mañana. Antes de la presentación. Por favor.»

Lo envío.

Y me quedo mirando la pantalla, esperando esos tres puntitos que significan que está escribiendo.

No aparecen.

Cierro los ojos. Intento dormir.

No puedo.

Porque mañana voy a tener que presentar la propuesta más importante de mi vida al lado de una mujer que piensa que la he traicionado.

Y tengo que arreglarlo.

Como sea.

Llego a la sala de juntas una hora antes de lo que hemos quedado con la esperanza de poder hablar con Sloane.

He dormido dos horas. Me he duchado. Me he puesto mi mejor traje. Y he ensayado mentalmente cincuenta maneras diferentes de explicarle a Sloane lo de Olivia.

Pero cuando llego, no está, por lo que decido bajar a recepción para interceptarla en cuanto entre.

Nueve y media. Nada.

Nueve y cuarenta. Nada.

Nueve y cincuenta.

Y entonces la veo.

Caminando hacia la recepción con esa postura perfecta que tiene. Lleva un traje negro impecable. Tacones. Con el maletín en una mano y un café en la otra.

Completamente compuesta.

Excepto por las ojeras que el maquillaje no logra cubrir del todo.

Me ve. Y por un segundo, solo un segundo, veo todo en su cara.

Dolor. Furia. Y algo más que se parece peligrosamente al anhelo.

Luego sube sus defensas y solo queda en ella su lado profesional.

—Buenos días, Alexander. —Su voz es neutral cuando me saluda. Controlada.

—Sloane. —Me acerco—. Necesitamos hablar. Ahora.

—La presentación es en diez minutos. Y no tienes nada que decirme.

—Me da igual que la presentación empiece ahora. Necesito explicarte...

—Señor Hartford. Señorita Ward. —La asistente del señor Chen aparece junto a nosotros con una sonrisa—. El señor Chen está listo para recibirles. Si me acompañan.

Sloane me mira. Yo la miro.

—Después —dice en voz baja—. Hablamos después.

No tengo opción.

Seguimos a la asistente hacia la sala de conferencias.

Y durante los siguientes noventa minutos, tengo que presentar como si mi mundo no estuviera desmoronándose.

Pero funciona.

Porque cuando trabajo con Sloane, cuando nuestras ideas se entrelazan, cuando terminamos las frases del otro... es magia.

Pura magia.

Y Chen lo ve. Por supuesto que lo ve.

—Esto es exactamente lo que necesitamos —dice cuando terminamos.

—¿Tenemos un trato? —pregunta Sloane, y su voz no tiembla ni una vez.

Chen sonríe.

—Tenemos un trato.

La celebración en la sala es breve. Apretones de manos. Promesas de enviar contratos. Programar próximas reuniones.

Cuando todos se van —Chen felicitándonos una última vez, el equipo de TechVision despidiéndose, Thomas prácticamente flotando de felicidad— agarro a Sloane del brazo antes de que pueda escapar.

—Vamos a mi despacho. Ahora.

—Alexander, no quiero hablar contigo.

—No es una petición, Sloane.

Algo en mi voz debe trasmitirle que no voy a ceder, porque deja de resistirse. Me sigue por el pasillo, subimos a mi planta, entramos en mi despacho.

Cierro la puerta. Echo el pestillo.

Nos miramos.

—¿Vas a encerrarme? —Su voz intenta sonar burlona, pero la oigo temblar.

—Si es la única manera de que me escuches sin huir, sí.

—No estoy huyendo.

—¿No? —Doy un paso hacia ella—. Porque llevas desde anoche evitándome. No contestas mis llamadas. No lees mis mensajes. Llegas a la presentación en el último segundo para que no podamos hablar.

—Tenía mis razones.

—Razones basadas en un malentendido.

—¿Un malentendido? —Y ahí está. El fuego que estaba esperando —. ¿ESO es lo que fue? ¿Un malentendido?

Su voz sube de volumen. Sus mejillas se colorean. Sus manos se cierran en puños a sus costados.

—Vi a una mujer en tu casa, Alexander. Recién duchada. Vistiendo TU ropa. Tu jersey. El mismo jersey gris que te he visto usar. —Da un paso hacia mí—. ¿Qué coño se supone que tengo que pensar? ¿Qué es una amiga? No me tomes por tonta.

—Si me dejas explicártelo...

—¿Explicar qué? —Se ríe, pero no hay humor—. ¿Que mientras me decías que querías más, que no podías dejar de pensar en mí, tenías a otra mujer en tu cama?

—¡No es mi mujer! ¡Es mi hermana!

Sloane se queda completamente quieta.

—¿Qué?

—Que es Olivia. Mi hermana pequeña. —Respiro entrecortadamente—. Se divorció hace un mes. Está viviendo conmigo temporalmente.

La veo procesar lo que acabo de decirle. Sus ojos se mueven de un lado a otro como si estuviera releyendo esa información en su cabeza.

—Tu... ¿hermana?

—Sí. Mi hermana. Ni mi novia. Ni mi amante. No era nadie más que mi hermana pequeña que necesitaba un sitio donde quedarse.

—Pero... —Parpadea—. Llevaba tu ropa. Estaba recién duchada. Abrió la puerta como si...

—Como si viviera ahí. Porque vive ahí. —Doy un paso hacia ella—. Sloane...

—¡NO LO SABÍA! —Casi grita, y veo lágrimas de furia en sus ojos —. ¡No sabía que tu hermana vivía contigo! ¡No sé nada de tu vida personal porque TÚ tampoco me contaste nada!

—Porque tú lo decidiste.

—¡Porque era lo correcto!

—¿Lo era? —Otro paso—. ¿O tenías miedo?

—¿Miedo de qué?

—De esto. —Señalo entre nosotros—. De lo que hay entre nosotros. De admitir que es más que atracción física.

—No tengo miedo.

—Mentirosa. —Estoy frente a ella ahora—. Has pasado toda tu vida demostrando que mereces tu lugar. Trabajando el doble que nadie. Sin pedir ayuda. Sin mostrar debilidad. Y de repente aparezco yo y te hago sentir cosas que no puedes controlar. Y eso te aterra.

Sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer.

—Vete a la mierda, Hartford.

—Dime que me equivoco. —La agarro por los hombros—. Mírame a los ojos y dime que me equivoco.

—Tú... tú no sabes nada de mí.

—Sé que te gusta el café solo. Sé que te muerdes el labio cuando te concentras. Sé que llevas el mismo perfume cada día porque es tu armadura. Sé que trabajas hasta tarde no solo porque eres adicta al trabajo, sino porque en tu despacho nadie espera que seas perfecta. Puedes ser solo... tú.

Una lágrima cae finalmente.

—Para —susurra.

—Sé que anoche viniste a mi casa porque querías decirme algo. —Mi voz se suaviza—. Algo importante. Y cuando viste a Olivia,

pensaste que me había acostado contigo en San Francisco y luego había vuelto con otra mujer.

—Sí. —Su voz se quiebra—. Eso pensé.

—Y eso te dolió.

Más lágrimas.

—Sí.

—¿Por qué, Sloane? —Inclino su barbilla para que me mire—. ¿Por qué te dolió tanto?

—Tú sabes por qué.

—Quiero oírtelo decir.

Nos miramos. Puedo ver la batalla en sus ojos. El miedo luchando contra el deseo de ser honesta.

—Porque no fue solo sexo para mí. —Las palabras salen en un susurro roto—. En San Francisco. Desde que nos conocemos. Nada de esto ha sido solo sexo.

—¿Qué ha sido entonces?

—Algo más. Algo que no debería sentir. Algo que...

—¿Amor? —Termino por ella.

Se queda completamente quieta.

—Alex...

—Porque yo sí siento eso. —Y ahora que he empezado a sincerarme, no puedo parar—. Estoy enamorado de ti, Sloane. Llevo desde que te conozco cayendo y esta semana ha sido un infierno intentando mantener la distancia que me pediste. Cada café que te traía. Cada noche que me quedaba trabajando contigo. Cada vez que te miraba y tenía que fingir que solo eras mi colega.

—Alexander...

—Me está matando no poder tocarte. No poder besarte cuando dices algo brillante. No poder abrazarte cuando veo que estás cansada. —Pongo mi frente contra la suya—. Así que dime. Dime qué sientes tú. Porque necesito saberlo antes de volverme completamente loco.

—Tengo miedo —susurra—. Tengo tanto miedo, Alex.

—¿De qué?

—De esto. De sentir tanto. De que esto sea tan importante. —Sus manos se aferran a mi camisa—. Nunca he sentido esto por nadie. Y

si lo pierdo...

—No vas a perderlo. No vas a perderme. —La beso suavemente —. Estoy aquí. Completamente aquí. Solo para ti.

—¿Y si no funciona? ¿Y si arruinamos lo que tenemos profesionalmente?

—Por lo menos lo habremos intentado. —Me encojo de hombros —. Pero estoy seguro de que eso no va a pasar. Creo que vamos a ser imparables juntos. En todos los sentidos.

—Eres muy arrogante.

—Estoy muy enamorado. —La miro directamente—. De ti. Solo de ti. De nadie más, Sloane. Ni antes de San Francisco ni después. Solo tú.

Las lágrimas caen libremente ahora.

—Yo también. —Su voz apenas es audible—. Te quiero. Y me aterra. Pero te quiero.

Y algo dentro de mí simplemente explota.

La beso con todo lo que tengo. Con semanas de necesidad. Con cinco días de contención. Con todas estas horas de creer que la había perdido.

La beso hasta que ambos estamos sin aire. Hasta que está gimiendo contra mi boca. Hasta que sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura cuando la levanto.

—Hazme el amor, Alexander —jadea contra mis labios—. Necesito sentirte dentro de mí.

La llevo hasta mi escritorio. Barro todo lo que hay encima —papeles, portátil, todo— de un solo movimiento. La siento en el borde. Me coloco entre sus piernas. Y la beso otra vez mientras mis manos van a su blusa.

—Llevo toda la presentación viéndote con esta blusa —murmuro mientras desabrocho los botones—. Torturándome con lo que hay debajo.

—Podías haberlo tenido desde hace cinco días.

—Me dijiste que mantuviéramos la distancia.

—Fui una idiota.

—Estabas asustada. —Le quito la blusa completamente—. Pero ya no tienes que tener miedo.

—¿No?

—No. Porque no voy a dejarte ir nunca. —Bajo mi boca a su cuello—. Eres mía ahora, Sloane Ward. Desde este momento. Completamente mía.

—Tuya. —Se arquea cuando mi boca encuentra su clavícula—. Pero solo si tú eres mío.

—Soy tuyo desde el mismo segundo en el que te vi en ese pasillo. —Bajo más, besando el valle entre sus pechos.

Mis manos van a su espalda, desabrochando su sujetador. Cae.

Y joder, es tan perfecta que duele mirarla.

—Para de mirar. —Sus mejillas están rojas—. Y haz algo.

—¿Hacer qué? —Sonrío contra su piel—. ¿Esto? —Tomo un pezón en mi boca.

—Dios. Sí. Eso.

Succiono. Muerdo suavemente. Y la siento temblar contra mí.

Mis manos van a su falda. La subo por sus muslos. Encuentro sus bragas —encaje negro, por supuesto— y las aparto.

La toco. Y está empapada.

—Joder, Sloane. —Deslizo un dedo dentro—. ¿Todo esto es por mí?

—Llevo cinco días así. —Jadea—. Cinco días deseándote y no pudiendo tenerte.

—Pues ahora me tienes. —Añado otro dedo—. Para siempre.

Trabajo con mis dedos dentro de ella mientras mi boca sigue en sus pechos. La siento apretarse alrededor de mí. Oigo cómo su respiración se vuelve irregular.

—Alex... voy a...

—Córrete. —Muevo mis dedos más rápido—. Quiero sentirte.

Y se corre en mi mano con un grito que ahoga contra mi hombro, mordiéndome a través de la camisa de una manera que probablemente va a dejar marca.

Me encanta.

No le doy tiempo a recuperarse. Me desabrocho el cinturón. Los pantalones. Los bajo junto con los calzoncillos y me hundo dentro de ella de una sola embestida.

Ambos gemimos. Ella se aferra a mis hombros. Yo me agarro a sus caderas con fuerza suficiente para dejar marcas.

—Joder —gruño—. He echado esto de menos.

—Han sido cinco días.

—Cinco días demasiado largos.

Empiezo a moverme. Duro. Profundo. Sin delicadeza.

Porque no es momento para la delicadeza. Es momento para reclamar. Para marcar. Para demostrarle que es mía de todas las maneras posibles.

El escritorio cruje bajo nosotros. Algo cae al suelo. No nos importa.

—Más fuerte —exige ella—. Más...

Le doy lo que pide. La embisto con una fuerza que hace que tenga que agarrarse al borde del escritorio.

—¿Así? —Gruño—. ¿Así lo quieres?

—Sí. Alex, sí. No pares.

No planeo hacerlo.

Me muevo más rápido. Más profundo. Cada embestida nos lleva más al límite.

—Alex... —Su voz es un gemido—. Estoy cerca.

—Yo también. —Puedo sentir cómo la presión se acumula en la base de mi columna—. Córrete, Sloane. Córrete para mí.

Y lo hace.

Se aprieta alrededor de mí como un puño. Grita mi nombre sin importarle quién pueda oírnos.

Y yo la sigo.

Me hundo una última vez, tan profundo como puedo, y me vacío dentro de ella con un gruñido que sale desde lo más profundo de mi pecho.

Puedo sentir cada pulso. Cada oleada. Llenándola. Marcándola.

Haciéndola mía de la manera más primitiva posible.

Nos quedamos así. Ella sentada en mi escritorio. Yo todavía dentro de ella. Nuestras respiraciones entrecortadas. Sudados. Saciados.

—Dios —jadea finalmente.

—Coincido.

—Tu escritorio está arruinado.

—Me compraré otro.

Se ríe. Y el sonido es lo más hermoso que he oído jamás.

—Ven aquí. —La levanto, todavía dentro de ella, y camino hacia el sofá de cuero que tengo en un rincón.

—¿Qué haces?

—No he terminado contigo.

—¿No?

—Ni de lejos. —Me siento en el sofá con ella a horcajadas sobre mí—. Llevo cinco días sin tocarte. Tenemos mucho tiempo que recuperar.

Sus ojos brillan.

—¿Cuánto?

—Todo el día si me dejas.

—Estamos en tu despacho.

—Lo sé. —Muevo mis caderas, y la siento estremecerse—. ¿Tienes algún problema con eso?

—Ninguno.

Y me demuestra exactamente lo que piensa.

Se mueve sobre mí. Despacio al principio. Luego más rápido. Usando mis hombros como palanca. Tomando lo que quiere.

Y yo la dejo.

Porque ver a Sloane Ward perder el control encima de mí es el espectáculo más erótico de mi vida.

—Alex. —Gime mi nombre como una oración—. Joder, Alex.

—Eso es, preciosa. —Mis manos guían sus caderas—. Toma lo que necesites.

Se mueve más rápido. Más desesperada. Puedo sentir cómo se aprieta alrededor de mí, cómo está cerca otra vez.

—Mírame. —Ordeno—. Quiero verte cuando te corras.

Abre los ojos. Esos ojos avellana que me han estado persiguiendo desde el primer día.

Y cuando se corre de nuevo —apretándose, temblando, gritando mi nombre— no aparta la mirada.

Me mira como si fuera lo único en su mundo.

Como yo la miro a ella.

Me corro por segunda vez, duro, llenándola otra vez, y esta vez cuando lo hago, digo las palabras que llevo deseando decirle una y otra vez.

—Te quiero. Joder, Sloane, te quiero tanto.

—Yo también. —Llora y sonríe al mismo tiempo—. Te quiero. Te quiero.

La abrazo contra mí. Ella esconde la cara en mi cuello. Y nos quedamos así, conectados.

—No voy a dejarte ir —digo contra su pelo—. Nunca. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Eres mía. Desde ahora. Desde este momento.

—Tuya.

Nos quedamos en este sofá durante no sé cuánto tiempo. Besándonos. Tocándonos. Hablando en susurros sobre todo y nada.

Hasta que finalmente Sloane dice:

—Deberíamos vestirnos. Alguien podría venir.

—Que vengan. —Pero la ayudo a bajar de mi regazo de todas formas.

Nos vestimos despacio. Ella buscando su blusa. Yo abrochándome los pantalones.

Y cuando está completamente vestida otra vez —con el pelo todavía revuelto, los labios hinchados, con ese brillo en los ojos que sé que he puesto yo— la atraigo hacia mí una última vez.

—Quiero que cenes conmigo. Esta noche. En mi casa. Quiero que conozcas a Olivia oficialmente.

—¿Quieres presentarme a tu hermana?

—Sí. Ella también quiere conocer a la mujer que tiene a su hermano completamente loco.

—¿Completamente loco?

—Irremediablemente. —La beso—. ¿Vendrás?

—Sí.

—¿Y luego? ¿Después de la cena?

—¿Qué pasa después?

—Te quedas. En mi cama. Donde deberías haber estado estos últimos cinco días.

—Eres un arrogante.

—Lo que estoy es locamente enamorado. —Sonrío—. Acostúmbrate a eso. Porque no va a cambiar.

—Bien. —Se pone de puntillas para besarme—. Porque yo tampoco voy a cambiar. Sigo siendo adicta al trabajo. Perfeccionista. Obsesiva.

—Lo sé. Por eso somos perfectos juntos.

—Dos adictos al trabajo.

—Que finalmente encontraron a alguien que entiende la adicción.

Nos sonreímos como idiotas.

Y salimos de mi despacho agarrados de la mano.

Porque ya no hay razón para escondernos.

Porque nuestro amor es real.

Y vamos a hacerlo funcionar.

Contra todo pronóstico.

A pesar de todas las complicaciones.

Vamos a funcionar.

Porque somos Alexander Hartford y Sloane Ward.

Y cuando nos lo proponemos, conseguimos todo lo que queremos.

Incluyéndonos el uno al otro.

CAPÍTULO 15

SLOANE

Seis meses después

—Si me dices que tenemos que revisar un informe más, te juro que te tiro el portátil por la ventana.

Alexander me mira desde el asiento del taxi con esa sonrisa enorme que reserva solo para mí.

—No íbamos a revisar ningún informe.

—Mentiroso. Llevas mirando el móvil los últimos diez minutos. Sé que estás leyendo emails.

—Estaba leyendo emails —admite, guardando el móvil—. Pero ya he parado.

—¿Porque te he amenazado?

—Porque llevamos once horas trabajando y probablemente deberíamos fingir que tenemos vida personal.

—Probablemente. —Me acurruco contra su lado—. Aunque nuestra vida personal básicamente consiste en trabajar juntos en sitios diferentes.

—Y en esto. —Me besa el pelo—. Esto también es vida personal.

El taxi se detiene frente a su edificio. Me cuesta pensar en él así, ya que paso aquí cinco noches de cada siete.

Subimos en el ascensor. Él con su maletín. Yo con el mío. Como dos ejecutivos cualquiera volviendo a casa después de un día largo.

Excepto que cuando las puertas se cierran, me arrincona contra la pared y me besa como si lleváramos días sin vernos. Como si no hubiésemos pasado todo el día juntos.

Las puertas se abren en la planta veinte y nos separamos a regañadientes.

Alexander abre la puerta del ático y nos recibe un maravilloso olor a comida.

—¿Olivia está cocinando? —pregunto, quitándome los zapatos con un suspiro de alivio.

—Aparentemente. —Alexander suena sorprendido—. Lo cual es milagroso considerando que su idea de cocinar es calentar pizza congelada.

Entramos en el apartamento. Olivia está en la cocina, con música sonando en su móvil, removiendo algo en una olla mientras baila.

—¡Por fin llegáis! —Nos ve y sonríe—. Perfecto. La cena estará lista en diez minutos.

—¿Tú estás cocinando? —Alexander deja su maletín y se acerca despacio a su hermana, como si no se fiase de lo que podría haber dentro de la cazuela—. ¿De verdad?

—No seas capullo. Sé cocinar. —Le da un golpe con la cuchara de madera—. Solo que normalmente no me apetece hacerlo para mí sola.

—¿Qué es? —pregunto, asomándome.

—Risotto de champiñones. La receta de mamá. —Su voz se suaviza al mencionar a su madre—. Pensé que... bueno, que sería bonito.

Alexander se queda quieto un momento. Luego abraza a su hermana por detrás.

—Gracias, Liv.

—De nada, idiota. Ahora quita, que vas a conseguir que se me pegue.

Cenamos los tres en la barra de la cocina —porque la mesa sigue cubierta con algunas de nuestras próximas propuestas— y el risotto está increíble. Cremoso. Con un toque de vino blanco que lo hace perfecto.

—Está buenísimo —digo, y lo digo de verdad.

—Mamá lo hacía mejor. —Olivia juguetea con su copa de vino—. Ella le ponía trufa. Yo no tengo presupuesto para trufa.

—Está perfecto así —dice Alexander—. ¿Verdad, Sloane?

—Sí, absolutamente perfecto. —Levanto mi copa—. Por las hermanas pequeñas que nos mantienen alimentados.

—Por los hermanos mayores que nos dan techo gratis —contraataca Olivia.

—Por la familia —dice Alexander, mirándome cuando lo dice.

Brindamos. Y hay algo en este momento. Algo cálido y real que hace que se me apriete la garganta.

Porque siempre he querido formar mi propia familia.

Olivia se termina su copa de vino y se levanta.

—Bueno, tortolitos, yo me retiro. Tengo que terminar unos bocetos para mañana. —Nos mira a los dos—. Intentad no ser demasiado ruidosos. Estas paredes no son tan gruesas como pensáis.

—¡Olivia! —protesto, poniéndome roja.

—¿Qué? Es la verdad. —Se ríe—. Buenas noches. Os quiero.

—También te queremos —dice Alexander.

Y desaparece por el pasillo hacia su habitación.

Nos quedamos solos. El apartamento queda en silencio excepto por el ruido distante del tráfico veinte pisos más abajo.

Alexander recoge los platos. Yo le ayudo. Nos movemos por la cocina con una sincronización que solo viene de hacer esto cientos de veces.

Él lava. Yo seco. Hemos establecido una rutina perfecta.

—¿Sabes qué he estado pensando? —dice mientras enjuaga el último plato.

—¿Qué?

—Que haces esto demasiado bien.

—¿Secar platos? No es exactamente ingeniería aeroespacial.

—No. Esto. —Gesticula alrededor—. Estar aquí. Con Olivia. Conmigo. Como si pertenecieras aquí.

Dejo el paño en la encimera.

—¿A dónde quieres llegar?

Se seca las manos. Se gira hacia mí.

—Quiero que te vengas a vivir aquí. Oficialmente.

El mundo se detiene.

—Alex...

—Sé que es pronto. —Se acerca—. Solo llevamos seis meses saliendo. Pero Sloane, estos han sido los mejores seis meses de mi

vida. Y ya pasas aquí casi todas las noches. Tu cepillo de dientes está en mi baño. Tu ropa mezclada con la mía. Tus libros de marketing están en mi estantería.

—Eso no significa...

—Significa que ya vives aquí. Solo que pagas el alquiler por un apartamento que usas básicamente como almacén. —Pone sus manos en mi cintura—. Así que hazlo oficial. Múdate conmigo. De verdad.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—¿Y Olivia?

—Se muda el mes que viene. Ha encontrado un apartamento en Brooklyn. —Sonríe—. Lo cual significa que tendremos el sitio para nosotros solos. Sin que nadie se queje de los ruidos nocturnos.

—Oh, Dios. —Me tapo la cara—. ¿De verdad nos oirá?

—Probablemente. Pero le da igual. Está muy feliz de que estemos juntos —Me aparta las manos—. Entonces, ¿qué dices?

—Digo que... —Busco razones lógicas. Razones para decir que no. No encuentro ninguna—. Digo que voy a dejar ropa por todas partes. Y zapatos. Y voy a usar tu ducha y gastar todo el agua caliente.

—Bien.

—Y voy a traer el trabajo a casa. Constantemente. Y voy a estar insoportable cuando tenga presentaciones importantes.

—Ya lo haces. —Me besa la nariz—. Y voy a hacer exactamente lo mismo. Vamos a ser la pareja más adicta al trabajo de todo Manhattan.

—Vamos a discutir sobre estrategias de negocio a las tres de la mañana.

—Ya lo hacemos.

Es verdad. La semana pasada estuvimos dos horas debatiendo sobre tácticas de *pricing* mientras estábamos en la cama.

—¿Y si no funciona? —Pregunto en voz baja—. ¿Y si vivir juntos arruina lo que tenemos?

—No va a arruinar nada. —Su voz es firme. Segura—. Porque lo que tenemos es real, Sloane. Es sólido. Y va a seguir siendo sólido

aunque discutamos sobre quién saca la basura o quién compra el café.

—Tú. Siempre tú. Eres adicto a ese café de Rossi's.

—Exacto. —Sonríe—. ¿Ves? Ya estamos solucionando problemas de convivencia.

Lo miro. A este hombre que hace seis meses pensé que era mi enemigo. Que me retó de maneras que nadie más se había atrevido. Que vio más allá del apellido y la armadura profesional.

Este hombre que me ama exactamente como soy. Con mi adicción al trabajo incluida.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, me mudo contigo. —Sonrío—. Pero quiero el lado izquierdo del armario. Y el control del termostato. Y...

Me besa. Interrumpiéndome. Y cuando se aparta, sus ojos brillan.

—Es todo tuyo. Mi armario. Mi apartamento. Mi termostato. —Pausa—. Mi vida. Mi corazón.

—Alex...

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Sloane Ward. —Me levanta hasta que mis piernas se envuelven alrededor de su cintura —. Y voy a demostrártelo cada día. Empezando por ahora.

—Olivia está despierta —protesto débilmente mientras me lleva hacia nuestra habitación.

—Olivia tiene auriculares —repite.

—Va a oírnos de todas formas.

—Probablemente. —Abre la puerta de la habitación con el pie—. ¿Te importa?

Lo pienso un segundo.

—No.

—Bien. Porque no planeo ser silencioso esta noche.

Me tumba en la cama. Se quita la camisa. Los pantalones.

Y me demuestra exactamente lo ruidoso que puede ser cuando celebra.

Dos veces.

Y luego una tercera vez en la ducha porque, según él, «necesitamos empezar a practicar cómo compartir el agua caliente».

Cuando finalmente nos derrumbamos en la cama, completamente agotados, me acurruco contra su pecho.

—Te quiero —susurro.

—Yo también te quiero. —Besa mi frente—. Más de lo que creí posible querer a alguien.

—Incluso cuando discuto contigo sobre proyecciones financieras.

—Especialmente entonces. —Sus dedos trazan patrones perezosos en mi espalda—. Porque eres la única persona con la que puedo tener esas discusiones. La única que las entiende. La única que las disfruta tanto como yo.

—Somos raros.

—Somos perfectos el uno para el otro.

Cierro los ojos. Y mientras me quedo dormida en nuestra cama, en nuestro apartamento, con el hombre que amo respirando suavemente bajo mi mejilla, pienso en Cupido.

En esa noche de febrero hace seis meses. En la fiesta de San Valentín. En las predicciones que sonaron a locura.

«Tu mayor desafío y tu mayor regalo.»

Tenía razón.

Alexander es ambas cosas.

El desafío que me hizo mejor. El regalo que nunca supe que necesitaba.

Y ahora es mío.

Para siempre.

EPÍLOGO

SLOANE

Un año después

La sala de juntas de Ward & Associates está sorprendentemente llena para ser un viernes a las cinco de la tarde.

Normalmente a esta hora todo el mundo está escapando hacia el fin de semana. Pero hoy no.

Hoy mi padre ha convocado una «reunión importante» con todo el equipo directivo. Y cuando Thomas Ward dice que algo es importante, lo dice en serio.

—¿Tienes idea de qué va esto? —me susurra Alexander mientras nos sentamos.

—Ni la más mínima.

Miro alrededor de la sala. Owen está aquí, de pie junto a la ventana. Sydney está sentada a su lado, con la niña dormida en sus brazos y con Henry mirándolas a ambas como si fuesen la cosa más hermosa del mundo. Savannah acaba de llegar de Montana, con un brillo especial en los ojos que significa que las cosas con su cowboy van muy en serio.

Mamá está en un rincón, sonriendo de esa manera que significa que sabe exactamente qué va a pasar y está disfrutando del momento.

Y papá está en la cabecera de la mesa, con esa expresión serena que tiene cuando está a punto de anunciar algo grande.

—Bien. —Se aclara la garganta—. Gracias a todos por venir. Sé que es viernes por la tarde y probablemente preferíais estar en cualquier otro sitio.

—Habla por ti —dice Owen—. Yo vivo para las reuniones de última hora de los viernes.

Las risas explotan alrededor de la mesa.

—Gracias, Owen —bromea mi padre—. Pero a pesar de ello seré breve. —Papá se levanta—. Hace un año, contraté a Alexander Hartford para modernizar esta empresa. Y debo admitir que no todos estuvieron contentos con esa decisión.

Me mira directamente.

—Especialmente mi hija mayor, que pensó —con razón— que estaba cuestionando su competencia.

Se me calienta la cara.

—Papá...

—Déjame terminar. —Sonríe—. Sloane, he cometido muchos errores como padre y como jefe. Pero el mayor fue no darte más responsabilidad cuando estabas claramente lista para ella. Te hice trabajar el doble que a nadie para demostrar tu valía cuando ya la habías demostrado cien veces.

Mi garganta se aprieta.

—Y este año me has demostrado algo que debí ver hace mucho. —Su voz se vuelve más suave—. Que no solo eres capaz de llevar esta empresa, sino que eres la mejor persona para hacerlo.

Alexander me aprieta la mano y me mira con completa devoción, lo que solo logra que mi corazón se hinche todavía más de emoción.

—Alexander, tú también. —Papá lo mira—. Viniste aquí como consultor. Ibas a quedarte dieciocho meses máximo. Ese era el plan. Llegar, duplicar los ingresos y marcharte al siguiente proyecto.

—Ese era el plan —admite Alexander.

—Pero has decidido quedarte, tal y como me comunicaste hace un mes. —Papá sonríe—. No por el dinero. No por la empresa. Te has quedado por ella.

Alexander me aprieta la mano bajo la mesa.

—He decidido quedarme porque he encontrado algo que vale más que cualquier contrato —dice, mirándome—. He encontrado una razón para echar raíces.

—Y habéis logrado construir algo increíble juntos. —Papá abre una carpeta—. En un año, no solo habéis duplicado los ingresos, sino que habéis conseguido que TechVision se convierta en nuestro cliente ancla, lo que nos trajo a todo el sector tech de la costa este. Y todo gracias a vuestra visión combinada.

—Fue trabajo de equipo —digo—. Todo el departamento...

—Fue tu liderazgo, Sloane. —Papá me interrumpe—. Tuyo y de Alexander. Por eso he tomado una decisión.

Abre la carpeta. Saca dos documentos.

—A partir del uno de abril, me retiro oficialmente como CEO de Ward & Associates.

El silencio que sigue es absoluto.

—¿Qué? —Owen parece genuinamente sorprendido—. Papá, no puedes retirarte.

—Puedo y quiero. Tengo más de sesenta años. Tu madre quiere viajar. Quiero poder pasar más tiempo con mi nieta. —Mira a Sydney y al bebé—. Y quiero hacerlo sabiendo que la empresa está en las mejores manos posibles.

Desliza los dos documentos hacia el centro de la mesa.

Uno tiene mi nombre. El otro, el de Alexander.

—Sloane Ward y Alexander Hartford. Co-CEOs de Ward & Associates. Iguales en responsabilidad, en autoridad, en todo.

No puedo respirar.

Co-CEO.

Mi padre me está haciendo co-CEO.

—Papá... —Mi voz se quiebra—. Yo no sé si...

—Yo sí lo sé. —Se acerca, pone una mano en mi hombro—. Eres la mejor en esto, Sloane. Siempre lo has sido. Solo necesitabas a alguien que te retara lo suficiente para que lo vieras. —Mira a Alexander—. Y lo encontraste.

—Ella me encontró a mí —dice Alexander suavemente—. Y me enseñó que liderar no es solo saber sobre números y estrategias. Es saber sobre personas. Sobre legados. Sobre construir algo que importe.

—Exacto. —Papá sonríe—. Por eso sé que vais a llevar Ward & Associates a lugares que yo nunca imaginé. Juntos.

Miro a Alexander. Él me mira.

Y en sus ojos veo todo.

Orgullo. Amor. Certeza absoluta de que podemos hacer esto. Juntos.

—¿Qué dices, Ward? —Sonríe—. ¿Estás lista para dirigir un imperio conmigo?

—Contigo. —Aprieto su mano—. Siempre contigo.

Nos levantamos. Firmamos los documentos.

Y en ese momento, todo cambia.

Ya no soy solo la hija de Thomas Ward.

Soy Sloane Ward. Co-CEO.

Y voy a ser jodidamente brillante en esto.

La celebración en la oficina dura dos horas. Bebemos el champán que mamá tenía escondido. El pastel que efectivamente encargó —dice «Felicidades CEOs» en letras rosas—. Abrazos. Felicitaciones.

Owen me abraza tan fuerte que casi me rompe las costillas.

—Estoy muy orgulloso de ti, enana.

—No me llames enana. Soy tu jefa ahora.

—Eres mi hermana pequeña que casualmente es mi jefa. —Se ríe —. Y vas a ser increíble.

Sydney me abraza después, con cuidado de no aplastar a la niña entre nosotras.

—Lo sabía —dice—. Sabía que ibas a conseguirlo.

—Gracias por creer en mí.

—Siempre. —Me guiña un ojo—. Aunque ahora que eres CEO, espero que te acuerdes de tu hermana favorita cuando repartas bonificaciones.

—Eres insoportable.

—Me quieres.

Es verdad.

Savannah es la última en acercarse. Me abraza y me susurra:

—Cupido tenía razón con todas. Tú con tu enemigo. Sydney con su «olvido». Y yo...

—¿Y tú qué? —pregunto, apartándome para mirarla.

—Ya lo verás. —Sonríe misteriosamente—. Pronto.

Alexander y yo llegamos al apartamento pasadas las diez de la noche. Agotados. Felices. Ligeramente borrachos del champán.

—Somos Co-CEOs —digo mientras entramos—. Todavía no me lo creo.

—Pues créetelo. —Alexander cierra la puerta, me empuja contra ella—. Porque te lo has ganado. Con cada segundo de trabajo. Con cada noche que te has quedado hasta tarde. Todo ha sido para esto.

—¿Y tú? —Pongo mis manos en su pecho—. ¿De verdad te quieres quedar? ¿Dejar la consultoría?

—Ya la he dejado —Me besa suavemente—. El día que me di cuenta de que no quería estar en ningún otro sitio que no fuera a tu lado.

—Eres demasiado bueno para ser real.

—Soy real. Y soy tuyo. —Sus manos van a mi cintura—. Para siempre, si me dejas.

—Para siempre. —Lo beso—. Mi co-CEO.

—Mi prometida.

Esa palabra todavía me hace algo raro en el estómago. En el buen sentido.

—¿Sabes qué significa esto? —pregunta mientras me lleva hacia el dormitorio.

—¿Qué?

—Que vamos a tener que encontrar la manera de trabajar juntos sin matarnos.

—Ya lo hacemos.

—Sí, pero ahora vamos a ser jefes. Juntos. Tomando decisiones importantes.

—¿Y?

—Y probablemente vamos a discutir. Mucho.

—Ya discutimos mucho.

—Pero ahora va a ser diferente. —Me tumba en la cama—. Porque vamos a tener que encontrar la manera de separar el trabajo de... esto.

Sus manos se cuelan bajo mi vestido.

—¿Esto qué? —Jadeo.

—Esto. Nosotros. Lo que pasa cuando estamos solos.

—¿Y cómo propones que lo hagamos?

—Ni idea. —Sonríe contra mi piel—. Pero vamos a averiguarlo. Juntos.

—Juntos —repito.

Y me demuestra exactamente lo bien que funcionamos juntos.

En la cama. Fuera de la cama. En todo.

Porque somos Sloane Ward y Alexander Hartford.

Y acabamos de conseguir todo lo que queríamos.
El uno al otro.
Y el mundo entero.

EXTRA «CUPIDO, CON UN COWBOY NO»

PRÓLOGO

SAVANNAH

Estoy de pie en el pasillo fuera del estudio de papá, viendo cómo Sloane sale del encuentro con Cupido como si la persiguieran los demonios.

Mi hermana mayor tiene esa expresión que pone cuando algo la ha sacudido de verdad. La conozco bien. Es la misma cara que puso cuando papá le dijo que tendría que empezar como becaria si quería trabajar en la empresa.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando llega hasta donde estoy—. Tienes cara de ir a vomitar.

—Estoy perfectamente —miente, enderezándose como si alguien le hubiera metido una regla por la espalda—. ¿Te toca a ti ahora?

—Sí. Aunque después de verte salir así, no sé si quiero entrar.

—Son tonterías. —Lo dice demasiado rápido—. Lecturas frías, generalidades que podrían aplicarse a cualquiera.

La miro con desconfianza. Con esa mirada que dice: «sé cuándo me están mintiendo».

—Entonces, ¿por qué parece como si te hubiera atropellado un camión?

—Porque he perdido una hora que podría haber dedicado a prepararme para el lunes.

—¿El lunes? ¿Qué pasa el lunes?

—Nada importante. —Ya está alejándose—. Solo va a cambiar toda mi vida profesional.

La veo irse, claramente afectada por lo que sea que Cupido le haya dicho, y una parte de mí —la parte sensata, la que heredé de papá— me dice que salga corriendo ahora.

Pero la otra parte —la rebelde, la soñadora, la que mamá dice que heredé de la abuela— está fascinada. Llena de curiosidad.

Respiro hondo. Me ajusto mi vestido verde esmeralda. Y llamo a la puerta.

—Adelante, Savannah Ward —dice la voz de Cupido desde dentro, cantarina y misteriosa—. Te he estado esperando.

Por supuesto que me esperaba. Probablemente nos ha estado esperando a las tres.

Abro la puerta y entro.

El estudio está exactamente como me lo imaginé después de la descripción dramática de mamá. Hay telas colgando de las estanterías. Velas por todas partes. El humo del incienso hace que todo parezca irreal, como si hubiera entrado en otra dimensión.

Y en el centro, Cupido.

Es más joven de lo que esperaba. O más vieja. Sinceramente no puedo calcularlo. Tiene uno de esos rostros atemporales. Pelo negro con un mechón blanco dramático. Ojos violetas que probablemente son lentes de contacto pero que son inquietantemente hermosos.

—Siéntate, querida. —Señala la silla de terciopelo rojo frente a ella.

Me recuesto. Cruzo las piernas, e intento parecer relajada, aunque mi corazón late más rápido de lo normal.

—No tienes miedo —observa Cupido, estudiándome.

—¿Debería?

—La mayoría de la gente tiene miedo cuando viene a verme. Miedo de lo que voy a decirles. De lo que va a cambiar.

—Yo no tengo miedo al cambio. —Y es verdad—. De hecho, lo deseo.

—¿Deseas escapar?

La pregunta me golpea directamente.

—¿Perdón?

—De este mundo. —Gesticula vagamente hacia la puerta, hacia la fiesta, hacia la mansión—. Del *glamour* superficial. De las sonrisas

falsas. De fingir que todo esto te llena cuando ambas sabemos que no es así.

Se me seca la boca. No me esperaba que pudiese acertar tanto.

—No sé de qué habla.

—¿No? —Se inclina hacia delante—. Savannah Ward. Veintisiete años. Eres la directora de talento creativo en la empresa familiar. Manejas actores, músicos, influencers. Los vistes, los vendes, los conviertes en marcas.

—Es mi trabajo.

—Es tu prisión. —Sus ojos parecen ver demasiado—. Porque odias cada segundo, ¿verdad? Odias las fiestas falsas. Las sonrisas de plástico. Los clientes que solo se preocupan por sus seguidores de Instagram.

No puedo responder. Porque tiene razón. Y nadie —absolutamente nadie— lo ha visto nunca.

—Pero tienes miedo de admitirlo —continúa Cupido—. Porque si admites que odias tu trabajo, tendrías que admitir que quieres algo diferente. Y eso decepcionaría a tu padre.

—Yo no... —Empiezo, pero no puedo terminar.

Porque es verdad. Todo es verdad.

—Elige tres cartas. —Extiende el mazo hacia mí.

Las tomo con manos que tiemblan ligeramente. Se las devuelvo.

Cupido las coloca sobre el tapete y da vuelta a la primera.

—El presente. El Ocho de Espadas. Te sientes atrapada. Rodeada de opciones pero incapaz de elegir ninguna porque todas te parecen equivocadas.

Asiento antes de poder detenerme.

—La segunda. —Da la vuelta a la carta—. El Carro invertido. Falta de dirección. Has estado dejando que otros conduzcan tu vida. Tu padre. Las expectativas. El miedo.

Trago saliva.

—Y la tercera... —Su sonrisa es enigmática—. El Ermitaño. Pero no invertido. Buscarás soledad para encontrarte. Irás a un lugar donde nadie conoce tu nombre. Tu apellido. Donde puedas ser solo... Savannah.

—¿Y encontraré... qué? ¿Iluminación espiritual? —Intento sonar sarcástica pero mi voz tiembla.

—Encontrarás raíces. —Sus ojos brillan—. Raíces que crecen profundo, lejos del cemento. Encontrarás tierra bajo tus pies en lugar de asfalto. Encontrarás a un hombre que valora la autenticidad sobre las apariencias.

—¿Un hombre?

—Un hombre que está tan perdido como tú. Pero perdido de manera diferente. —Se recuesta—. Te irás pronto. A un lugar con cielos abiertos y horizontes infinitos. Y conocerás a alguien que te hará cuestionarte todo lo que pensabas que querías.

—¿Quién?

—Un hombre con manos que conocen el trabajo real. Que huele a tierra y a libertad. Un auténtico cowboy.

Mi corazón late más rápido.

—¿Un cowboy? —No puedo evitar reírme—. ¿En serio? Eso es tan... cliché.

—Los clichés existen por algo, querida. —Sonríe—. Y este cowboy en particular va a enseñarte algo importante.

—¿El qué?

—Que el amor verdadero no viene envuelto en trajes de diseñador. A veces viene con botas embarradas y una sonrisa honesta. A veces viene de donde menos te lo esperas.

—Yo no estoy buscando el amor.

—Nadie busca el amor verdadero. Por eso te encuentra cuando menos preparada estás. —Junta las cartas—. Vas a irte en menos de un mes. A algún lugar con más vacas que personas.

—Es ridículo. ¿Por qué me ría a...?

—Por trabajo, al principio. —Sus ojos brillan con algo que parece diversión—. Pero te quedarás por algo completamente diferente.

Me levanto, necesitando tomar algo de aire.

—Esto es... no. Yo no voy a ir a ningún sitio. Tengo mi vida aquí. Mi trabajo. Mi apartamento en Brooklyn que me encanta.

—¿El apartamento que usas para esconderte de tu familia? ¿De tu trabajo que secretamente odias? Tu vida que no se siente como tuya. —Cupido se levanta también—. Pero pronto, Savannah Ward,

vas a encontrar algo real. Y cuando lo encuentres, tendrás que decidir: ¿te quedas en la jaula dorada? ¿O vuelas?

Salgo del estudio sin despedirme de ella.

Porque si me quedo un segundo más, esa mujer va a seguir diciendo verdades que no estoy lista para escuchar.

El pasillo está vacío.

Me apoyo contra la pared, respirando profundamente.

Todo lo que me ha dicho es ridículo.

Completamente ridículo.

Pero mientras vuelvo a la fiesta, fingiendo una sonrisa, saludando a invitados cuyos nombres olvido inmediatamente, no puedo dejar de pensar en sus palabras.

«Un hombre que valora la autenticidad sobre las apariencias.»

¿Existe alguien así?

Y si existe... ¿tendría el valor de elegirlo?

De elegirme a mí misma, finalmente.

No lo sé.

Pero algo me dice que voy a averiguarlo pronto.

Muy pronto.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

LUCY SUMMERS

Cupido, con un cowboy NO



¿QUIERES SABER QUÉ VA A HACER CUPIDO ESTA VEZ?

COWBOY ROMANCE + FAKE DATING + ÉL SE ENAMORA PRIMERO

Hola, soy Savannah Ward y acabo de cometer el error más grande de mi carrera.

No, espera. Error es quedarse corto. Esto es nivel «mi vida acaba de convertirse en una película de Netflix que nadie creería».

Déjame explicarte el desastre:

Me han enviado a Montana —sí, MONTANA, el estado con más vacas que personas— para arreglar el escándalo de Chase Remington, jinete de rodeo profesional y mi cliente más problemático. ¿El problema? Bueno, elige tu favorito:

A) Chase acaba de volverse viral por golpear a un tipo en un bar (aunque el tipo se lo merecía, pero eso los medios no lo cuentan).

B) Su imagen está destrozada y necesita lavarla URGENTEMENTE o pierde todos sus patrocinadores.

C) Mi solución brillante fue fingir que somos prometidos para demostrar que «ha sentado cabeza».

D) ¡Ahora estoy atrapada en Montana fingiendo estar enamorada de un cowboy que huele a tierra, tiene barro en las botas, y es TODO lo opuesto a mi mundo!

Sí, has leído bien. La chica de Manhattan que vive de lattes de cinco dólares y galerías de arte está ahora en un rancho, rodeada de caballos, fingiendo que va a casarse con un hombre que piensa que los trajes son «ropa de ciudad innecesaria».

¿Y sabes qué es lo peor? Que Chase Remington no es el mujeriego arrogante que pintan los medios. Es... real. Auténtico. Y cuando me mira con esos ojos verdes bajo el sombrero de cowboy, algo dentro de mí se derrite de maneras que no quiero analizar.

Ah, ¿he mencionado que cuanto más tiempo paso aquí, más me doy cuenta de que mi vida perfecta en Nueva York estaba completamente vacía?

¿Crees que ya no puede empeorar? Siéntate, porque te voy a contar exactamente cómo acabé enamorándome del hombre menos indicado en el lugar más inesperado. Y créeme, involucra una vidente llamada Cupido que predijo todo esto, un rancho en medio de la nada, y la decisión más aterradora de mi vida: ¿me quedo en la jaula dorada o finalmente vuelo?

SERIE Cupido es un liante #3

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola, soy Lucy Summers y escribo los romances que me encanta leer: cortos, intensos, y con finales felices garantizados!

¿Por qué cortos? Porque somos mujeres ocupadas y merecemos poder escaparnos una tarde con un libro que nos haga suspirar sin necesitar una semana para terminarlo.

Mis historias tienen humor, pasión, y personajes que te van a enamorar desde la página uno. Jugadores de hockey, CEOs

arrogantes, cowboys con corazón de oro... todos esperándote.

Prepara tu café (o tu copa de vino), ponte cómoda, y déjame contarte una historia de amor.

Bienvenida 💕

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: Lucy Summers
